

Pasión entre las dunas

Barbara McMahon

Pasión Entre las Dunas

Barbara McMahon

7º Serie Multiautor Receta de Amor
Pasión Entre las Dunas (2007)
Título Original: The Nanny and the Sheikh (2006) **Serie Multiautor: 07 Receta de Amor**
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín Miniserie 19
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Surim Al—Thani y Melissa Fox

Argumento:

Los hijos del jeque necesitaban una madre…

Aquel viaje al reino de Qu'Arim era parte del trabajo que Melissa Fox hacía para la familia Valentine. Llegó allí trabajando para la cadena de restaurantes Bella Lucia pero, cuando el guapo jeque Surim Al—Thani vio la maestría con la que trataba a sus tres hijos, insistió en que se quedara y fuera su niñera…

Cuando Melissa se dio cuenta de cuánto la necesitaban aquellos niños, no pudo hacer otra cosa que aceptar el trabajo con la intención de enseñar al jeque a cuidarlos y a quererlos. Lo que no esperaba era enamorarse de un hombre al que jamás podría tener...

Capítulo 1

MELISSA Fox dejó el lapicero y se frotó los ojos. Arqueó la espalda para aflojar la tensión de sus músculos. Traducir documentos comerciales no era una tarea muy estimulante. Agitó la cabeza y respiró profundamente mirando a su alrededor: la oficina de Bella Lucia estaba llena de gente. Los contables tenían su propio espacio, el director general tenía un despacho privado y ella estaba situada en un escritorio que habían acoplado cerca de la recepcionista.

Pero no debía quejarse. Era algo temporal, hasta mediados de febrero, hasta que se marchase a Estados Unidos a encargarse de una nueva familia.

Era una niñera profesional y acababa de dejar su trabajo de cuidadora en un enorme hotel internacional en el Lago Ginebra. Había trabajado allí durante cinco años y había disfrutado de su trabajo. Hasta el desastre con Paul. Ahora pensaba trabajar como niñera para una sola familia. Los McDonald esperaban su tercer hijo para febrero. Cuando la habían conocido el pasado otoño en Suiza, le habían ofrecido trabajar con ellos cuando naciera el nuevo bebé.

Y ahora que su relación con Paul había terminado, quería un cambio en su vida. La niñera que tenían los McDonald se iba a casar a finales de enero y era una oportunidad perfecta.

Melissa miró el documento. Terminaría de traducirlo antes de marcharse a casa. Se alegraba de poder ganar algo de dinero hasta ocupar su nuevo puesto. Pero echaba de menos estar con niños y las actividades y amigos de Suiza. No obstante, la oportunidad de pasar un tiempo con su madre era estupenda.

Cuando su madre le había pedido a su nuevo marido, Robert Valentine, que le diera trabajo a su hija, el hijo mayor de Robert, Max, le había dado un puesto en la oficina del lujoso restaurante Bella Lucia. Había empezado archivando facturas, luego había contestado el teléfono y, cuando Max había descubierto su fluidez con el francés, la había puesto a traducir documentos que recibía del jeque Surim Al—Thani, que vivía en Qu'Arim, un país árabe del Golfo Pérsico.

Al parecer, los dos hombres habían mantenido correspondencia

acerca de la viabilidad de abrir un restaurante Bel a Lucia en Qu'Arim. El jeque Surim Al

—Thani y Max se escribían en inglés. La que usaba el francés era la empresa constructora. Mientras trabajaba con las traducciones Melissa estaba aprendiendo un montón de cosas sobre el negocio del restaurante. El hecho de expandirse a un mercado extranjero era una gran aventura para la familia dueña de los restaurantes. Ella sabía que Max tenía idea de abrir más restaurantes en otros países si le iba bien en Qu'Arim. Tal vez abriese uno en Boston algún día, donde el a podría ir a visitarlos cuando estuviera trabajando con la familia McDonald.

El jeque estaba construyendo un complejo turístico en el Golfo, y el restaurante sería un gran atractivo para él. El jeque tenía la intención de hacer de aquel enclave el más visitado de aquella zona.

Melissa deseó conocer aquel lugar algún día. Hacía frío y llovía en Londres.

Suiza, donde había vivido los últimos años de su vida, estaba cubierta de nieve.

Sería estupendo visitar un enclave turístico cálido en enero, tumbarse en la playa, visitar zocos y encontrar objetos exóticos a muy bajos precios...

La familia McDonald vivía en Massachusetts, donde también estaba nevando. Al parecer, ella estaba destinada a vivir en climas fríos.

Max se acercó a su escritorio.

—¿Tienes un momento? —preguntó.

—Sí, claro. ¿Qué sucede?

Melissa no estaba acostumbrada todavía a que Max fuera su hermanastro, pero él le caía bien. Era alto, moreno y apuesto y, aunque sus sentimientos hacia él eran sólo platónicos, no le extrañaba que las mujeres de la oficina lo mirasen a su paso.

—Ven a mi despacho...

Melissa lo siguió a su despacho y se sentó en una de las sillas para visitantes.

Max se echó atrás, la miró un momento y le sonrió.

—Tengo que volar a Qu'Arim el domingo. Voy a reunirme con Surim para firmar los últimos documentos. Ya han empezado a construir y me gustaría verlo. Gracias a tus traducciones hemos

podido adelantar mucho trabajo, así que:.. ¿te gustaría venir conmigo?

—¿A Qu'Arim? ¡Me encantaría! —Melissa se emocionó.

No podía creérselo. Más que trabajo serían unas vacaciones, y una oportunidad de ver mundo.

—Será sólo una semana. Espero volver a casa el siguiente fin de semana.

Nos alojaremos en la mansión de Surim —sonrió Max—. Su casa' es tan grande que podría alojar a un batallón.

—¿Has estado allí?

—Varias veces. El se queda en mi casa cuando viene a Londres. Fuimos juntos a Eton. Hasta el último año.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó Melissa, intrigada.

Iba a conocer a un jeque de verdad... Y éste había estudiado en su país.

—Murió su padre y tuvo que volver a su casa antes de graduarse para asumir su papel de líder.

—¿A los dieciséis o diecisiete años? ¿Cómo puede gobernar un país alguien tan joven?

—Era muy joven, pero tenía un montón de consejeros —dijo Max—. Ha trabajado con las distintas facciones de su país y con los años ha logrado reunirlas en un frente común. Lo que probablemente haya salvado la economía de su país también.

—¿No es conocida Qu'Arim por sus perlas y su petróleo? —preguntó Melissa. Había leído algo sobre el país antes de empezar a hacer las traducciones.

Max asintió.

—Y por la pesca. La industria de las perlas contribuye a un gran porcentaje de su riqueza, pero la supera la del petróleo. En consecuencia, la prensa le dedica más espacio. Pero las perlas de allí son famosas y los expertos las valoran por su gran calidad —Max se puso de pie, señalando el fin de la conversación—. De todos modos, hazte a la idea de que estaremos una semana, y lleva algo de ropa elegante. Por lo que conozco a Surim, seguramente iremos al menos a una recepción. Saldremos el domingo temprano por la mañana.

Melissa asintió y se puso de pie; casi flotaba de alegría.

—Es posible que tengas que ayudarme. Si el contratista tiene que decirme algo nuevo, necesitaré un traductor. Tú estás al tanto

de las negociaciones, así que lo harás mejor que nadie —terminó Max, sonriendo al ver su alegría.

Melissa sonrió también. Estaba fascinada con la idea de viajar a Oriente Medio. ¿Y qué mejor momento que aquél para escapar de la lluvia y el frío de Londres?

Era de noche cuando salió del edificio poco más tarde. Observó el mal tiempo y se preguntó si podría conseguir un taxi o estaría condenada a volver en metro y caminar las manzanas que lo separaban de su casa, algo que no la atraía en lo más mínimo, a pesar de tener paraguas. Pero trató de consolarse pensando que pronto estaría en un clima soleado y cálido.

Cuando l egó a su casa se encontró con que estaba vacía. Se sintió decepcionada. Deseaba compartir la buena noticia con alguien. Su madre y Robert, su nuevo esposo, habrían ido al cine o algo así. Todavía estaban en la fase de luna de miel, puesto que llevaban casados menos de un año, y aunque se alegraba por su madre, que hacía mucho tiempo que se había quedado viuda, a veces no podía evitar sentirse un poco marginada de la pareja.

Si las cosas hubieran ido de otro modo con Paul habría sido el a quien hubiera estado en fase de luna de miel. Pero se había equivocado tanto con Paul que ya no confiaba en su intuición.

Pero no quería pensar en él. Borró sus pensamientos y subió a su habitación. Tenía tiempo para ducharse y cambiarse antes de la cena. Se preguntó si podría encontrar más información sobre Qu'Arim en Internet.

El domingo por la mañana Max y Melissa tomaron un vuelo temprano a Roma, donde harían escala hasta Qu'Arim. Era el final de la tarde cuando aterrizaron.

Melissa respiró el aire cálido y perfumado y suspiró.

—Esto es estupendo —dijo.

Max estaba distraído. Había estado trabajando durante todo el viaje. Le apasionaba su trabajo.

—Perdona, ¿has dicho algo? —preguntó Max.

—Me gusta esto —repitió el a.

Un hombre alto, moreno y de ojos negros los esperaba en la terminal del aeropuerto. Sonrió a Max cuando lo vio y Melissa sintió un cosquilleo en su interior. Max era muy atractivo, pero ¡aquel hombre era impresionante! Llevaba un traje gris y una

corbata roja muy occidentales. Ella miró a su alrededor. La mayoría de los hombres llevaban trajes; pocos iban vestidos con la ropa tradicional árabe. Y aquello la decepcionó un poco, porque estaba ansiosa por ver los aspectos exóticos de aquel país.

Melissa vio a dos hombres de pie cerca de ellos. Eran los guardias de seguridad, supuso.

Max se dio la vuelta e hizo las presentaciones. El jeque Surim Al —Thani inclinó su cabeza levemente, tomó la mano de Melissa y le dio un beso. El calor de sus labios la sobresaltó, pero fue el calor de sus ojos lo que más la impresionó. Sintió que el latido de su corazón se aceleraba y que un calor inundaba todo su cuerpo.

—Bienvenida a Qu'Arim —dijo el jeque formalmente, con voz profunda y un suave acento extranjero—. Espero que su estancia sea placentera. Por favor, si necesita algo durante su estancia en mi país, hágamelo saber.

—Gracias —balbuceó Melissa, afectada por el magnetismo de aquel hombre.

Se estremeció internamente cuando él dejó su mano. Mentalmente agitó la cabeza diciéndose que no estaba allí para dejarse seducir por aquel hombre, sino para ayudar a Max.

Melissa miró a los dos hombres, fascinada. Pero era Surim quien realmente la cautivaba.

Surim les hizo señas a sus hombres para que se pusieran en marcha y el grupo se movió hacia la entrada del aeropuerto.

Surim les indicó una limusina y un hombre de la comitiva del jeque se encargó de sus equipajes. Melissa se sentó en el asiento de atrás y miró el paisaje. Cuando terminó de hablar con sus hombres, el jeque se unió a el os en la limusina. Melissa intentó no mirarlo.

La amplia avenida tenía palmeras alineadas suavizando las austeras líneas de la terminal del aeropuerto.

De vez en cuando, ella miraba en dirección al jeque, a pesar de ser algo más bajo que Max, seguía siendo muy alto. El pelo oscuro le brillaba, y ella se preguntó si sería tan suave y sedoso como aparentaba.

Intentaba no mirarlo pero, cuando Surim la miraba un instante, ella no podía apartar sus ojos de él.

Melissa hizo un esfuerzo y desvió la mirada hacia la ventanilla. Tenía que concentrarse en el paisaje.

Ella había conocido a gente de todas las clases sociales cuando había trabajado en Suiza. Aquella atracción hacia el jeque no tenía nada que ver con su riqueza, sino con su aspecto terriblemente sexy. Y se preguntó si tendría que verlo a menudo durante su estancia allí. Cuanto menos lo viese mejor, pensó.

No prestó atención a la conversación entre los dos hombres, pero cuando ésta cesó, se dio cuenta y los miró. Max y Surim la estaban mirando.

—¿Me he perdido algo? —preguntó ella.

—Le estaba diciendo a Surim que te he traído porque hablas francés fluidamente —dijo Max.

—Es la segunda lengua en Qu'Arim, aunque el inglés está ganando terreno

—dijo Surim en francés.

Ella se preguntó si la estaba probando.

—El francés era la primera lengua en el sitio donde trabajaba antes, así que he conseguido un gran dominio de ese idioma. Yo soy la que he traducido los documentos de la empresa constructora que le enviabas a Max.

Surim inclinó la cabeza en señal de reconocimiento y volvió a hablar en inglés, dirigiéndose a Max:

—Espero que te guste el lugar que he escogido para Bella Lucia. Está sobre el agua y las palmeras enmarcan la vista. Podemos pasar por allí antes de ir a casa, si te apetece.

Max estuvo de acuerdo inmediatamente. Melissa se entusiasmó. Aquello sonaba fabuloso.

Y lo era.

Estaba en una zona muy tranquila. Habían empezado la estructura del edificio principal. Max y Surim se pusieron sombreros y se encaminaron hacia el extremo opuesto del edificio.

—Es mejor que te quedes fuera de la zona de la construcción —le dijo Surim a Melissa.

Ella se podría haber molestado por aquella orden, pero estaba tan fascinada con aquel escenario que no le importó. Prefería— caminar hasta la oril a del mar en vez de traspasar la zona de la construcción.

El conductor de la limusina se apoyó en el capó y los observó. Los guardaespaldas que habían estado en el aeropuerto con el jeque

habían ido tras Surim y Max en otro coche. Uno de ellos se quedó en el vehículo; el otro los siguió a pie. Al parecer, se tomaban muy en serio la seguridad, aunque no se veía un alma a la vista, pensó el a.

Melissa salió de la limusina y se dirigió al agua. Sus zapatos no eran adecuados para caminar por la arena, así que se los quitó. Sus medias tendrían arena cuando se los volviera a poner, pero de eso se ocuparía luego.

La arena era suave y cálida. Caminó más fácilmente cuando se acercó a la oril a y pisó la arena húmeda. Frente a el a se extendía el Golfo Pérsico, de un color azul intenso. Miró hacia la construcción y vio a los hombres en un extremo, donde se suponía que se construiría el restaurante. Las palmeras se balanceaban con la brisa. Era un entorno ideal.

La playa estaba vacía. Le habría encantado bañarse en el mar. Pero no podría hacerlo, al menos aquel día. ¿Tendría tiempo libre para disfrutar un poco de aquello?, se preguntó. Tenía que recordar que había ido a trabajar, no de vacaciones. ¡Pero el agua era tan tentadora... !

Miró alrededor y vio a Max y a Surim ir hacia el coche. Reacia, ella también volvió y se limpió los pies todo lo que pudo antes de volver a ponerse los zapatos.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó Surim cuando l egaron a la limusina.

Melissa lo miró y se puso rápidamente los zapatos. ¿Había empleado un tono burlón o era sólo su impresión?

—Es fantástico. Pero no comprendo por qué la playa está vacía. Un lugar como éste debería estar lleno de gente.

—Esperemos que lo esté, cuando se termine la obra. De momento, la construcción entraña un cierto peligro, así que he cerrado la zona durante el tiempo que dure —dijo Surim.

—Comprendo.

Melissa suspiró. ¡Y ella que había pensado que podría nadar!

Subieron nuevamente a la limusina y se dirigieron a un camino con palmeras a los lados. Melissa miró con interés la propiedad de Surim.

El edificio la sorprendió. Max no había exagerado cuando le había dicho que podía albergar a un batallón. Era enorme.

Era un edificio de paredes blancas y mosaicos de colores. Una galería parecía envolver la estructura de tres pisos. Era realmente deslumbrante.

—Es hermoso —dijo ella mirando las flores que crecían alrededor de la galería.

La casa estaba rodeada de palmeras. Más allá, un jardín se extendía en todas las direcciones. Su vista se dirigió hacia una fuente que había en el frente, que servía de referencia al camino circular.

Melissa suspiró. ¡Qué lugar tan magnífico para, vivir!, pensó.

—¿Está cerca del Golfo? —preguntó ella.

No veía el mar. Pero olía su humedad y sentía su gusto a sal en el aire.

—Hay un camino que va desde la parte de atrás de la casa hasta la playa.

No está lejos, sólo a unos pasos. Tal vez quieras ir a darte un baño durante tu visita...

Ella sonrió.

—Sí, me gustaría. Hace mucho frío en Londres en este momento y este clima es muy agradable.

¿La acompañaría Surim si se bañaba?, se preguntó, desviando la mirada para que él no notase la esperanza en sus ojos.

Cuando entró en la casa un momento más tarde, se preguntó por qué Max la habría llevado allí si Surim hablaba francés fluidamente. ¿Para tener a alguien imparcial de su lado en el negocio que tenían entre manos? No se imaginaba que el jeque pudiera despertar la mínima desconfianza de parte de Max. Tal vez fuese que Surim estuviera demasiado ocupado como para hacer también la traducción de los documentos.

O tal vez, como le había dicho su madre, aquello fuera un premio por su trabajo, simplemente.

Le daba igual. Estaba encantada de estar allí.

La casa estaba fresca dentro, pero aparentemente no de forma artificial.

Por las ventanas entraba una brisa fresca y los techos altos permitían que el aire circulase libremente.

Melissa siguió a los hombres y se quedó en la entrada. Estaba incómoda con las medias sucias de arena. ¿Cuándo podría ir a

cambiarse a su habitación?

—Debes de estar cansada del viaje —dijo Surim—. Le diré al ama de l aves que te muestre tu habitación. La cena será a las ocho.

—Gracias —dijo Melissa mirando a Max para confirmar que a él le parecía bien que se marchase.

—Es una buena idea. Así tendremos tiempo de ver los planos. He apuntado varios cambios que quiero que hagamos en la cocina —dijo Max.

Melissa se tapó con las frescas sábanas. Eran más de las once y estaba cansada. Se quedó tumbada pensando en la conversación que habían mantenido durante la cena. Sólo habían estado el os tres en aquel comedor que podría albergar fácilmente a cincuenta y cinco comensales. El tema principal había sido el nuevo restaurante y el complejo turístico, algo que a el a no le entusiasmó demasiado. Habría preferido comer al aire libre en la terraza y oír hablar de Qu'Arim para saber más de aquel país.

Era evidente que al jeque le gustaba la formalidad y ella se alegró de no tener que estar allí más de una semana, porque si no, el protocolo la habría vuelto loca.

Después de la cena, Melissa se había disculpado y había salido a caminar por los jardines. Éstos estaban suavemente iluminados y ella disfrutó de su paseo. ¡Era todo tan distinto del invernal Londres... !

Melissa se acomodó la almohada y recordó la agenda del día siguiente.

Desayunarían a las siete y luego irían a la oficina de Surim a encontrarse con el contratista. Y luego...

De pronto la sobresaltó un grito. ¿Qué era eso?

Volvió a escuchar otro grito, y luego el llanto de un niño.

El jeque no estaba casado, al menos por lo que ella sabía. Pero aquello era definitivamente un niño.

Melissa se levantó y se puso la bata. Abrió la puerta y oyó más claramente el l anto. Venía del tercer piso.

Su corazón sufría al oír l orar a un niño tan desconsoladamente. Corrió hacia las escaleras que había visto antes y fue rápidamente al tercer piso.

Corrió hacia una puerta abierta de la que salía luz y se detuvo ante la escena que apareció frente a el a.

Surim se había quitado la chaqueta y se había arremangado la camisa.

Tenía los brazos en jarras y estaba mirando a tres niños acurrucados en un sofá. Al otro lado de la habitación había una mujer de unos cincuenta y tantos años.

La niña mayor parecía tener unos siete u ocho años. Una niña de uno o dos años estaba apoyada en ella. El que estaba llorando era un pequeño de cuatro o cinco años. Sin pensarlo, Melissa entró en la habitación.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Pasó junto a Surim y agarró en brazos al pequeño. Le quitó el cabello de la cara y lo abrazó mientras se sentaba al borde de la cama.

—¿Qué te ocurre, pequeño?

Las niñas la miraron, asombradas. Luego dirigieron la vista a Surim, nerviosas.

Melissa se giró con el niño en brazos y miró al jeque.

—Estos niños deberían estar en la cama desde hace horas. Son más de las once —dijo firmemente.

—Eso es lo que les he estado diciendo —respondió Surim, frustrado—. Su niñera no ha sido capaz de controlarlos. Hamid se despertó con una pesadilla, ha despertado a sus hermanas y ahora no quieren volver a la cama. Si no se portan bien, no se podrán quedar aquí.

—¡Eso es lo más frío que he oído decir a un padre en mi vida! —exclamó ella.

—No soy su padre —respondió Surim.

El pequeño apoyó su cabeza en el hombro de Melissa, calmándose. Ella lo volvió a abrazar y miró a las niñas. Parecían cansadas y asustadas.

—Bueno, ¿de quién son estos niños? ¿Y por qué están aquí? —preguntó Melissa.

La mujer bajó la vista.

Surim dio un paso adelante y dijo, enfadado:

—La organización de mi casa no es de tu incumbencia. Tú eres sólo una invitada que ha venido porque así lo quiso Max.

—Los niños son asunto mío, y si tú no puedes ocuparte adecuadamente de éstos, te denunciaré —contestó ella acaloradamente.

Aquello le hizo gracia a él.

Era una tontería lo que acababa de decir, pensó ella. Surim era el dirigente de aquel país. ¿A quién lo iba a denunciar?

Lo absurdo de su comentario finalmente penetró en su cerebro y Surim se enfrió. Miró a Melissa y a los niños. Éstos se apartaban de él como si fuera un monstruo. Él jamás les habría hecho daño. Sin embargo, ellos se alejaban de él como de la peste.

No era de extrañar. Él no tenía ni idea de cómo cuidar niños. Había contratado a Annis para vigilarlos pero, evidentemente, la mujer no sabía manejarlos. Tal vez la solución fuera mandarlos a un colegio interno.

Surim miró a Melissa. Era pequeña y menuda, pero parecía dispuesta a pelear hasta la muerte por aquellos niños. Y ni siquiera los conocía.

—Son los hijos de mi prima: Nadia, Hamid y Alaya. Acaban de venir a vivir conmigo y todavía no hemos encontrado la fórmula para convivir armoniosamente. Preferiría que no me denunciaras —dijo Surim introduciendo un toque de humor para relajar la tensión.

Jamás había oído a nadie amenazarlo con denunciarlo en Qu'Arim. Y la novedad no tenía precio, pensó él.

—Deberían volver a su hogar —dijo Melissa.

—Lamentablemente, sus padres murieron en un accidente de coche y no tienen hogar donde volver. Como tutor suyo, soy yo quien debo ocuparme de ellos.

Surim miró a Melissa con Hamid en brazos. Al menos el niño se había calmado, lo que Surim agradecía. Hamid tenía pesadillas a menudo y Annis era incapaz de hacer nada para evitarlas. Él mismo había sido absolutamente inútil en ese aspecto. Sin embargo, la amiga de Max parecía haber tranquilizado al niño.

Surim la miró una vez más y se sorprendió de verla en camisón y bata. Su pelo parecía suave y sus ojos brillaban con indignación.

Max había preguntado si podía ir su ayudante, más que por trabajo, para que disfrutase de unos días de vacaciones. ¿Habría algo entre ellos? Surim no había notado nada. Pero eso no quería decir que no hubiera ningún lazo especial entre ellos. ¿Habría un hombre esperándola en Londres?, se preguntó.

—Tal vez podrías ayudarme a acostar a los niños —dijo Surim.

Miró a Annis y agitó la cabeza. La niñera había resultado

incapaz de manejarlos.

—Es posible —Melissa miró a las dos niñas y dijo—: Hola, soy Melissa. ¿Me ayudáis a l evar a la cama a Hamid? Luego os arroparé y os leeré un cuento.

—Nuestra habitación está al otro lado del pasillo —dijo la niña mayor—.

Pero Hamid no podría oír el cuento desde la suya.

—Entonces, ¿por qué no dormís juntos esta noche y así podéis oír el cuento todos?

—Guta cuento... —dijo la niña más pequeña.

—Hablan inglés —dijo Melissa, mirando a Surim.

—Sus padres vivían en Inglaterra. Al í nacieron sus tres hijos —respondió Surim.

—Ah, yo también soy de allí —dijo Melissa a los niños—. Os diré cómo estaba el tiempo cuando me fui de allí: l uvioso y frío. Incluso pensaban que habría nieve en el norte el fin de semana. Aquí el tiempo es mucho más agradable.

Surim observó a Melissa llevar a los niños a la habitación de las niñas.

—Siento que lo molestasen, excelencia. El niño ha tenido una pesadilla, las niñas se han despertado y han venido a acompañarlo —dijo Annis en árabe.

Surim suspiró. Aquélla era la quinta o sexta vez que ocurría aquello desde que habían llegado. ¿Cuándo dejaría de suceder?

—Es algo normal, supongo —dijo él—. Hablaremos de ello por la mañana.

La mujer desapareció.

Al parecer, Melissa Fox había seducido a los niños. ¿Y a él?

Surim atravesó el vestíbulo y se detuvo cerca de la puerta abierta. Los tres niños estaban acurrucados en la cama grande. Melissa estaba sentada en una silla cerca del cabecero de la cama, leyendo un cuento. La pequeña Nadia ya tenía los ojos cerrados. Hamid estaba intentando no dormirse. Surim observó a Melissa tranquilizar a los niños y lograr el tan ansiado descanso. Esperó a que ella arropase a los pequeños, cerrase el libro y apagara la luz. Visto así, parecía fácil, pero él ni siquiera sabía de qué se podía hablar con un niño.

Cuando Melissa salió al pasillo, se sorprendió de verlo.

—Gracias por conseguir dormirlos —dijo Surim formalmente.

Se sentía incómodo por el hecho de que una invitada hubiera tenido que involucrarse en algo que era responsabilidad de él.

—Te pido disculpas por haberte hablado del modo en que lo he hecho. Ha estado fuera de lugar —dijo ella formalmente también.

Era una disculpa, pero él no la creía. El lenguaje corporal de Melissa le indicaba que habría preferido reprenderlo por no ser mejor tutor de los niños.

—Espero que no te molesten una segunda vez —dijo él cortésmente.

Ella lo miró con ojos de fuego, se dio la vuelta y caminó por el pasillo.

—Los niños no me molestan —dijo.

Tenía suerte de que fuera así, pensó Surim. Él esperaba que los pequeños hicieran lo que él les decía, pero había descubierto en las tres semanas que llevaban allí que casi nunca lo conseguía.

Surim miró una vez más la habitación a oscuras de los niños, sintiendo una punzada de dolor al pensar en la muerte de su prima Mara. Su esposo y ella habían sido muy jóvenes y él jamás había esperado que lo nombrasen tutor de sus hijos. No entendía nada de niños. Le pediría a su secretaria que les buscase un colegio para que fueran internos. Tenía que haber alguno que admitiese niños de dos años.

Capítulo 2

AL DÍA siguiente Melissa se puso un traje azul marino y unos zapatos clásicos. Aquella mañana iban a ver al contratista a la oficina de Surim. Luego irían todos a ver la obra con el capataz para que les explicase cada fase. Ella empezaría a ganarse su salario aquel día, siempre que Surim la dejase trabajar.

No debería haberlo amenazado la noche anterior. ¿Le contaría él el incidente a Max? Ella tenía que controlar su lengua y no decir lo primero que se le cruzaba por la mente.

El desayuno fue servido estilo bufé en el comedor. Cuando ella entró Max estaba sentado en el lugar donde había estado durante la cena.

Melissa miró alrededor y respiró con alivio al descubrir que no estaba Surim.

—Buenos días. Espero no l egar tarde —dijo Melissa.

—No, en absoluto —Max levantó la vista del periódico inglés que estaba leyendo—. Surim se ha marchado hace un rato. Lo veremos en su oficina.

Sírvete lo que quieras para desayunar.

Melissa no sabía si Surim tomaba un desayuno inglés o lo había preparado para sus invitados, pero el a se alegró de poder disfrutarlo. La cantidad de comida que había era excesiva para dos personas, pero no vio señales de la presencia de los niños.

Melissa se sentó frente a Max en la mesa.

—¿Qué te parece Qu'Arim de momento? —preguntó Max, doblando el periódico y dejándolo a un lado.

Melissa sonrió.

—Los edificios son más altos de lo que esperaba y mucho más modernos.

Parece un lugar próspero. Y me encantan las flores que crecen con tal profusión.

—Surim ha hecho un trabajo magnífico. Me estuvo contando sus planes para expandir el turismo, que es por lo que han construido el complejo turístico. Quiere atraer al dinero europeo y americano. Y si hay alguien que puede conseguirlo, es él.

—¿Por eso quiere un Bella Lucia?

—Por supuesto. Cualquier persona de Reino Unido reconocerá el nombre, y eso le dará categoría y prestigio —dijo Max.

Melissa asintió y miró hacia la puerta, esperando oír algún ruido de los niños. Pero la casa estaba en silencio. ¿Estarían durmiendo todavía? Le habría gustado pasar más tiempo con ellos. No se había dado cuenta de cuánto echaba de menos a los niños hasta entonces. Era la primera vez que pasaba tanto tiempo sin contacto con ellos desde que había terminado sus prácticas.

—Cuando estés lista nos vamos —dijo Max.

Melissa tomó un último sorbo de café y se puso de pie.

—Vamos... —dijo ella.

La limusina estaba a su disposición y, mientras atravesaban las calles de la ciudad, ella sintió una punzada de excitación al pensar en volver a ver a Surim.

El día anterior el jeque no le había prestado mucha atención y ella había sido un poco maleducada con él. No obstante, sentía una fascinación por él que no se había apagado todavía. Deseaba hablar con él sobre su país. Sentía curiosidad por saber lo que había sentido al tomar las riendas de su país siendo tan joven.

¿Qué cambios había hecho? ¿Cuáles eran sus planes para el futuro?

No era sólo su apariencia lo que la atraía de aquel hombre; era un desafío hablar con él. Parecía más inteligente que la mayoría de los hombres con los que había salido y se movía con una seguridad tal que rayaba la arrogancia. Pero a Surim aquello le quedaba bien. Se preguntó por qué se sentía atraída por él.

Era un fracaso con los niños... Claro que la mayoría de los hombres dejaban la educación y crianza de sus hijos a sus esposas.

—Max, ¿sabías que Surim está viviendo con tres niños? —preguntó Melissa.

—¿Qué? ¿Niños? No creo... No está casado. Aunque he oído que está buscando esposa.

—Tal vez por los tres niños —dijo Melissa.

¿Qué quería decir con eso de que «estaba buscando esposa»? ¿Podría preguntarlo sin levantar sospechas?, se preguntó ella.

—¿Qué niños? —preguntó Max mirándola.

—Sus padres acaban de morir. Fueron criados en Reino Unido y hablan inglés tan bien como nosotros.

Max la miró, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No los oíste anoche?

—No oí nada —Max se quedó pensativo—. No puedo imaginarme a Surim con niños. Gobernando un país, sí, visitando Europa y saliendo con mujeres bonitas, también. Pero, ¿con niños? No me lo creo...

—No me sorprende. No parecía sentir nada de comprensión hacia el pequeño.

La limusina paró frente a un rascacielos de cristal y acero. Max fue a la cabeza y Melissa lo siguió.

Subieron al ascensor cubierto de espejos y pronto llegaron al último piso.

Salieron al suelo enmoquetado. Melissa miró alrededor y vio los cuadros originales en las paredes, la elegancia del mobiliario y el murmullo sofocado de la actividad de los negocios.

Ella y Max fueron invitados a entrar en una sala de conferencias. La pared externa era de cristal, ofreciendo una vista espectacular del Golfo. A Melissa le habría encantado quedarse allí de pie un rato y absorber el paisaje, pero Surim ya estaba sentado a la mesa con otros tres hombres. Hicieron las presentaciones rápidamente. Se trataba del contratista, de su ayudante y del director del proyecto de Surim. Todos los hombres de Qu'Arim hablaban francés, así que usaron esa lengua. Melissa se lo tradujo al inglés a Max.

Cuando no estaba hablando, Melissa estudiaba a Surim. El tenía la capacidad de concentrarse totalmente en el trabajo.

¿Sería capaz de poner tanta atención en los niños? ¿Y en una mujer?

Podía imaginarse cómo sería ser el centro de su atención. La miraría a los ojos, hablaría de temas que a ella le gustasen... Y la mujer se sentiría una reina.

Pero ella nunca lo sabría. Y tampoco quería saberlo. Paul le había hecho mucho daño y no tenía intención de coquetear con un amigo de Max. El había confiado en ella lo suficiente como para llevarla allí en calidad de ayudante, y ella no haría nada que pudiera dañar la relación entre ellos. ¡Qué incómoda se sentiría si Surim le dijera a Max que su ayudante estaba coqueteando con él!

Pero no podía evitar mirarlo con frecuencia y ver que él la

estaba mirando.

¿Surim le leía el pensamiento?

Cuando decidieron ir a la obra, Melissa fue en el coche privado de Surim, conducido por él. Max acompañó a los otros en la limusina.

—Quería hablar contigo a solas —dijo Surim.

—¿Sobre?

Por un momento, a pesar de sus esfuerzos por mantenerse en una relación estrictamente de negocios, ella sintió excitación ante lo que pudiera decirle.

Tal vez le dijera que se alegraba de que hubiera ido allí con Max, o le propusiera ir a algún sitio solos antes de que regresaran a Inglaterra. Quizás le mostrase algún lugar especial que sólo conociera él...

—Quería agradecerte tu ayuda con Hamid anoche. Tiene muchas pesadillas.

—No es de extrañar, si acaba de perder a sus padres —respondió ella, volviendo a la realidad.

Surim asintió y se concentró en la conducción.

—Es posible. Espero que no te molesten esta noche —dijo Surim.

—No es molestia. Lamento que los niños estén pasando por un momento tan difícil... Ha sido una suerte que tengan familiares que los acojan.

—La madre de mi prima, Tante Tazil, no se encuentra bien. No puede ocuparse de ellos. Pero no creo que se queden conmigo mucho tiempo. He pedido a mi secretaria que busque un colegio para mandarlos internos.

—¿Qué? ¡Son muy pequeños para que los envíes fuera!

Era una suerte que no se hubiera hecho ilusiones con aquel hombre, porque aquello las habría destruido. ¿Cómo se le ocurría mandar a unos bebés a un colegio internos?

—Yo fui a un colegio interno cuando tenía nueve años, en Inglaterra, que era un país extranjero para mí. Estamos buscando colegios en Inglaterra. Ése es su país de origen, aunque sus padres fueran de Qu'Arim. Fueron criados allí y he pensado que podrían sentirse mejor si volvieran.

—Nadia es un bebé todavía. Hamid no tiene ni cinco años y Alaya es muy pequeña para que la envíen fuera. Son niños, Surim.

Acaban de sufrir una pérdida terrible con la muerte de sus padres. ¡El venir aquí los ha apartado del único hogar que han conocido, y ahora te propones mandarlos a un colegio! ¡Si es que encuentras alguno que los admita siendo tan pequeños!

—Estoy seguro de que eso no será problema.

Su arrogancia irritó a Melissa. Los hombres asquerosamente ricos pensaban que el dinero lo podía todo. ¡Pero no podía comprar lazos familiares, amor ni lealtad! ¡Ni podía borrar con él la responsabilidad que tenía con los niños de su primo!

—Tal vez no para ti. Pero piensa en el os. ¡Sería horrible!

—No son felices y provocan desorden y desorganización en la casa.

Durante el día corren como salvajes por todas partes,. gritando y rompiendo cosas. Por la noche Hamid tiene pesadillas y despierta a toda la casa. Su niñera no puede controlarlos. Pienso que un entorno más estructurado sería beneficioso para ellos. No es un tema a discutir. Sólo te estaba informando de mis planes.

Habían llegado al lugar donde harían el hotel. Surim giró para aparcar al lado de la fila de coches y camiones que había cerca del edificio. La actividad del lugar contrastaba con la casi nula del día anterior. El aparcamiento estaba lleno de trabajadores: los camiones descargaban cemento y hombres y máquinas trabajaban como en una coreografía, construyendo una estructura que reflejase los deseos de su jeque de expandir el turismo de su país.

Pero a Melissa le daba igual. Estaba furiosa por su actitud con los niños.

Las criaturas necesitaban estabilidad y cariño, una educación y la seguridad de que eran parte de una familia. Necesitaban que no los apartaran del único familiar que aparentemente podía cuidarlos.

Melissa extendió el brazo y lo tocó, impidiéndole salir del coche.

Él la miró, sorprendido.

Asombrada por su propia audacia, ella le dijo:

—Tiene que haber otras alternativas. Piensa, por favor. Son bebés.

Necesitan amor y consuelo. Tú eres su primo, su tutor. Pasa tiempo con ellos o busca a otros familiares que puedan hacerse cargo de ellos. No los envíes a una escuela tan lejos.

—Creo que sé lo que es mejor para los niños —Surim se soltó de

su mano.

—No lo creo —murmuró el a abriendo la puerta del coche antes de que él pudiera ayudarla a salir.

Su opinión sobre el hombre bajó considerablemente. ¿Cómo era capaz de hacerle eso a los niños?

Max había dicho que Surim estaba buscando esposa. Tal vez no se hubiera casado hasta entonces a causa de su actitud.

No obstante ella sufría por esos inocentes niños. Tal vez encontrase el modo de hacerle cambiar de opinión.

Melissa estaba cansada cuando regresaron a casa de Surim por la tarde.

Tardarían dos horas en cenar. Ella se duchó y se puso ropa cómoda. Nadie le había dicho que no podía visitar a los niños, así que subió al tercer piso.

Estaban frente a un televisor. El programa era en árabe. ¿Por qué no estaban al aire libre, tomando el sol?

—Hola —dijo el a cuando entró en la habitación.

Los tres niños se pusieron de pie y fueron a saludarla.

—Has vuelto —dijo Alaya en perfecto inglés—. Creí que no volveríamos a verte. Siento que Hamid haya despertado a todos anoche…

—Tenía una pesadilla —dijo el pequeño.

Nadia extendió hacia el a los brazos y Melissa la levantó. La abrazó y se la colocó en la cadera.

—¿Qué estáis haciendo aquí dentro, en un día como el de hoy? Me han dicho que hay un pasaje que nos lleva a la playa —dijo Melissa. Sonrió a la mujer mayor que estaba haciendo ganchil o.

—¿Le importa que me l eve a los niños a dar un paseo? —preguntó Melissa en francés.

Una vez que tuvo el consentimiento de la niñera, le dijo a los niños que se preparasen.

—Iremos hasta allí y volveremos. Pero con la condición de que os portéis bien —dijo Melissa, recordando que Surim había dicho que corrían como salvajes.

—No hemos estado fuera, salvo en los jardines. A Annis no le gusta ir lejos. Es vieja —susurró Alaya.

—Bueno, yo no lo soy, y quiero dar un paseo hasta la playa. Poneos crema protectora para el sol antes de salir.

La niñera no era tan mayor. Tendría unos cincuenta— años. Pero a una niña podría parecerle muy vieja.

La salida fue divertida. Melissa se olvidó de que estaba cansada y les dio la mano a Nadia y a Hamid. Alaya fue al lado de Nadia, charlando libremente.

—Llevamos mucho tiempo aquí y no habíamos visto la playa... Nuestros padres murieron, ¿sabes? Echo mucho de menos a mamá. ¿Está fría el agua? —preguntó Alaya.

—Creo que está templada. Lo descubriremos juntos.

Melissa encontró el portón que conducía al jardín y siguió el sendero.

En tan sólo cinco minutos l egaron a la playa, que estaba desierta. Los niños corrieron hacia el agua.

—¡No os metáis hasta que yo llegue! —gritó Melissa, corriendo tras ellos.

Era tan agradable sentirse libre de ropa de oficina y correr bajo el sol...

La risa de los niños entibió su corazón. Se alegró de seguir sus instintos y haber salido con los pequeños. Los niños se quitaron los zapatos y se metieron al agua. Melissa los siguió, mojándose el bajo de los pantalones, pero no le importó. Ella fue feliz disfrutando de la excitación de los niños.

—Quiero nadar —dijo Hamid, salpicando a sus hermanas.

—Otro día preguntaremos si podéis nadar. ¿Qué os parece si hacemos una carrera por la orilla del mar? ¿Quién corre más rápidamente? —dijo Melissa.

Era mejor que gastasen energía allí y no corriesen por la casa. Se aseguraría de que hicieran suficiente ejercicio para que durmieran profundamente aquella noche.

—¡Yo! —exclamó la pequeña Nadia.

—Yo también puedo hacerlo —dijo Hamid.

Corrieron por la orilla, salpicándose constantemente y riendo. Alaya corrió detrás de ellos. Melissa los siguió.

Cuando se cansaron de el o, Melissa sugirió que construyeran un castillo de arena.

Alaya parecía triste.

—Papá y mamá construyeron un castil o fabuloso en las últimas vacaciones que tuvimos. Fuimos a Cornwall...

—Estoy segura de que se alegrarán de que hagáis un nuevo castillo en la playa. Cornwall está lejos, pero la arena es igual en todas partes. ¿No te apetece que lo hagamos todos juntos?

Melissa no sabía qué decir a unos niños en pleno duelo, pero sabía que les haría bien hablar de sus padres.

—¿Cómo era el castillo que construyeron vuestros padres? ¿Los ayudasteis a hacerlo? —preguntó Melissa

Alaya asintió.

—Los echo de menos —la niña empezó a l orar. Los otros dos niños corrieron hacia ella, apenados por las lágrimas de su hermana mayor.

Melissa extendió los brazos para abrazarla.

—Lo sé. Los echarás de menos toda la vida. Mi padre murió cuando yo tenía cinco años y aún lo echo de menos. Pero el dolor disminuirá, te lo prometo.

Un día mirarás los recuerdos con tanto agradecimiento por haberlos tenido...

Harán que sonrías y entibiarán tu corazón.

Melissa deseó tener más recuerdos de su padre. Alaya era mayor de lo que había sido el a cuando lo había perdido. La niña mayor lo recordaría, pero los otros, no. Era tan triste...

—Echo de menos a mamá yo también —dijo Hamid.

Melissa se sentó en la arena e hizo sentar a Alaya a su lado. Le rodeó los hombros con su brazo y palmeó su regazo. Nadia se subió y Hamid se apretó por el otro lado. Melissa deseó poder abrazarlos hasta que dejaran de sentir dolor.

—Por supuesto que los echáis de menos. Eran vuestros padres y os querían mucho. Sabéis que no querían morirse, ¿verdad?

—Fue un camión que se chocó con ellos —dijo Alaya—. Fallaron los frenos.

Eso fue lo que dijo el policía. ¿Por qué tuvo que suceder?

—Nadie sabe esas cosas, cariño —dijo Melissa—. Pero aquí te cuidarán.

—Nadie conocía a nuestros padres ni habla de ellos. Es como si jamás hubieran estado vivos —dijo Alaya.

—Tu tío conocía a tu madre. Dile que te hable de el a y de tu padre.

Apuesto a que tiene historias maravillosas de cuando eran

jóvenes —sugirió Melissa.

—Surim es primo nuestro, no tío —comentó Alaya con amargura —. Pero no nos quiere. Mamá le pidió hace mucho tiempo que fuera nuestro tutor si les pasaba algo y él aceptó. Pero no nos quiere.

—El es familia vuestra —dijo Melissa—. Pero no está acostumbrado a tener niños. Tenemos que buscar un modo de hacerlo sentir cómodo con vosotros.

—Se va a casar —dijo Hamid—. ¿Será el a nuestra nueva mamá?

—No, no vamos a tener otra madre —dijo Alaya firmemente.

Nadia se metió el dedo en la boca mirándola con ojos grandes.

—Por la diferencia de edad, estoy segura de que al jeque no le importará que lo llaméis tío Surim. Su nueva esposa será vuestra tía. ¿La habéis conocido ya?

—Está buscando —dijo Alaya.

—¿Buscando?

—Tiene que casarse para tener hijos que lo hereden cuando se muera —dijo Alaya.

—Pero él no se morirá pronto, ¿no? —dijo Hamid, mirando a su hermana.

—No, primero se tiene que casar —dijo Alaya.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Melissa, con curiosidad.

Alaya y Hamid desviaron la mirada.

—A veces lo espiamos —dijo ella en voz baja.

—Espiamos debajo de las escaleras y escuchamos detrás de la puerta. Y

luego corremos cuando van a abrir la puerta de su despacho —dijo Hamid.

Melissa se sintió dividida entre decirles que no se debía espiar y las ganas de reírse al imaginarse el cuadro.

—¿Así que quiere tener niños? Serán nuevos primos con quienes podréis jugar —dijo Melissa.

Y se preguntó por qué Surim quería deshacerse de aquellos niños adorables si quería hijos propios. Ella esperaba que encontrase pronto una esposa, y que ésta quisiera quedarse con los niños.

Recordó a Paul y su negativa a tener hijos. El la consideraba inmadura por querer involucrase con los niños; algo que no estaba a la altura de la mujer con la que se casara.

¿Cómo había podido equivocarse tanto con Paul?

Sonrió, tratando de sacudirse la melancolía.

—Venga, hagamos el castillo de arena. Pronto tendremos que volver para la cena. Démonos prisa.

Los niños se pusieron de pie rápidamente y corrieron a la orilla. Pronto estuvieron moldeando arena húmeda y tratando de esculpirla con los dedos.

Melissa trató de recordar si había juguetes para la arena en la habitación de los niños para futuras visitas a la playa.

Surim caminó solo por el pasaje que daba a la playa. Annis había ido a decirle que los niños no habían l egado a tiempo para la cena. Estaba preocupada porque pensaba que tal vez no debería haber dejado a los niños salir con su invitada. Su tía había querido que contratase a Annis, pero por más que ésta estuviera cualificada, su habilidad con los niños dejaba mucho que desear, en opinión de Surim.

A medida que se iba acercando a la playa oía las risas y la charla feliz de los niños. En el último tramo se detuvo y observó a cuatro personas construyendo un castillo de arena. La pequeña Nadia por una vez no tenía el pulgar en la boca. Hamid se estaba riendo tanto que se caía y se revolcaba en la arena. Alaya estaba de pie, corriendo hacia el agua para traer un poco en sus manos para el dique que habían construido alrededor del castillo.

Pero la persona a quien le costó más reconocer fue a Melissa Fox. Parecía uno de los niños. Había desaparecido su traje de negocios y su actitud formal.

Su cabello volaba con el viento y sus pantalones estaban mojados y l enos de arena. Se notaba la alegría en su expresión. Le impresionó lo hermosa que era.

De pronto sintió deseos de verla vestida con ropa de diseño, con perlas de Qu'Arim en su cuello.

Todos se estaban divirtiendo tanto que tuvo un poco de envidia. Surim no recordaba cuándo había sido la última vez que se había reído así, o cuándo había pasado una tarde haciendo un castillo de arena.

Hamid se puso de rodillas y, al levantar la cabeza, vio a Surim. La alegría se le borró de la cara instantáneamente. Dijo algo y los otros miraron en dirección a él. Alaya dejó de sonreír y se acercó a Melissa. Nadia se metió el dedo en la boca y lo miró con

desconfianza.

¿Inspiraba tanto temor a aquellos niños? Él recordaba a su prima Mara con mucho cariño. Habían jugado juntos cuando eran pequeños. La había visto a menudo cuando él volvía de Inglaterra durante los veranos, antes de que su padre hubiera muerto y su vida hubiera cambiado drásticamente. mente. El jamás había pensado que su prima pudiera morir joven, ni que él se haría responsable de sus hijos.

Melissa se puso de pie y se quitó la arena de los pantalones.

—¿Se nos ha hecho tarde? —gritó Melissa.

Los niños fueron a lavarse las manos en el mar y luego se pusieron los zapatos. Luego se acercaron y se pusieron detrás de Melissa, como si ésta fuera una pata con sus patitos.

Surim los observó, fascinado por el cambio en su invitada y la risa que había visto en los niños. Hasta aquel momento sólo había visto tristes a los niños, temerosos o desafiantes. Melissa seguía feliz y despreocupada, pero cuando los niños h habían visto se habían puesto solemnes.

—Annis estaba preocupada porque no volvíais a cenar —dijo Surim cuando Melissa se acercó.

—Lo siento. Me he dejado el reloj. Mi cálculo de la hora por el sol no ha sido muy exacto —se rió—. ¡Pero es que nos lo estábamos pasando tan bien que el tiempo ha volado!

—Un castillo muy bonito —dijo él.

—Apuesto a que su madre y tú hacíais castillos cuando erais pequeños.

Él se sobresaltó. No había querido hablar de Mara ni de su marido por temor a disgustar a los niños.

—¿Es verdad? —preguntó Alaya.

Surim miró a la pequeña y asintió.

—Sí, es verdad. Y cuando crecimos, hacíamos carreras nadando, y hacíamos esquí acuático juntos. Ella y yo éramos grandes amigos durante el verano, cuando yo estaba en casa —dijo él recordando el tiempo de su niñez, antes de que todo hubiera terminado bruscamente.

—¿Dónde estabas cuando no era verano? —preguntó Hamid.

—Iba al colegio en Inglaterra, donde vivíais vosotros.

—Echo de menos nuestra casa... —dijo Hamid.

—Esto pronto lo sentiréis como vuestra casa, ¿no es verdad? —dijo Melissa sonriendo a Surim.

El levantó una ceja al oír su comentario.

Melissa olía a sol y a aire salado. Se fijó en sus ojos verdes y en el brillo de su pelo. Era más baja que las mujeres con las que había salido, y mucho más joven, pero por un momento, su presencia lo excitó.

Al parecer, su cerebro no dirigía a su cuerpo todo el tiempo. Él recordó lo suave que había sido la mano de Melissa cuando se la había besado en el aeropuerto, un gesto extraño en él. ¿Había estado haciendo una representación para la amiga de Max?, se preguntó.

Instintivamente le había parecido bien.

Los niños caminaron en silencio a la casa; todo rastro de alegría había desaparecido en su presencia. Surim deseó poder cambiar eso.

—Subiré con los niños y echaré una mano a Annis para lavarlos —dijo Melissa cuando llegaron a la escalera.

—En treinta minutos estará nuestra cena.

—Entonces, tendré que darme prisa —dijo Melissa e hizo subir a los niños.

De pronto, él sintió ganas de que Melissa deseara tanto su compañía como la de los niños. Él no tenía problemas para conquistar mujeres. Pero ninguna mujer lo había atraído tanto como Melissa.

Lo estaban presionando por varios frentes para que se casara y tuviera descendencia. Y cada vez que veía una mujer se preguntaba lo mismo: ¿podría vivir con ella los siguientes cincuenta años? De momento no había encontrado a ninguna.

Melissa se sentó a la mesa en el momento en que Max y Surim l egaban del estudio. Un criado apareció con una fuente con carne. Melissa había bajado con el pelo un poco húmedo, pero no había querido hacer esperar al jeque para cenar.

Max y Surim hablaron de negocios. Melissa se preguntó de qué otras cosas hablaría el jeque, sobre todo con las mujeres, ahora que quería conseguir una esposa.

¿Les hablaría de los niños?

Mientras tanto, no sería mala idea darle algunos consejos para ir conociendo a los niños. Pero seguramente no la escucharía. ¿Quién

era ella para dárselos? Él tenía consejeros profesionales, y hasta una niñera...

Aunque lo que necesitaban los niños era amor, dedicación y diversión. Y la oportunidad de conocer a Surim y establecer nuevas rutinas y tradiciones familiares.

—Estás muy callada esta noche —le dijo Surim de repente—. ¿Has tenido demasiada actividad hoy?

Melissa levantó la mirada.

—Oh, no. Me ha gustado ver el lugar donde estará el restaurante y tus planes para el complejo turístico. Estoy segura que será espectacular.

—Por supuesto que lo será —dijo Max—. Surim no hace nada a medias.

—He pensado hacer una reunión con algunos amigos y consejeros antes de que os vayáis. La mayoría de ellos hablan inglés, y otros, francés —dijo Surim.

—Me gustaría tener la oportunidad de conocer a tus amigos —dijo Max—.

Conozco a tus amigos de Inglaterra, pero no a los de aquí.

—¿Y a ti, Melissa, te agradaría? —preguntó Surim.

—Me encantaría asistir a una reunión como ésa.

Se preguntó si llevaría a una de sus posibles candidatas, y la idea le disgustó.

Cuando terminaron de cenar fueron al salón. Melissa oyó un ruido casi imperceptible y vio a Hamid espiando entre los barrotes de la balaustrada.

Pero Surim y Max estaban demasiado concentrados en su conversación para oírlo.

—Si me disculpáis, creo que me iré a mi habitación —dijo Melissa.

Surim frunció el ceño.

—Te pido disculpas porque la conversación haya sido exclusivamente de negocios. Debes de estar cansada de el o después del día agotador que hemos tenido. Cambiaremos de tema.

—No. Hablad cuanto queráis. Max no se quedará mucho tiempo y seguramente tendréis muchas cosas de que conversar. Os veré por la mañana.

—Muy bien —el jeque inclinó su cabeza después de clavarle la

mirada.

Melissa se dio prisa por las escaleras y sorprendió a Alaya y a Hamid a punto de salir corriendo.

—Eh, vosotros dos, esperad —dijo el a en voz baja.

Los niños se detuvieron y la miraron.

—Ya os he dicho que no está bien espiar a la gente...

—Queríamos verte esta noche —dijo Alaya.

—¿Sabéis dónde está mi dormitorio?

Alaya asintió.

—En el futuro, esperadme allí si me queréis ver. 0 dejadme una nota. Pero no espiéis.

Alaya asintió. Hamid miró a su hermana y luego asintió solemnemente.

—¿Y ahora qué sucede? —preguntó Melissa.

—Queríamos saber si nos leerías un cuento —dijo Hamid—. Annis sólo lee en francés y no la entendemos.

—0 habla en árabe y sólo sabemos algunas palabras que nos enseñaron papá y mamá —dijo Alaya.

—Vais a tener que aprender el idioma si os vais a quedar aquí —Melissa empezó a subir la escalera que iba al tercer piso—. Tal vez podríamos pedirle a Annis que os enseñe árabe por la mañana... Os leeré un cuenta esta noche. ¿Ya está Nadia en la cama?

—Sí. Estaba durmiendo cuando bajamos —dijo Alaya—. Ojalá no tuviéramos que quedarnos aquí. ¡Es todo tan diferente de nuestro hogar!.

—Os acostumbraréis en poco tiempo, y luego será como tener dos hogares: el que teníais en Inglaterra y el nuevo aquí. ¿Tenéis amigos en Inglaterra?

Alaya asintió.

—¿Les has contado cosas sobre tu nueva casa?

La niña agitó al cabeza.

—Les gustará recibir una carta tuya contándoles cosas sobre la nueva casa, sobre tu tío y sobre Annis. Seguro que ninguno de ellos ha estado en Qu'Arim. Quizás puedas mandarles algunas fotos en la carta —sonrió Melissa al ver el entusiasmo en la cara de Alaya—. Esta casa es fantástica. Parece un museo...

—Me gustaría escribir a Sally y a Marta. ¿Crees que me contestarán?

—Estoy segura. Mañana a primera hora le diré a Annis que os consiga papel y lapicero. Escríbeles a tus amigas y le pediremos a tu tío que las envíe luego —dijo Melissa.

—Será un placer —se oyó la voz de Surim.

Capítulo 3

MELISSA se dio la vuelta, sorprendida.

—Creí que Max y tú estabais en el salón.

—Max tenía que hacer una llamada antes de que se hiciera tarde en Londres. Me pareció oír voces, así que he venido a investigar —miró a Alaya y le dijo—: Si quieres que envíe las cartas, no hay problema.

—Gracias, tío Surim —dijo la niña tímidamente, acercándose más a Melissa.

—¿Tío? Somos primos —le explicó Surim.

—Para ellos es más fácil verte como tío Surim y, a tu futura esposa, como a su nueva tía —Melissa se inclinó hacia él y le habló en voz baja—: Todavía no quieren que nadie reemplace a sus padres.

—¿Mi futura esposa…?

Melissa tragó saliva. ¿Era un secreto eso? Tal vez no debería haberlo mencionado.

—He oído que estabas buscando esposa —dijo ella, incómoda, como si la hubiera sorprendido cotil eando a sus espaldas.

—Ése es el plan —dijo Surim, impasible.

Melissa se puso colorada. Pero, afortunadamente, Hamid los interrumpió:

—Melissa va a leernos un cuento —dijo firmemente—. Venga, Melissa.

—Tienes mano con los niños —dijo Surim—. No dejes que te importunen.

—No me están importunando, ¡por el amor de Dios! —dijo ella, mirándolo con reproche—. ¡Sólo están pidiendo un poco de atención de parte de un adulto!

¡Tú deberías estar leyéndoles cuentos! El inglés de Annis es limitado. Sólo les lee cuentos en francés, y no los entienden.

—Ella habla inglés —dijo él frunciendo el ceño.

—Y deja de fruncir el ceño. Los asustas.

Surim la miró, sorprendido.

Melissa se dio cuenta de que se había pasado. Tenía que contener su lengua o le pediría que se marchase. Él era un jeque.

—Lo siento, pero creo que tendrías que intentar sonreír más —Melissa se mordió el labio y miró a Alaya.

Surim se agachó hasta estar al nivel de Hamid.

—¿Quieres que te lea un cuento? —le preguntó.

Melissa se sorprendió. Nunca le había oído tal amabilidad en la voz, ni esperaba que hiciera algo tan amable con un niño.

Hamid pareció indeciso.

—¿Podéis leernos ambos?

Surim sonrió y asintió, mirando a Melissa. Ella se quedó petrificada.

Cuando Surim sonreía toda su cara cambiaba. Parecía más joven, y mucho más atractivo. Ella sintió un nudo de nervios en el estómago. Surim no tendría ningún problema en convencer a cualquier mujer de que fuera su esposa si le sonreía una vez al día.

Surim se puso de pie y, sin dejar de mirar a Melissa, le dijo:

—Te llevas muy bien con los niños. ¿Tienes hijos?

—Por supuesto que no. No estoy casada.

—Yo tampoco pero, al parecer, he adquirido tres.

Melissa estuvo a punto de decirle que él planeaba enviarlos a un colegio, pero se calló, consciente de la presencia de los niños. Pensó que tal vez pasando más tiempo con los niños, Surim fuese incapaz de enviarlos fuera.

—Venga, entonces. Vamos a leerles unos cuentos antes de que se duerman

—dijo él.

Melissa sintió que acostar y arropar a los niños era algo un poco íntimo.

Casi como si fueran los padres de los pequeños. Surim había relevado a Annis de sus obligaciones y ahora estaba palmeando a Hamid en sus pequeños hombros. Parecía la primera vez que hacía algo así.

Ella seleccionó dos libros y le tendió uno a Surim.

—¿Quieres empezar tú? —le preguntó a él.

—Las damas primero. Además, si se duermen mientras les lees tú el cuento, yo no tendré que leer.

Ella se rió.

—Muy bien.

Su estrategia funcionó. Antes de que terminase de leer Melissa,

los dos niños estaban dormidos.

—Mañana por la noche, leerás tú primero —susurró Melissa mientras salían de la habitación.

—No podría poner tanto entusiasmo como tú en la lectura, ni podría usar voces diferentes para distintos personajes. Tienes talento para trabajar con niños.

—Así debe ser. Es mi trabajo.

—¿Qué quieres decir?

—Soy niñera de profesión.

Surim se detuvo en lo alto de las escaleras.

—Creía que eras traductora.

—Max amablemente me consiguió trabajo hasta que me contraten en febrero como niñera, y por ello estoy ayudando en Bella Lucia. En el restaurante sabían que no tenía experiencia en otra cosa que en el cuidado de niños, así que Max fue muy amable ofreciéndome las traducciones. Hablo francés, italiano y un poco de alemán. Lo necesitaba cuando vivía en Suiza.

—¿Dónde es tu nuevo trabajo?

—En Boston, Massachusetts, en Estados Unidos.

—Conozco bien Boston. Es un cambio muy grande ir de Suiza a Boston.

—Y voy a hacer un trabajo muy distinto también. Hasta ahora, he trabajado en una guardería en un complejo turístico en Suiza. La gente pasa allí una semana y quiere que cuiden a sus niños para que ellos puedan disfrutar de todos los entretenimientos. Fue muy divertido, pero ahora quiero trabajar para una familia. Cuando los McDonald me pidieron que me hiciera cargo de sus hijos, no lo dudé. Es para lo que estoy entrenada.

No quería decirle a nadie que parte de su deseo de cambio tenía que ver con una relación amorosa que había ido mal. Así que lo mantuvo en secreto.

—Tal vez podrías darme algunos consejos y directrices para tratar a los niños antes de que te vayas —dijo Surim, continuando por las escaleras.

Melissa caminó a su lado, pensando qué podría hacer en tan pocos días. No obstante, si podía lograr que se sintieran cómodos estando juntos, ya sería bastante.

—Quizás —dijo ella finalmente.

Cuando ella llegó a la puerta de su dormitorio él se paró. Melissa fue abrirla y él la detuvo, dándole la vuelta para que lo mirase.

—Gracias por tu ayuda. Los niños parecen más contentos que antes —le dijo.

Para su sorpresa, Surim la besó suavemente. Luego se echó atrás.

—No le digas a Max que me estoy aprovechando de su nueva hermanastra.

Querrá cortarme la cabeza —comentó.

Surim se dio la vuelta y caminó por el pasillo.

Melissa pestañeó, confusa. Sus labios aún sentían el calor de la boca de Surim. Su cabeza daba vueltas y su corazón latía aceleradamente.

Aquello había sido una sorpresa.

Aturdida, Melissa entró en la habitación.

Surim caminó por el pasillo preguntándose por qué habría hecho aquello.

Había salido con mujeres hermosas y sofisticadas. Había disfrutado de su compañía. Pero nunca las había besado tan pronto y de un modo tan provocativo.

Había deseado besar a Melissa desde que la había visto reír en la playa aquella tarde.

Ella era diferente a las mujeres con las que salía habitualmente. A sus consejeros y ministros les habría—dado un ataque si hubieran conocido su interés por ella. Claro que un beso de agradecimiento no pondría en peligro al país, se dijo.

¿Había sido sólo eso? ¿Un beso de agradecimiento? Él no era un hombre que tuviera esos gestos tan libremente.

Sin embargo, cuando había visto a Melissa subiendo la escalera con sus pupilos, había querido unirse a ellos. Alaya y Hamid parecían callados e incómodos en su presencia, pero florecían cuando estaban con Melissa. Y hasta él sentía que podía florecer a su lado. Que podía desprenderse de las obligaciones de la oficina y disfrutar de una hora o dos con ella sin la constante presión de las obligaciones.

A diferencia de Annis, Melissa parecía tener vocación verdadera con los niños. ¡Parecían tan felices en la playa! Luego Alaya y Hamid la habían ido a buscar después de la cena. A él jamás lo habían ido a buscar.

Recordó lo pequeño que le había parecido Hamid cuando lo había ido a arropar, lo frágil que le habían parecido sus hombros en sus fuertes manos.

¿Qué haría Hamid cuando fuera mayor? ¿Viajaría como lo habían hecho sus padres? ¿0 se contentaría con trabajar en Qu'Arim y hacer su vida allí?

Por un momento pensó en influir en el desarrollo de los niños. Pero era un pensamiento que lo intimidaba. No obstante sabía que tenía que casarse pronto y tener herederos para su familia, y para el futuro de Qu'Arim. El modo en que tratara a sus pequeños primos lo ayudaría a tratar después a sus propios hijos.

Pero, ¿dónde encontraría una mujer que pudiera transformarse en la madre de esos niños?

Había salido con muchas mujeres, pero nunca había encontrado una tan especial como para invitarla a compartir su vida. Hacía mucho tiempo que había renunciado al amor en el que creían los occidentales. La unión adecuada produciría el heredero que necesitaba. Siempre que fueran compatibles.

Sabía que las mujeres lo buscaban por su riqueza y poder. No le parecía que Melissa se sintiera atraída por ninguna de las dos cosas. De hecho, no parecía impresionada por él en absoluto. Nadie se había atrevido a criticarlo como ella.

Volvió al salón con Max. Ése era otro problema. Era mejor que su amigo no se enterase de que había besado a su nueva hermanastra. Sería mejor mantener la distancia con Melissa. Ella estaría allí sólo una semana. Luego volvería a Londres y él seguiría su búsqueda de esposa.

El martes Melissa y Max eran los únicos que estaban frente a la mesa a la hora del desayuno.

—Surim se levanta muy temprano, al parecer —comentó Melissa, y tomó un sorbo de café.

—Trabaja muchas horas. Lo he visto antes de marcharse. Me ha dicho que la pequeña recepción que está planeando será el jueves por la noche. Nosotros volveremos a Londres el viernes.

—¿Va todo bien? —preguntó ella.

Max asintió.

—Surim ha hecho todo el trabajo preliminar como lo habíamos planeado.

Hoy quiero ver al contratista, repasar detalles y tratar de que capte el ambiente de Bella Lucia, algo que va más allá de la obra y los muebles.

El trabajo de Melissa terminó a las dos. La l evaron de vuelta a casa de Surim, donde se cambió y fue en busca de los niños.

Annis se alegró de que se los llevase a dar un paseo. Cuando estuvieron listos, los tres niños bajaron conversando alegremente. Alaya había escrito a sus amigos. Hamid habló de nadar y Nadia balbuceó sola, sonriendo a Melissa de vez en cuando.

Caminaron por el jardín rumbo a la playa. La tarde era perfecta y Melissa hubiera querido que Surim se tomase un rato para estar con los niños. Si Surim se esforzaba por conocerlos, ella estaba segura de que se enamoraría de ellos.

Ella misma se había encariñado mucho con los niños.

Pero Surim no los acompañó por la tarde, ni durante la cena. Y como sabía que los hombres volverían tarde, Melissa decidió comer con Annis y los niños.

Después de acostar a los pequeños, Melissa salió a dar un paseo por los jardines.

Disfrutó de la quietud de la tarde, del aire cálido aun después de la puesta del sol. Se sentó en un banco durante un rato y respiró el perfume de las flores. Era increíble poder disfrutar de aquel jardín en enero. ¡Qué maravilloso sería vivir allí! Y pensó que Surim no estaba lo suficiente en casa como para disfrutar de el a.

El día siguiente fue como el anterior. Melissa lamentó no ver a Surim, pero comprendía que aquél había sido un viaje por trabajo y no para que él la entretuviera. Así que aprovechó para pasar tiempo con los niños.

No obstante, habría querido que Surim tuviera tiempo para estar un rato con los niños. Y pensó que debía hablar con él sobre ello.

¿0 era una excusa para volver a verlo?

El jueves era el último día de trabajo en la obra. El vuelo de regreso era el viernes por la mañana temprano. Melissa caminó por el complejo turístico una vez más, preguntándose si vería el lugar terminado algún día. Sabía, por los planos y dibujos, que sería espectacular. Tal vez algún día pudiera volver.

La recepción se celebraría en el ala izquierda de la casa de Surim. Melissa había llevado ropa adecuada para una fiesta, pero

había decidido comprarse un vestido en una de las boutiques que había visto en la zona. Le habían puesto la limusina a su disposición. Al volver de la obra, Melissa pasó por una boutique que había visto y se compró un vestido perfecto para la velada. Era de seda azul oscuro, largo hasta el suelo, y le quedaba como un guante. Tendría que conformarse con sus zapatos de tacón negros, puesto que no tenía tiempo para buscar una zapatería.

Comió algo en su habitación y se preparó para la fiesta.

Estaba un poco nerviosa. Esperaba estar lo suficientemente elegante para la ocasión.

Cuando iba a salir de su habitación, alguien golpeó la puerta.

Alaya, Hamid y Nadia estaban en el pasillo, sonriendo.

—¡Oh, estás muy guapa! Mamá solía vestirse elegantemente para ir a las fiestas —dijo Alaya con tristeza—. Annis nos ha dicho que podíamos venir a verte antes de irnos a la cama. Ojalá pudieras leernos un cuento esta noche...

—Oh, cariño, a mí también me gustaría leeros un cuento. Pero tu tío celebra esta fiesta hoy y no quiero decepcionarlo. Además, tú puedes leerles a tus hermanos. Sería una buena práctica para tu lectura, y será un recuerdo muy bonito para el os.

—Supongo. ¿Te veremos mañana antes de que te marches?

—Vendré a despedirme de vosotros —le prometió Melissa, triste al pensar en decirles adiós a los niños—. Tendréis que escribirme para contarme lo que hacéis... Y pedirle a vuestro tío que os haga fotos para que vea cuánto crecéis.

—No quiero que te vayas —dijo Hamid.

—Ya lo sé, cariño. Pero os escribiré desde Inglaterra, y luego desde América. ¿No os parece divertido?

Hamid se encogió de hombros, poco convencido.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Surim, que l egaba por el pasillo.

Los niños se sobresaltaron y se juntaron.

—No. Sólo han venido a verme antes de la fiesta —dijo Melissa.

Surim estaba muy atractivo con aquel esmoquin. Sus anchos hombros eran perfectos para lucirlo. La_ camisa blanca resaltaba su piel bronceada.

Surim la miró. El corazón de Melissa dio un vuelco y de pronto se sintió insegura. Creía que estaba acostumbrada a ver hombres

atractivos, después de trabajar con la familia Valentine y sus atractivos miembros. Pero ninguno igualaba a Surim.

—Tú también estás muy guapo, tío Surim —dijo Alaya tímidamente.

Melissa achicó los ojos, esperando que él correspondiera al piropo de la niña.

—Gracias, Alaya. Siempre es agradable oír un piropo de una encantadora mujercita —respondió él.

Melissa deseó aplaudir.

—Bien dicho. Y ahora, niños, a la cama. Os veré por la mañana —dijo Melissa.

Los niños abrazaron a Melissa y se marcharon corriendo hacia las escaleras.

—Los intimidas —dijo Melissa bajando con él.

—Sé poco sobre niños —respondió Surim.

—Pasa tiempo con ellos. Ríete con ellos y de muéstrales que te importan.

Tú eres su familiar más próximo, ¿no?

—Su abuela vive en Qu'Arim. Está delicada de salud, así que no puede cuidarlos.

—¿La ven a menudo?

—No. No la han visto desde el funeral.

Surim se detuvo en la escalera, tomó la mano de Melissa y le besó el dorso suavemente—. Estás hermosa esta noche.

—Gracias. Y gracias por celebrar la recepción. Tengo muchas ganas de conocer a otra gente del país.

—Te he descuidado durante tu visita. Deberías haber visto más de Qu'Arim.

—Hemos venido por negocios —dijo ella, preguntándose si él se daría cuenta de que aún tenía su mano—. Tal vez venga otra vez para ver más cosas...

Surim soltó su mano y la acompañó abajo.

Melissa se alegró de que se marchasen al día siguiente. Se sentía totalmente fascinada por aquel hombre. ¡Y quedarse más tiempo sería muy arriesgado!

Bajaron al vestíbulo en el momento en que empezaban a l egar los primeros invitados. Melissa se disculpó con el jeque y entró en el salón de la recepción. Sonrió al recordar que los niños habían ido a

verla arreglada. En pocos días se había encariñado mucho con ellos. Le daba mucha pena su situación, y que su tutor fuera tan distante con ellos. Necesitaban que los abrazaran, que se rieran con ellos, y sentirse queridos.

Melissa lo sabía porque ella había perdido a su padre. Recordaba lo que había sentido cuando se había dado cuenta de que no volvería a verlo. Habían pasado muchos años, pero todavía sentía su pérdida. No podía imaginar lo que sería perder a su madre también.

El salón empezó a llenarse. Melissa se quedó a un lado, observando a los elegantes invitados, impecablemente vestidos, hablando y riendo suavemente.

Era una reunión maravillosa. Y se preguntó cuáles serían los amigos íntimos de Surim.

¿Qué cosas le gustaría hacer a Surim en sus ratos libres? ¿Esquiaría o preferiría deportes de agua, ya que vivía tan cerca del mar?

—¿Señorita? —un caballero se acercó a ella.

Era un hombre de unos setenta años, pero aún lucía una cabellera gris tupida.

—Su excelencia dice que usted es de Inglaterra. Yo estoy aquí a su disposición para lo que usted quiera —dijo con una leve inclinación—. Soy Asid ibn Tarvor, a su servicio. Pasé muchos años en Inglaterra. Tengo predilección por su Lake District.

—Como yo —respondió Melissa con una sonrisa—. ¡Me alegro de conocerlo!

—¿Lleva mucho tiempo en Qu'Arim?

—No, sólo unos días, y he estado trabajando con el jeque, aunque he tenido algunas tardes libres en la playa. Lo que he visto del país es impresionante.

Asid la l evó del brazo y le presentó a otra gente. Después de un rato de charla, cambiaron de grupo, hasta que Melissa sintió que había conocido a todos los que estaban allí.

Se detuvieron junto a un arco.

—¿Ha visitado alguna de nuestras granjas de perlas? —preguntó Asid.

Melissa negó con la cabeza. En aquel momento vio a Surim con una mujer morena muy atractiva.

Asid se dio cuenta y dijo:
—Ah… Delleah. Es encantadora, ¿no cree? Es hora de que Surim encuentre una esposa.
Melissa asintió amablemente al comentario. ¿Sería aquélla la mujer con la que se casaría? ¿0 seguiría buscando?
Esperaba que fuera aquello último. ¡No podía soportar la idea de que se prometiera a alguien y la besara!
—Veo que Asid te ha encontrado —dijo Surim, deteniéndose con la mujer frente a el a.
—Sí. Has sido muy amable al pensar en mí. Asim es una gran compañía —Melissa sonrió educadamente a la mujer.
—Te presento a Delleah bint Atulla. Delleah, Melissa Fox, una amiga de Inglaterra. Es una persona irreemplazable en el trabajo que estamos haciendo en el complejo turístico.
—Bueno, eso es un poco exagerado —dijo Melissa, saludando a la mujer.
La morena no pareció muy contenta. Le dio la mano a Melissa y volvió a agarrar del brazo a Surim.
—Estoy segura de que Surim agradecerá tu trabajo con el inglés para facilitar la construcción de su proyecto —la mujer sonrió a Surim—. Sigamos…
quiero hablar con el embajador.
Surim inclinó levemente la cabeza y luego se dio la vuelta y acompañó a Delleah hasta un grupo que había cerca de ellos.
—Una mujer muy hermosa —dijo Asid—. Será una buena esposa para él y le dará muchos hijos.
—Varones, claro…
Melissa estaba malhumorada y celosa. Sabía que no podía haber nada entre Surim y el a, pero antes le había dado un beso en la mano y le había dicho que estaba hermosa…
Pero sería mejor que se controlase, se dijo.
—Ah… Surim necesita varones para que lo sigan en el trono. Él ha sido hijo único. ¿Qué haríamos si se muere antes de dar un heredero?
—Elegir a alguien nuevo.
Al oír que el hombre inhalaba aire profundamente, se disculpó.
—Lo siento. Ha sido un pensamiento occidental. Esperemos que Surim viva muchos años y que tenga docenas de hijos.

—Tal vez eso sería excesivo —murmuró Asid.

Melissa se rió.

—Hábleme de su sitio favorito en el Lake District —dijo ella.

Melissa disfrutó de la conversación con Asid,_ pero siempre estuvo atenta a la presencia de Surim y a dónde estaba él. De pronto lo oyó reírse a lo lejos. Era la primera vez que lo oía reír. Su rostro se relajó una fracción de segundo y perdió esa austera fachada a la que el a estaba acostumbrada. Y le dio un vuelco al corazón. Se dio la vuelta para no verlo.

—¿Le gustaría caminar por los jardines? Está haciendo calor aquí —dijo Asid.

—Es una idea estupenda.

—Surim me dijo que mañana por la mañana se marcha a Inglaterra...

—Sí. Me va a dar pena volver al clima frío y lluvioso después del maravilloso tiempo que hemos tenido aquí. Pero tengo obligaciones.

—Trabaja con Max Valentine, según tengo entendido.

—Sólo temporalmente. Estoy haciendo ese trabajo hasta empezar uno nuevo en el mes de febrero. Entonces me iré a América.

—Las mujeres de nuestro país no viajan tanto como las de Inglaterra.

En aquel momento se oyó un chillido agudo en la casa.

Ella se dio la vuelta y vio que se había encendido una luz en la planta de arriba.

—Hamid... —murmuró ella—. Perdone, Asid. Creo que iré a echar una mano.

Gracias por su compañía. Lo he pasado muy bien. Pero hay un pequeño que me necesita.

Melissa dejó a Asid y se marchó rápidamente. A medida que se acercaba a la habitación de los niños el llanto se oía más fuerte. Irrumpió en la habitación de Hamid y encontró a Annis de pie al lado de la cama, agitándole el hombro para intentar despertarlo, hablándole en árabe. Alaya se chocó con Melissa, al espiar por la puerta.

—Me ha despertado —se quejó.

Melissa se acercó a la cama, hizo a un lado a Annis y se sentó. Luego tomó en sus brazos al niño.

—Tranquilo, tranquilo, cariño. No es nada... Despierta. Tienes una pesadilla, pero estás bien. Despierta, Hamid —lo tranquilizó mientras lo acunaba.

El niño intentó apartarse al principio, pero pronto se calmó. Luego se acurrucó contra Melissa.

—¿Mamá? —preguntó, desconcertado.

—No, cariño. Soy Melissa. Estás en la casa de tu tío Surim, ¿no lo recuerdas?

—Quiero que venga mamá —sollozó Hamid.

—Tranquilo... Tu hermana está aquí, y yo también. Tú estás bien.

—¿Qué sucede? —preguntó Surim desde la puerta. Delleah estaba de pie a su lado, mirando a los niños.

Annis habló rápidamente en árabe. Delleah escuchó ávidamente.

—Suficiente —dijo Surim en inglés.

—Cuanto antes los mandes a un colegio interno, mejor —dijo Delleah.

Hamid dejó de l orar y miró a Surim.

Alaya se dio la vuelta.

—¿Nos vas a enviar fuera? —preguntó

Melissa le habría dado un bofetón a Del eah. ¡Qué cruel de su parte hacer aquel comentario en inglés! Miró a Surim. No podía sacarlos de aquel lugar en el que podían estar a salvo. Los niños habían perdido su hogar, a sus padres...

Surim no podía separarlos...

—Surim —dijo ella.

No sabía qué le iba a decir, pero algo en defensa de los niños.

—¡He dicho que ya es suficiente!

Surim se giró hacia Delleah y le dijo en árabe:

—Te he contado eso en confianza. ¿Es así como tratas la información que te he dado?

Delleah pareció sorprendida. Era mejor haber visto aquello antes de que su relación fuera a más, pensó Surim. La confianza era importante para él.

—Te pido disculpas. He hablado de más.

—Si me disculpas, voy a ocuparme de mis primos. Puedes volver a la recepción. No le cuentes a nadie lo que ha sucedido aquí. ¿Puedo confiar esta vez?

Surim sabía que Annis había escuchado, pero no le importaba. Era discreta. Lo que le molestaba era pensar que Del eah pudiera haber hablado en inglés delante de los niños para presionar.

Surim notó que Hamid y Alaya se apretaban contra Melissa. Ella tenía al niño en su regazo, y lo estaba tranquilizando. Los tres lo miraron como si fuera un extraño.

—Como quieras, Surim —dijo Delleah. Luego se dio la vuelta, y no dijo una palabra más.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Surim a Annis.

—El niño estaba gritando. He venido a despertarlo, pero estaba profundamente dormido. ¡Era terrible! Luego vino la señorita, le habló en inglés y lo despertó.

—Tú hablas inglés, Annis_ ¿Por qué no le hablas en inglés?

—Mi inglés no es muy bueno, y cuando me disgusto, se me olvida todo —dijo la mujer con la vista baja.

Surim se sintió frustrado.

Annis había sido la niñera de su prima Mara. Esta había hablado inglés perfectamente aun antes de marcharse a Inglaterra. El había pensado que su tía habría elegido a la mejor niñera para su hija. Tal vez fueran demasiado tres niños para la niñera, y además Annis había sido mucho más joven cuando se había ocupado de Mara.

—Puedes marcharte, Annis. Nosotros nos arreglaremos.

Annis hizo una inclinación y salió de la habitación.

Surim miró a Melissa y a los niños. Sólo faltaba Nadia.

—Por favor, asegura a estos niños que no los enviarás fuera —Melissa habló en francés—. Ya han perdido un hogar, no pueden perder otro tan pronto.

Además, no conseguirás un colegio que te acepte a los tres juntos. Por favor, no los separes. Se necesitan para recuperarse de la pérdida de sus padres.

—¿Y qué sugieres que haga? —contestó él en francés.

—Contrata a alguien que hable inglés para que los ayude en esta etapa de transición.

Surim la miró un momento.

—Muy bien. Se quedarán si te quedas tú para ocuparte de ellos.

—¿Qué?

Los niños la miraron.

—No puedo quedarme aquí. Hay un trabajo esperándome en

América.

Empiezo dentro de pocas semanas.

—Quédate y ayuda a los niños a adaptarse —sugirió él—. Si es que hablas en serio cuando dices que necesitan ayuda en este momento de transición. Eso también te daría la oportunidad de ver más cosas de este país. No tendrás que ocuparte totalmente de ellos. Tenemos a Annis. Pero tú podrías ayudarlos a adaptarse.

Melissa intentó pensar. Era mediados de enero. En pocas semanas tendría que estar en Boston. Sólo podría quedarse hasta entonces. ¿Cuánto tiempo les llevaría a los niños sentirse cómodos allí? ¿Podrían encontrar a otra mujer que hablase inglés para ayudarlos en aquel momento de transición?

¿Qué diría Max? Ella se había comprometido a trabajar con él hasta que se marchase a América.

—Melissa, ¿nos van a enviar fuera de aquí? —preguntó Alaya.

—No —Melissa miró a los niños e inmediatamente tomó la decisión.

Aquello era más importante. Max lo comprendería. Al menos, eso esperaba.

Melissa miró a Surim y dijo:

—Me quedaré.

Capítulo 4

MELISSA no podía creer que se acabase de comprometer a quedarse con Surim en Qu'Arim. Se suponía que tenía que marcharse a Londres por la mañana con Max. Todavía tenía que hacer el equipaje para trasladarse a América. A ella jamás se le había pasado por la cabeza quedarse en Qu'Arim dos o tres semanas más.

Max era otro problema. Lo dejaría, colgado si no regresaba con él. Pero había tomado la decisión. No podía dejar que enviasen a un internado a aquellos niños.

—Cuando hayas acostado a los niños, ven a mi estudio. Hablaremos sobre tu estancia aquí. Luego vuelve a la recepción —dijo Surim formalmente, y se marchó.

Alaya lo miró hasta que se marchó. Luego le echó los brazos al cuello a Melissa.

—¡Gracias! ¡Nos encanta que nos cuides tú!

—¿Vas a ser nuestra nueva mamá? —preguntó Hamid.

—No, cariño, sólo una visita temporal... Vamos a preparar un poco de leche caliente y después de que la bebáis podréis iros a la cama sin más pesadillas —le dijo a Hamid.

—¿De verdad? —el labio inferior del niño tembló—. ¡Me da tanto miedo!

Me parece que un camión va a atropel arme.

—Eso no ocurrirá, cariño. La leche va a borrarte las pesadillas y dormirás tan bien como Nadia —dijo Melissa, con la esperanza de que no volviera a tener una mala noche.

Media hora más tarde Melissa volvió abajo. La música empezó a oírse más fuerte a medida que se acercaba a la planta baja.

No sabía dónde estaba el estudio de Surim. Apenas conocía la casa; sólo el comedor, el salón, y el tercer piso.

Había una puerta abierta en el vestíbulo. Ella se acercó.

—Espera un momento, por favor —una voz la l amó por detrás.

Melissa se dio la vuelta y vio a Del eah. Su vestido parecía brillar al caminar. Era maravilloso. Pero su expresión, no.

—Estoy buscando a su excelencia. Me pidió que lo viera en su estudio —dijo Melissa.

Seguramente Del eah conocería las estancias de la casa.

—¿Para qué? —preguntó Delleah.

Melissa levantó la ceja.

—Creo que eso es algo entre él y yo.

Delleah miró hacia la escalera.

—¿Sobre esos niños?

—Es un asunto privado —respondió Melissa, irritada con la mujer. Si tenía una relación tan estrecha con Surim, que él le contestase las preguntas.

—¿Privado? Creía que acababa de conocer a su excelencia.

—Nos conocimos el domingo, cuando Max Valentine y yo llegamos. Si me disculpa... —Melissa intentó cortar la conversación tratando de no parecer demasiado maleducada.

—Cuanto antes se deshaga de esos niños, mejor. Está demasiado ocupado para cuidar a niños huérfanos —dijo Delleah.

Eso molestó a Melissa.

—Justamente porque están solos en el mundo, debería prestarles más atención —dijo con calma, pero ferozmente—. Acaban de perder a sus padres.

El es su primo y su lazo con sus padres, y debería cuidarlos en este momento tan crítico para ellos.

Delleah hizo un gesto con la mano como restando importancia a lo que decía Melissa.

—Una escuela adecuada hará maravillas.

—¿La enviaron a usted a un colegio interno? —preguntó Melissa.

¿Qué le pasaba a aquella gente que enviaba tan rápido a los niños fuera de su casa?

—No he sido tan afortunada. Pero muchos de nuestros niños son enviados a buenos colegios. No es nada horrible, sino una opción que los enriquece —dijo Delleah—. Yo pienso enviar a mis hijos a estudiar a Francia. Tendrán una educación más cosmopolita allí.

—A los dos y cinco años los niños no necesitan ser cosmopolitas. Perdone, tengo que encontrar a Surim.

—¿A Surim? ¿Lo conoce tanto como para llamarlo por su nombre?

Evidentemente a Delleah no le gustaba la situación.

Lamentó haberlo tratado por su nombre delante de Delleah.

Surim le había pedido que lo l amase por su nombre, como amiga de Max, pero no estaba segura de que le gustase que lo tratase tan informalmente en público.

—Le mostraré el estudio —dijo Delleah dirigiéndose a la puerta abierta.

Melissa se preguntó qué tramaba aquella mujer. Pero la siguió.

—Surim, te echamos de menos —dijo Delleah cuando se detuvo frente a la puerta—. Cuando termines con la inglesa, reúnete con nosotros.

Surim se puso de pie detrás del escritorio.

—No descuidaría a mis invitados de no ser por asuntos importantes.

Estaré allí en un momento. Melissa, pasa, por favor. Delleah; disculpa...

Surim cerró la puerta casi en la cara de Del eah.

—Pasa y siéntate —la invitó Surim yendo hacia las sillas que había cerca de la ventana.

Melissa se sentó y esperó, nerviosa.

—Hablaré con Max, si quieres —dijo él.

—No te preocupes, yo se lo diré. En cuanto terminemos. Puedo hacer las traducciones desde aquí, si él quiere, y si tú estás de acuerdo. No me gusta dejar un trabajo a medias —dijo el a, esperando arreglar el asunto.

La mayor parte del trabajo estaba terminada, así que no esperaba tener que hacer muchas traducciones en las próximas semanas.

—Me he comprometido con un trabajo para mediados de febrero, no obstante.

—Cancélalo —le ordenó Surim.

—No, llevo mucho tiempo esperándolo. Además, tengo casi un mes para que los niños se adapten.

—Annis era la niñera de la madre de los niños. Es de otra generación, pero quiere ayudar a criar a estos niños. Espero que trabajando juntas podáis conseguir buenos resultados.

—Haré todo lo que pueda...

—¿Y si no están adaptados cuando l egue el momento de irte?

—Estoy segura de que podrás encontrar a alguien. ¿Quién no va a querer trabajar aquí? El lugar es estupendo. Estoy segura de que

tendrás muchas candidatas.

—Pero tú no estás dispuesta.

—Tengo un puesto esperándome...

Por un momento se preguntó si no debería pensárselo. Si se quedaba allí tendría aquel paraíso todo el año. Y los niños de los McDonald no la necesitaban tanto como aquéllos.

Pero Surim no le había ofrecido el puesto de niñera. Ese era de Annis.

Podría ayudarlos durante un tiempo, al menos.

—Hay un par de condiciones para que me quede —dijo ella lentamente, probando su reacción.

—¿Cuáles son?

—Que te involucres más, para empezar.

Aquellos niños eran de Surim ahora. Era importante que les dedicase tiempo.

—Tengo una vida muy ocupada.

—Lo sé, pero debes buscar algo de tiempo para tus niños.

—No son...

Melissa levantó una mano.

—No son tus niños biológicos, pero ahora son tus niños. Tú eres su tutor, lo que te convierte en su figura paterna. Tendrás más influencia en sus vidas que cualquier otra persona. Es importante que llegues a conocerlos y que te conozcan.

—Me tienen miedo.

—No te conocen. Creo que son tímidos, tienen miedo y están muy tristes.

Y tu anuncio de esta noche de que los vas a enviar a un colegio fuera no ha hecho más que empeorar las cosas.

—No ha sido mi anuncio —respondió él.

Melissa hizo un gesto como restando importancia a sus palabras.

—¿Y tus otras exigencias?

—No se l evan bien con Annis. Hay que hacer algo para que las cosas funcionen mejor antes de que los niños estén más resentidos. Creo que Annis está un poco sobrepasada por la situación, tal vez incluso esté triste ella misma por la muerte de la madre de los niños. Pero tienen que superarlo juntos.

—De acuerdo. ¿Otras sugerencias? —preguntó él.

—Creo que podría empezar enseñándoles árabe. Y que el os le

enseñen más inglés. Que se les dé un lugar en la vida familiar y se les ayude a limar sus diferencias.

—De acuerdo. ¿Eso es todo?

—Algo más: es muy importante que coman contigo como familia que sois, al menos una o dos veces a la semana. Yo los ayudaré a comportarse en la mesa y a que se acostumbren a su posición en la sociedad.

—¿Una niña de dos años durante la cena? ¿Va a vestirse de etiqueta para cenar? —dijo él sarcásticamente.

—Yo me encargaré de eso. Tal vez debería empezar a los tres o cuatro años. Pero Hamid y Alaya son lo suficientemente mayores. Esta es su cultura, su historia, su familia. Aprenderán las tradiciones y valores familiares de ti. Es importante.

Surim asintió.

—Y tú vas a estar con nosotros, supongo. Tal vez podrías pedirle a Annis que te enseñe árabe.

—Me gustaría, pero no voy a estar aquí el tiempo suficiente para poder aprender mucho. No obstante, es una buena idea. Puedo aprender con el os.

—¿Alguna otra condición? —preguntó Surim.

—No. ¿Quieres que me ponga uniforme? Surim pareció sorprendido.

—Tu no eres una empleada. Seguirás siendo mi invitada mientras estés aquí. Espero que tengas tiempo para ver Qu'Arim y disfrutar de tu estancia además de ayudarme con los niños.

Ella se sorprendió. Había pensado que sería una segunda niñera o algo así.

De pronto se acordó del beso. ¡Iba a seguir siendo una invitada!

—¿Te parece duro?

—No. Creía que sería una empleada.

—No. Así que cuando esté en casa espero que compartas conmigo las comidas. Puedes mantenerme al corriente de sus progresos y ser el puente entre ellos y yo cuando cenen conmigo.

Melissa sintió excitación al pensar en la posibilidad de que él saliera con ella algún día. Pero se engañaba si pensaba que un hombre tan ocupado le dedicaría ese tiempo.

—Si no hay nada más, volveré con los invitados —dijo él poniéndose de pie.

—Hablaré con Max y le diré que no volveré con él...

Cuando bajaron, Delleah estaba cerca de la puerta, conversando con amigos y atenta a todo el que entraba.

Melissa fue a buscar a Max. Lo vio cerca del ventanal, conversando con un grupo de hombres.

Se acercó con la esperanza de que Max la viera y pudieran hablar a solas.

Max la vio y se disculpó con el grupo para acercarse a ella.

—¿Ocurre algo?

—Hay un cambio de planes. El jeque me ha pedido que me quede un tiempo más para ayudarlo con los niños, para que se adapten a vivir aquí.

—¿Qué quieres decir?

Melissa se lo explicó.

—¿Crees que estoy haciendo lo correcto? ¿Y tus traducciones? ¿Podría hacerlas desde aquí y enviártelas por fax en inglés?

Max se quedó pensativo.

—Melissa, tú eres la única que puede saber si es lo correcto. Pero tendrás la oportunidad de conocer más el país, si no me equivoco. Surim es un anfitrión estupendo. Pero, ¿no vas a pasar demasiado tiempo con los niños como para hacer traducciones?

—No voy a estar totalmente dedicada a ellos. Puedo trabajar desde aquí y enviarte los resultados. Así no habrá demoras. Serán sólo unas semanas. Ya sabes que empiezo a trabajar en América en febrero.

—¿Lo sabe Surim?

—Se lo he dicho. En ese tiempo podrá encontrar a otra persona, si los niños aún lo necesitan. Pero así se le quitará la idea de mandarlos a un colegio interno. ¡Nadia tiene sólo dos años!

—Bueno, si estás segura...

La verdad era que no estaba segura de que fuera la decisión acertada.

Pero cuando se acordaba de los niños se borraban las dudas.

Melissa se despertó temprano por la mañana y se vistió rápidamente.

Llamaría a su madre y le contaría su cambio de planes. También le pediría que le enviase más ropa. Lo que había l evado era más adecuado para usar en una oficina que para estar con niños.

Después de vestirse subió a ver a los pequeños. Hamid y Nadia estaban jugando tranquilamente en la habitación de juegos. Habían puesto la mesa para desayunar, pero la comida no había llegado. Nadia fue la primera que la vio.

—¡Melissa! —se levantó y fue hacia ella—. ¿Vas a comer con nosotros?

Hamid se levantó y fue a su encuentro.

—¿De verdad te vas a quedar como dijiste anoche?

—Sí, voy a desayunar con vosotros y me voy a quedar un tiempo más en esta casa. ¿Dónde está Alaya?

—Está durmiendo todavía —dijo Hamid—. ¿Quieres que vaya a despertarla?

Annis entró en la habitación y se sorprendió de ver a Melissa.

—¿Ha venido a ver a los niños? —Annis miró alrededor, notando la ausencia de Alaya.

—En realidad, he venido a desayunar con el os.

¿No le habían dicho nada sobre el cambio de planes?

—Pediré a la cocina que envíe más comida —dijo la mujer, confusa—.

Espero que no demoremos su partida.

—Creo que su excelencia tiene que hablar con usted —dijo Melissa con cautela. No quería ofender a Annis—. Me voy a quedar unas semanas para ayudar con los niños. Espero que juntas podamos hacer más fácil su transición.

Es muy duro que hayan perdido a sus padres, y su hogar, y pasará algo de tiempo hasta que se sientan en su casa aquí.

—¿De verdad vas a quedarte? —preguntó Alaya desde la puerta.

Estaba vestida con pantalones cortos, una camiseta y sandalias. Sonrió con esperanza a Melissa.

—Sólo un tiempo. Tengo que ir a América en febrero.

—Queremos que te quedes para siempre —dijo Hamid con entusiasmo.

Melissa sonrió y le revolvió el pelo.

—La mía será una visita larga. Me encantará pasar tiempo con vosotros tres. Tenéis que contarme todo lo que sepáis de Qu'Arim. Quizás podamos ir a explorar el lugar —le encantaba ver que los niños estaban felices—. Pero primero comamos. Luego haremos planes.

Estaban en enero, y suponía que no se habían ocupado mucho de su educación desde que habían llegado. Pero preguntaría qué habían organizado para ellos. Nadia era muy pequeña, excepto para juegos.. Pero los demás tendrían que tener una profesora o ir a la escuela de la zona cuando supieran más árabe.

Annis se marchó después de que sirvieran el desayuno. Melissa esperaba que no se hubiera ofendido; quería que la mujer se involucrase con los niños, puesto que sería quien se quedase con ellos cuando el a se marchase.

A las cuatro de la tarde los niños se levantaron de la siesta. Alaya había leído mientras los otros dormían. Y ahora todos estaban listos para ir a darse un baño.

Habían tenido mucha paciencia mientras ella y Annis conversaban acerca de su cuidado y educación, y Melissa creía que el baño sería una buena recompensa.

—Para usted, señorita Fox —una criada le dio un sobre en una pequeña bandeja de plata.

Melissa, sorprendida, lo agarró y lo abrió.

—«Max ha salido ya. Yo estoy muy ocupado y no podré l egar para la cena»

—leyó.

Firmaba Surim.

Melissa se sintió decepcionada.

No había vuelto a l amarlo por su nombre desde que Delleah lo había notado, pero él firmaba la nota con él.

Suspiró, dobló la nota y la metió en el sobre.

Cuando los niños se fueron a la cama, Melissa también estaba cansada y con ganas de acostarse. Pero decidió dar un paseo por los jardines para refrescarse.

El día había pasado tranquilamente. Annis había estado satisfecha de saber que Melissa se quedaría allí unas semanas para ayudar a que los niños se adaptasen. Y había estado de acuerdo en enseñarles árabe.

—De momento, sólo lo básico. El leer y escribir en árabe pueden aprenderlo en el colegio más adelante. Alaya ya lee en inglés y escribe redacciones. Supongo que aprender árabe será más difícil para ella —le había dicho a Annis.

—¿Quieren aprenderlo? —había preguntado la niñera,

sorprendida.

—Este será su hogar, ¿no? Tienen que hablar la lengua. ¿Y quién mejor para enseñarles? Me han dicho que usted fue la niñera de su madre. Estoy segura de que les gustará oír hablar de cuando el a era una niña y estaba creciendo. Puede practicar árabe con ellos hablando de la infancia de su madre.

—No hablamos de ella —dijo Annis.

—¿Por qué no?

—Para no recordarles su pérdida.

—Es importante que oigan hablar de sus padres, para mantenerlos vivos en su memoria, y así sabrán que otra gente los recuerda con cariño... Espero poder organizar una visita a su abuela para que les muestre fotos de su madre cuando era más joven.

Annis asintió.

—Había muchas. Yo tengo algunas. ¡Mara era una criatura tan especial!

—Entonces, comparta esos recuerdos con los niños. Verá que responderán positivamente.

Aquel arreglo temporal funcionaría bien, pensó Melissa mientras paseaba, y se sintió mejor. Esperaba que Surim pasara tiempo con los niños. Estaba segura de que terminaría amándolos cuando lo hiciera.

—Veo que has encontrado uno de mis lugares favoritos —dijo una voz.

Melissa se sobresaltó, y luego sonrió a Surim cuando éste salió de la oscuridad y fue iluminado por la luz del jardín.

—Me encantan tus jardines. Ya sabes, los ingleses siempre estamos cultivando flores. Este jardín es hermoso.

—No es debido a mí. Tengo buenos jardineros que se ocupan de ellos. Las fragancias son un placer para los sentidos, como los colores y diseños de las plantas.

—Es realmente maravilloso. Un refugio.

—Sí. Tengo otro...

—¿Otro qué?

—Otro refugio. Está en el desierto. Es solitario, salvaje, hermoso... Hay un oasis en su interior. De vez en cuando voy allí para recordar el origen de nuestro pueblo. La vida moderna es inevitable, pero éramos un pueblo nómada, que vivía en el

desierto…

—Debe de ser hermoso…

—Eso dicen algunos. Hay otros que lo encuentran poco atractivo.

Melissa suspiró, imaginando el paisaje.

—Me encantaría ver el desierto. Vuestra capital es tan moderna como Londres. No es muy diferente, excepto por los carteles en árabe. Pero visitar el desierto sería algo muy distinto…

Él sonrió. Ella se quedó sin aliento y desvió la mirada antes de hacer alguna estupidez.

—Tal vez tengamos tiempo antes de que te marches.

—Me gustaría mucho —respondió ella, disimulando la alegría ante aquella idea.

—¿Siempre vuelves tan tarde del trabajo? —preguntó ella.

—Hoy he tenido una cena de negocios, con muchas cosas que resolver. Hay que seguir el protocolo.

—Tú eres quien manda, cámbialo —dijo ella.

Melissa se sentía un poco mareada estando cerca de él. Podría quedarse mirándolo todo el tiempo. Tenía unas canas en las sienes. Probablemente como resultado del estrés que le producía su posición.

—¿Cómo han estado los niños? ¿Te han agotado?

—No. El secreto está en canalizar su energía y dejarla fluir. Han progresado, creo. Les gusta la playa. Y Annis ha estado más relajada con el os hoy.

—Ahora están en la cama…

—Por supuesto. Llevan más de dos horas acostados. Tengo que ir a ver si están bien. ¿Quieres acompañarme?

Surim asintió. Cuando la luz iluminó su cara, ella vio la fatiga en su rostro.

No podía hacer un comentario personal, pero era evidente que necesitaba dormir bien aquella noche. Y estaba casi segura de que Hamid no lo despertaría.

Annis seguía en la habitación de juegos, haciendo ganchillo. Se levantó cuando llegó Surim, pero él la hizo volver a sentarse.

—¿Va todo bien? —le preguntó— él en árabe.

—Están durmiendo. Han corrido mucho hoy, así que no creo que se despierten hasta mañana por la mañana —miró a Melissa y

continuó—: La señorita quiere que les enseñe árabe.

—Es una buena idea. Aunque no vivan toda su vida aquí, son de este país.

Deben aprender nuestra lengua y nuestras costumbres...

—Ella también quiere aprender... —agregó Annis.

—¿Hay algún problema?

—No. ¿Va a quedarse mucho tiempo?

—Espero que se quede hasta que los niños estén adaptados. Ella tiene otros compromisos en febrero. ¿Crees que es una ayuda?

—Sí. Ha sido más fácil estar con ellos hoy. ¿No puede quedarse más tiempo?

—Es pronto para decirlo, pero yo también espero que se quede más tiempo

—miró a Melissa.

Si Melissa hubiera comprendido lo que él estaba hablando habría dicho que era ella quien tenía que decirlo.

Melissa entró en la habitación de Hamid. Surim la siguió y la vio tapar al niño con una manta.

Hamid se movió.

—¿Mamá? —preguntó medio dormido.

—No, cariño. Mamá está en el cielo. Soy Melissa. Estás a salvo. Siempre estarás a salvo aquí —le palmeó el brazo cariñosamente.

Hamid se acurrucó y volvió a dormirse.

Cuando ella se dio la vuelta, vio a Surim.

—Tiene miedo, por eso tiene pesadillas. Echa de menos a sus padres. Pero sueña con que un camión se abalanza sobre él.

—Lo que les pasó a sus padres —dijo Surim.

Melissa asintió.

—Como él imagina que sucedió. Creo que gradualmente irá superando esa.

fase. Pero puede llevar tiempo.

—0 sea, que podemos esperar más gritos por la noche —dijo Surim.

—No esperar, pero tal vez no sorprenderse de que ocurra. Pero espero que con actividad física y clases lleguen muy cansados a la cama y se duerman toda la noche. Son muy afortunados de estar aquí en este clima, donde pueden jugar al aire libre. En Londres hace frío y llueve.

—Nosotros también hemos tenido lluvia. Pero casi nunca hace frío. Si necesitas algo para los niños, pídeselo a Annis. Ella te lo dará.

—¿Mañana pasarás algo de tiempo con ellos?

Surim miró a Hamid. No recordaba cuando había tenido esa edad. ¿De qué podía hablarle un hombre a un niño?

—Tengo una reunión a las diez.

—¿Y el sábado? Por lo menos, desayuna con el os —sugirió Melissa—.

Podemos desayunar a las ocho con bastante tiempo por delante...

Surim asintió.

—Veré si puedo desayunar con el os. Tú estarás allí también...

—Por supuesto. ¿Y el domingo? Podrías venir a la playa con nosotros. A los niños les encanta el agua y jugar en la arena. Se pueden hacer un montón de actividades que incluyan a los tres, a pesar de la diferencia de edad.

Surim repasó mentalmente las cosas que tenía que hacer el domingo. Las dejó a un lado y aceptó. Valía la pena, pensó un momento más tarde, cuando Melissa le sonrió. Sabía que la había mirado más de lo necesario, pero su expresión lo fascinaba. Tenía una sonrisa sincera y espontánea. Y estaba seguro de que era incapaz de ocultar sus sentimientos. Era diferente de la mayoría de las mujeres que había conocido. Tal vez se tomara tiempo para conocerla mejor y pudiera convencerla de que se quedase.

Capítulo 5

AL DÍA siguiente Melissa fue a la habitación de juegos a las ocho. Los niños ya estaban levantados y vestidos y jugaban a esconderse con la pequeña Nadia. Saludaron a Melissa y corrieron hacia el a. Nadia alzó los brazos hacia Melissa y ésta la levantó y saludó a sus hermanos.

—Tenemos hambre... Annis ha dicho que podíamos comer cuando llegases

—dijo Alaya.

La mesa estaba puesta para cuatro personas.

Melissa l amó a Annis y le dijo que necesitaban un cubierto más.

—¿Hay cubiertos aquí o hay que pedirlos a la cocina?

—Hay cubiertos y vajilla en ese armario. Pero, ¿por qué? —preguntó Annis

—. Yo voy a llevarme una bandeja a mi dormitorio. Coma usted con los niños.

—Su excelencia va a desayunar con nosotros.

—¿Quién? —preguntó Hamid.

—Tu tío Hamid —dijo Melissa.

Dejó a Nadia en el suelo y fue a buscar más utensilios al armario que le había indicado Annis.

Melissa oyó un rumor a su espalda. Cuando se dio la vuelta vio a los niños alineados juntos.

—No queremos que venga —dijo Alaya.

—No le gustamos, así que él no nos gusta a nosotros —dijo Hamid.

—Tonterías. Os tenéis que conocer, simplemente.

—Quiere que nos vayamos de aquí —dijo Alaya.

—¿Podemos ir a vivir contigo? —preguntó Hamid.

—Oh, cariño, no tengo una casa propia. Además, estoy segura de que no lo permitirían. Intentemos conocerlo... Tal vez te sorprenda...

Melissa rogó que así fuera. Aunque no se imaginaba a Surim en aquel lugar, en vez de en su trono de poder.

Surim llegó pocos minutos más tarde. Saludó formalmente a los niños y miró a Melissa levantando una ceja, como preguntándole si

estaba contenta con su presencia.

—Buenos días. Nos alegramos de que estés con nosotros —dijo ella.

A ella le hacía un poco de gracia su actitud tan rígida.

—No es verdad —dijo Hamid, enfadado.

Surim la miró con picardía al oír al niño.

—¿Comemos? Tengo una reunión a las diez, y no puedo llegar tarde —comentó.

—Terminaremos mucho antes de esa hora —le aseguró ella.

Se sentaron a la mesa. Surim en un extremo, Melissa en el otro, con Alaya y Nadia cerca. Hamid se sentó en el lado opuesto. Parecían una familia, pensó Melissa mientras servía el desayuno inglés que les habían preparado.

La cafetera estaba cerca de Surim, y ella se preguntó si él esperaría que ella le sirviera el café.

Se sintió aliviada al ver que él mismo se lo servía y que después le ofrecía la jarra. Ella prefirió té.

—Entonces, ¿cuáles son tus planes para hoy? —le preguntó Surim.

—Niños, ¿qué vamos a hacer hoy? —preguntó Melissa para incluirlos en la conversación.

Habría preferido que Surim les preguntara a ellos directamente.

Nadie contestó.

—¿Nadia? —preguntó Melissa.

—Ir a la playa —respondió la niña.

—Sí —sonrió Melissa—. ¿Y qué es lo que más te gusta de la playa, Hamid?

—Nadar —respondió el niño.

—Alaya, ¿terminaste tus cartas para tus amigos? Tal vez tío Surim pueda llevarlas al correo cuando vaya a trabajar hoy…

—¿Por qué tiene que trabajar los sábados? —preguntó Alaya a Melissa.

—Pregúntaselo, ¿por qué no lo haces? La niña dudó, luego se dirigió a él.

—¿Por qué trabajas los sábados? Mi padre no trabajaba. Pasaba los sábados con nosotros y con mamá. A no ser que trabajes en una tienda o algo así. Los sábados y los domingos eran para la familia.

—Algunas cosas no pueden esperar. Habrá otros sábados que

podremos pasar juntos. ¿Qué te gustaría hacer si yo no tuviera que trabajar?

—Nada especial —respondió Alaya—. Ir a la playa es divertido, sobre todo en enero —se volvió a Melissa—. Les he contado eso a mis amigos en las cartas.

Sentirán envidia.

—Yo trabajé en Suiza antes de venir aquí, y hay mucha nieve allí ahora.

¡Yo prefiero los climas cálidos! —exclamó Melissa.

—Yo preferiría estar en casa —murmuró Hamid.

—Ésta es tu casa ahora —dijo Surim.

—No, no lo es. Y tú quieres enviarnos fuera —contestó Hamid mirando a Surim.

—Quiero irme a casa —dijo Nadia. Apartó el plato y tiró el vaso de leche.

El líquido fue a parar directamente al regazo de Surim.

Se quedaron todos inmóviles un momento. Los tres niños miraron a Surim, horrorizados. Nadia se puso a llorar.

—Lo siento... —empezó a decir la pequeña.

—No tiene sentido llorar por la leche derramada —dijo serenamente Melissa, levantándose para agarrar a la niña.

Le dio a Surim una servilleta y alzó en brazos a Nadia.

—No l ores, cariño. Todos sabemos que ha sido un accidente. Tranquila..: Miró a Surim. Su traje necesitaba ir a la tintorería. Su reacción le daría la pista de cómo iba a desenvolverse con los niños. Esperaba que no se enfadase por el accidente de la niña de dos años.

No lo hizo. Se levantó lentamente.

—Me parece que tengo que cambiarme antes de ir a la reunión.

Se dio la vuelta y se marchó.

Nadia abrazó a Melissa.

—Un accidente... —balbuceó la niña.

—Por supuesto, cariño. Tío Surim lo sabe. No se ha enfadado.

—Sí se ha enfadado —dijo Hamid—. Ahora nos enviará a un colegio, seguro. ¿Y si no podemos ir al mismo colegio?

Por un momento pensó que el niño se iba a poner a llorar también.

—No os enviará a un colegio. Me he quedado para estar segura

de que no lo hace. Si me ha invitado a quedarme, no es para enviaros fuera. Y ahora terminad vuestro desayuno o no tendréis suficiente energía para jugar en la playa.

Tranquilizó a los niños y éstos siguieron comiendo.

Cuando terminaron, le pidió a Annis que se quedara con los niños y bajó corriendo a ver a Surim.

Llegó a la planta baja, pero no lo encontró. Caminó hacia su estudio. La puerta estaba abierta, y él estaba al lado del escritorio, preparando su maletín con carpetas.

—¿Tienes un momento? —preguntó Melissa.

El se dio la vuelta y asintió.

—Sólo un momento. Tengo que salir pronto.

—Lo sé. Quería pedirte disculpas por el incidente de esta mañana. La niña sólo tiene dos años.

—¿Soy un ogro que no sabe darse cuenta de eso?

—No he dicho que lo seas, pero debes admitir que no tienes mucha experiencia con niños.

—Tal vez sea mejor esperar a que sean mayores para comer juntos —respondió él, terminando de llenar el maletín.

Melissa entró en el estudio.

—Nunca es demasiado pronto para que los niños se sientan parte de una familia, sobre todo en las comidas. Estaban nerviosos. Saldrá mejor cuando se acostumbren a ti.

—No les gusto. Lo he oído desde el pasillo.

Por un momento Melissa se preguntó si los comentarios descuidados de los niños podrían haber herido a Surim. Pero se lo borró de la cabeza. Era un adulto. Sabía que un niño podía decir algo en un momento de rabieta. Pero por un momento sintió ganas de consolar a Surim.

—No te conocen —dijo ella—. Recuerda cuando eras un niño.. Querías ser mayor y hacer cosas con los adultos. Pero era difícil.

—Yo no me acuerdo de cuando tenía dos años —dijo él.

—¡Entonces usa tu imaginación!

Surim cerró su maletín y la miró.

—Tienen todo lo que necesitan...

—No, no es verdad. Necesitan cariño. Necesitan alguien que esté interesado en ellos, que se interese por lo que hacen, por lo que piensan, por lo que están aprendiendo.

—Tú estás para el o.

—¡No por mucho tiempo! Necesitan una familia.

Surim miró a Melissa. Apenas conocía a los niños, pero los defendía apasionadamente. Le gustaba ver cómo le brillaban los ojos, el color de sus mejillas. Y por un momento se distrajo viendo lo hermosa que estaba.

¿Estaría así cuando ardiese en la pasión con un hombre? ¿Cómo sería en la cama Melissa?

El desvió la mirada. No le gustaban sus pensamientos. Ella se marcharía en pocas semanas. Tal vez pedirle que se quedara hubiera sido un error.

Por un momento se imaginó tener dos años y perder a sus padres.

Afortunadamente él no había vivido eso. Sus padres habían muerto cuando tenía diecisiete años, aunque antes no habían pasado mucho tiempo con él. Lo habían enviado a un colegio interno a los nueve años, a Inglaterra. Se había sentido solo y había echado mucho de menos su hogar, pero lo había ocultado.

Había mostrado una imagen de suficiencia. Pero internamente había añorado estar en su casa con sus padres. El recordarlo lo ayudaría a comprender a los niños.

—No sé cómo hacer que se sientan queridos —dijo Surim.

Sabía cómo dirigir su país, pero no cómo tratar a una niña de dos años.

Tenía que aprender.

Tenía que concentrarse en la relación con los niños, y no en la huésped que se marcharía en febrero.

Melissa asintió.

—Lo único que puedo sugerirte es que pases más tiempo con ellos. Hoy habría sido una buena oportunidad para ir a la playa todos juntos. ¿No puedes venir más tarde? Nadia duerme la siesta después de comer, mientras los otros juegan silenciosamente. Pero podemos volver más tarde.

Lo último que se le había ocurrido a Surim aquella mañana cuando se había levantado había sido hacer una excursión a la playa. No tenía tiempo de cambiar su agenda para estar con los niños.

No obstante, eran los niños de Mara. Y si no los conocía

entonces,

¿cuándo?

—Si puedo arreglarlo, lo haré.

Tendría que llamar a Del eah y cancelar la cena con ella, aunque aquello no le supondría un problema. Él sabía que Delleah tenía esperanzas de matrimonio, pero después de su comportamiento en la recepción frente a los niños, él no estaba decidido a dar ese paso.

Delleah le había parecido la mujer adecuada, pero había muchas mujeres adecuadas.

—Una cosa más antes de que te marches: ¿podemos arreglar una visita a su abuela? Creo que eso los ayudará en la transición. Sé que está delicada de salud, pero una visita corta será positiva, ¿no crees?

—Llamaré y lo organizaré —dijo él.

—Sería perfecto. Les enseñaré modales. Y si no hay leche y galletas, no habrá problemas —bromeó Melissa.

Él desvió la mirada; si no lo hacía, olvidaría que era una invitada y la besaría.

—Habla inglés, ¿no? —preguntó Melissa.

—Sí, bastante bien. Ha visitado a los niños en Inglaterra. Pero desde la muerte de su hija ha estado postrada por la pena y no ha hecho ningún esfuerzo por verlos. Intentaré que los vea.

—Será mejor que no se lo digamos a el os hasta estar seguros. No quiero que se hagan ilusiones y luego frustrarlos.

—Le diré a mi secretaria que arregle la visita. Y ahora, si me perdonas, tengo que irme a esa reunión —dijo Surim.

La verdad era que por primera vez no tenía ganas de ocuparse de problemas de Estado. Tal vez debiera organizar esa excursión al oasis con Melissa. No obstante, dudó. No sabía hasta dónde involucrarse con su invitada inglesa. Hasta ese momento no había compartido aquel sitio en el desierto con nadie.

Ella asintió y se dio la vuelta para marcharse. Surim la siguió al vestíbulo.

Melissa lo intrigaba. Era la única mujer que conocía que no coqueteaba con él.

Estaba más preocupada por los niños que por él.

¿Sería por eso que le interesaba? ¿Porque ella no le había prestado la atención a la que él estaba acostumbrado?

Cuando estuvo en el coche, repasó su agenda de aquellos días. Si reorganizaba ciertas cosas y delegaba algunas obligaciones, tal vez pudiera compartir un poco de tiempo con su invitada. Lo menos que podía hacer era mostrarle un poco más de su país, y no hacerle pasar toda su estancia con los niños.

Eran poco más de las cuatro cuando Surim l egó a la playa. Las reuniones habían terminado poco después de la una, pero había pasado el resto de la tarde tratando de reorganizar su agenda. Se detuvo un momento observando la escena. Alaya estaba chapoteando en el agua, riéndose. Surim recordó los años en que Mara y él habían jugado en el mar. Se habían sentido libres, zambulléndose, haciendo carreras. ¡Cuánto le había gustado el agua!

Hamid estaba haciendo otro castil o de arena; ése era casi tan alto como él. Surim sospechaba que Melissa lo había ayudado. Pero en aquel momento ella estaba ocupada con Nadia. No estaba seguro de lo que estaban haciendo, pero parecían edificios de bloques hechos con arena húmeda, o quizás un castillo más pequeño.

Melissa lo vio. Su cara de alegría a él le tocó el corazón. Llevaba pantalones cortos y sus piernas parecían doradas con el brillo del sol. Oyó su risa y él se bañó en ella. Confiaba en Melissa de un modo poco habitual en él.

¿Sería porque Max se la había recomendado? ¿0 porque le atraía su actitud desenfadada y alegre?

Seguramente Melissa le dijo a Nadia que él había llegado, porque la pequeña lo miró. Se puso de pie y fue hacia él.

El caminó hacia el a, notando que sus hermanos lo habían visto también.

—Hola, tío Surim —dijo Nadia alzando los brazos para que la levantase.

Surim la levantó, y se sorprendió de lo poco que pesaba.

—¿Te lo estás pasando bien en la playa? —preguntó él.

¿Qué podía decirle a una niña de dos años?, se preguntó Surim.

—Sí. Lissa y yo estamos haciendo tartas. ¿Quieres una?

«Usa tu imaginación», le había dicho Melissa. Surim sonrió a la pequeña.

—Me encantaría probar una de tus tartas.

—Sólo es un juego. No pongas la boca —dijo Nadia.

—De acuerdo —Surim había llegado al castillo—. Buen trabajo, Hamid —miró la estructura. Era muy compleja para un niño tan pequeño.

El niño sonrió sin mirarlo. Pero era evidente que se sentía halagado.

—¡Alaya, no te vayas tan lejos! —gritó Melissa.

Surim miró hacia el mar justo en el momento en que Alaya nadaba nuevamente hacia la orilla.

—Nada bien, como su madre —dijo Surim.

—Y quiere nadar en una zona más profunda, pero no puedo vigilarla suficientemente, si tengo que echar un ojo a sus hermanos. Si hubiera algún problema, no quiero que esté tan lejos que lleve mucho tiempo rescatarla.

—Nadaré con ella. A su madre y a mí nos encantaba nadar hasta la boya.

Melissa dirigió la mirada hacia la marca flotante, a bastante distancia.

—¿Tan lejos? —preguntó, dudosa.

—Éramos un poco más mayores que Alaya, pero no mucho. A Mara le encantaba el agua.

—A sus hijos también —Melissa sonrió a Surim, que tenía a Nadia en brazos—. Veo que Nadia y tú habéis hecho las paces.

—No había que hacer las paces. Fue un accidente.

—Tu traje quedó arruinado.

—Sólo manchado de leche. Un tintorero competente lo arreglará. Y si no, es sólo un traje. Tengo muchos.

—¿Quieres que la agarre yo? —Melissa extendió los brazos hacia Nadia, pero la niña se agarró del cuello de Surim.

—No, tenemos tarta —dijo Nadia.

—Te he dicho que la probaría, pero es sólo un juego. No puedo comerla —dijo Surim.

Melissa asintió.

—Muy bien, Nadia. Se lo he estado diciendo todo el día. Me parece que se cree que la arena es azúcar. Lo parece. ¡Es tan blanca y fina!

Mientras Surim jugaba con Nadia a que comían tarta, Melissa observó que Hamid estaba entretenido, y Alaya no estaba muy lejos.

—;Melissa, ven a nadar! —gritó Alaya. El agua le l egaba a la

cintura.

—¿Por qué no vas a nadar con ella ahora? —sugirió Melissa—. Cuéntale que hacías carreras con su madre.

Surim asintió.

—¿Quieres venir a nadar tú también? —le preguntó a Nadia.

La pequeña asintió.

—La llevaré a nadar un rato corto. Luego te la traeré para quedarme con Alaya —dijo Surim.

Dejó a la niña en el suelo y se quitó la camisa y los pantalones cortos.

Melissa se quedó sin aliento cuando vio su pecho desnudo. Era sólido y musculoso. Le sorprendió ver que estaba en una forma magnífica. Sus trajes ocultaban todo eso. Y era mejor así, se dijo. Era mejor que Surim no notase la atracción que ella sentía hacia él, porque si no, la echaría de allí rápidamente.

Aunque marcharse sería sin duda lo mejor. Porque sería un estúpida si se enamorase de él. Cuanto antes estableciera Surim un lazo con los niños, mejor.

—¿Estás bien? —preguntó Surim.

Melissa asintió y se puso de pie.

—Voy a ver si Hamid quiere ir a nadar ahora —dijo el a, tratando de no mirar a Surim.

La tarde transcurrió tranquilamente. Los niños se mostraron cautelosos con Surim, pero al final de la carrera, Alaya se rió y pareció cómoda en compañía de su primo.

Cuando volvieron a la casa, Surim se excusó diciendo que tenía un compromiso. Y Melissa se alegró de que no tuviera la oportunidad de comprobar los modales de los niños en la mesa, porque éstos estaban muy cansados, y no estaba segura de que pudieran comportarse impecablemente.

Melissa prefería no verlo. Cada vez sentía más atracción hacia él. Ella se marcharía pronto y, en cualquier caso, no quería caer rendida ante el jeque Surim Al—Thani, quien estaba buscando esposa, pero la niñera de sus hijos sería la última persona en quien se fijaría.

Y en lo concerniente a ella, no le convenía enamorarse de un hombre fuera de su alcance. Había superado el dolor de la relación de Paul en los últimos meses, pero todavía se sentía un poco herida

y no quería repetir aquella experiencia.

Cuando los niños se acostaron, Melissa se retiró a su habitación. Le escribiría a su madre y a sus amigos de Suiza y se olvidaría de Paul y de Surim.

Cuando terminó de escribir las cartas se levantó y se estiró. Pediría que enviasen las cartas al correo al día siguiente.

Estaba cansada del día en la playa.

De pronto se preguntó si Surim estaría ocupado con Delleah en aquel momento. ¿Le pediría que se casara con él?

Esperaba que no. A Delleah no le gustaban los niños.

Antes de acostarse decidió tomar una taza de té. Se preguntó si podría ir a prepararse una sin molestar a nadie, salió de su dormitorio y fue al comedor.

Desde allí vería la cocina, pensó.

Apenas había llegado a la planta baja cuando uno de los criados de Surim apareció de entre las sombras.

—¿Desea algo? —preguntó el hombre en francés.

—Un té, por favor.

—Yo se lo l evaré. Por favor, espere en el comedor —el criado desapareció en el pasillo oscuro.

El comedor estaba decorado con muebles exóticos, y algunos bastante antiguos. En las paredes había magníficos cuadros de paisajes del desierto y otros del Golfo Pérsico. Había vitrinas con perlas expuestas. Tal vez pudiera ir a ver alguna de las granjas de perlas antes de marcharse de Qu'Arim.

Las perlas eran fabulosas.

—Son hermosas, ¿verdad? —oyó a Surim desde la puerta.

—Oh, sí. Me pregunto si podría ver a los buceadores antes de marcharme.

—Oh, sí. Pero la época de las perlas es el verano, no el invierno, así que habrá poco que ver. Estás levantada muy tarde... —comentó.

—Estoy esperando una taza de té. He querido bajar y hacérmela yo misma, pero uno de tus criados me vio en el pasillo y me pidió que esperase aquí.

No he querido causar ninguna molestia.

—Es un placer cuidar a nuestros invitados. Cuanto más cómoda te sientas, más tiempo te quedarás.

Ella sonrió.

—Me gustaría poder hacerlo. No me apetece cambiar este clima por la nieve y el hielo. Pero me he comprometido con los McDonald y no sería justo echarme atrás en el último momento. Conozco a sus niños. Cuentan conmigo.

Además, no puedo quedarme definitivamente. Eso sería aprovecharme de tu hospitalidad.

—Sería un placer para mí.

—Gracias por pedírmelo, pero tengo que cumplir mi compromiso —dijo Melissa negando con la cabeza.

El la estudió un momento. Luego inclinó su cabeza levemente.

—El ofrecimiento sigue en pie, si cambias de opinión.

El criado apareció con una bandeja con dos tazas. La dejó en la mesa frente al sofá e hizo una inclinación antes de marcharse.

—¿Es suficiente para dos? —preguntó Surim.

—Eso parece. ¿Te apetece una taza de té?

—Me apetece mucho.

El esperó a que ella se sentara en el sofá y luego se sentó en una sil a cerca. Melissa sirvió el té.

—Es posible que tenga que darte algunos documentos para que se los traduzcas a Max mañana. Los he traído a casa —dijo Surim—. Hemos discutido algunos puntos hoy durante la cena, y quiero recibir la aprobación de Max. Él se preocupa mucho por este proyecto.

—Oh... Creí...

—¿Qué?

—Que tu compromiso esta noche era personal.

—¿Una cita?

Ella asintió.

—Era una reunión con el contratista. Hay que incorporar los cambios pronto, así que no podíamos demorarnos. Como te he dicho, yo te considero una invitada en mi casa. Y te incluiría en eventos sociales.

Melissa pareció sorprendida.

—Sé que estás buscando esposa. Y no creo que me incluyeses en una cita.

—Ah, pero no necesitamos intimidad, si tengo una cita con alguien. En Qu'Arim no vemos el matrimonio como lo veis en

Inglaterra. Aquí es fundamentalmente una alianza entre familias.

—¿Matrimonios arreglados de antemano?

—La mayoría. Los padres los organizan. Las familias poderosas se alían con otras familias poderosas. 0 complementan sus fuerzas. Por ejemplo: una familia puede tener peso en el comercio y la otra en el transporte, una alianza perfecta...

—¿Y el amor?

—Se espera que el afecto crezca con la unión —dijo Surim.

—¿Entonces, nadie se casa por amor? ¿Qué me dices de los padres de los niños?

—Se conocieron de niños y se enamoraron. Sus padres arreglaron los términos del matrimonio, pero para ellos fue unir la tradición de su país con las costumbres occidentales.

—¿Entonces no buscas amor en una unión? —preguntó Melissa.

Ella no podía pensar en un matrimonio que no fuera por amor.

—Es una creencia occidental. Encontraré una mujer adecuada.

—A mí me parece triste. ¿Dónde está la felicidad, entonces?

—Buscaré a alguien que sea compatible en ese sentido, que tenga intereses similares. Y encontraré la felicidad en los niños que vengan.

—Tú ya tienes tres niños. Y por el momento, no parece que te traigan felicidad —comentó ella.

Si ella no se hubiera entrometido, él los habría enviado a un colegio a cientos de kilómetros de allí.

—Tienes razón. Admito que me han desconcertado. Para ti, en cambio, llevarte bien con el os es natural...

—Porque tengo práctica y me encantan los niños. Este es el mejor momento para crear lazos con ellos, porque están desconsolados por la muerte de sus padres. Comprendo que tengas otros compromisos. La mayoría de los padres para los que trabajo son gente ocupada. Pero el motivo para tener hijos es crear una familia, ¿no crees?

—Esos niños no son míos.

—Son tu familia. Hablas de casarte y de tener hijos, ahora puedes practicar —Melissa se sorprendió de su descarnada sinceridad.

¿Se enfadaría él?

—Yo tuve un tutor cuando era pequeño, antes de ir al colegio de

Inglaterra —dijo Surim lentamente.

—Pero también tendrás recuerdos de tu familia, ¿no? Días especiales junto a tu madre y tu padre. Vacaciones juntos, cumpleaños...

El negó con la cabeza.

—Mi padre estaba demasiado ocupado conteniendo a las distintas facciones del país. Fue un momento difícil de nuestra historia. Mi madre era un poco enfermiza y no pasaba mucho tiempo conmigo. Murieron juntos, de vuelta de una visita al Mar Rojo.

—Pasaste tiempo con Mara. Ella era tu familia también.

Al parecer, su infancia había sido un poco solitaria, y no tenía idea de cómo se comportaba una verdadera familia. Por un momento sintió pena por aquel poderoso hombre.

Ella había tenido una infancia muy feliz, y tenía maravillosos recuerdos de su madre.

—Sí, y por su memoria, hago lo que puedo por sus hijos.

—Gracias por compartir el té conmigo —Melissa dejó la taza en el plato—.

Me voy a la cama ahora.

Él se puso de pie inmediatamente.

—Subiré contigo. Es tarde y tengo una reunión mañana temprano.

Surim la acompañó hasta su dormitorio.

—Buenas noches —dijo ella.

—Lamento no poder satisfacer tus exigencias como tutor de los niños —dijo él.

—Sí, puedes hacerlo. Por supuesto que puedes ser un buen tutor... Silo deseas.

—¿De verdad lo crees?

—Por supuesto. Dentro de poco tiempo, te preguntarás cómo has podido tener una vida sin niños —sonrió Melissa.

—Parece un arma de doble filo —dijo él estudiando su expresión.

Melissa se rió.

—Puede serlo. Dinos qué noche puedes cenar con nosotros. Y siempre que puedas pasar tiempo con ellos, hazlo, te ayudará.

Surim se acercó a ella y Melissa se quedó sin respiración. ¿Iba a

besarla?

—Buenas noches, Melissa —dijo él, y la besó.

Por un momento ella se quedó inmóvil. Luego se acercó a él. Cuando sus brazos la envolvieron, ella lo abrazó también, y se dejó llevar por el placer.

Nunca se había sentido tan femenina.

Él le acarició los labios con la lengua y ella abrió la boca, dejando que Surim profundizara el beso. Ella perdió la conciencia. Existía sólo aquel momento y aquel hombre.

Pero un momento más tarde él se separó y echó a andar por el pasillo sin mirar atrás.

Melissa se quedó mirándolo hasta que Surim entró en su habitación y cerró la puerta.

Capítulo 6

L A TARDE siguiente Melissa se puso a traducir los documentos, mientras Alaya leía un libro y los pequeños dormían la siesta. No le llevaría mucho tiempo terminar la traducción.

Cuando acabó bajó a darle los papeles a un empleado para que los llevara a la oficina de Surim y los enviaran por fax. Se sentía mejor con Max sabiendo que podía seguir haciendo su trabajo con él, y ayudar al mismo tiempo en Qu'Arim.

Cuando los niños estuvieron despiertos, ella los llevó a jugar al jardín. A ella le encantaba la playa, pero quería que los pequeños tuvieran también otras actividades.

Estaban cenando cuando apareció el sirviente en la habitación de los niños.

—Hay una l amada telefónica para usted. Por favor, venga conmigo.

—Enseguida vuelvo —les dijo Melissa a los niños.

Era su madre.

—Hola, mamá. ¿Hay algún problema?

—Todo va bien. Pero tengo malas noticias para ti. Han l amado los McDonald hace unos minutos para cancelar tu contrato. Van a enviarte un dinero extra por las molestias, pero dicen que esperan que lo comprendas. Al parecer su actual niñera ha decidido no casarse y quiere seguir en su puesto. ¡Y

tú que dejaste tu trabajo en Suiza para trabajar con ellos! ¿Qué vas a hacer?

Melissa se sentó. Había contado con aquel trabajo.

Recordó las palabras de Surim, él le había ofrecido un puesto de algo, no sabía bien qué.

Si se atrevía, podía trabajar con Surim.

Pero no podía imaginarse viviendo en su casa, sobre todo cuando él se casara.

Tal vez pudiera quedarse sólo un poco más de tiempo.

—Es posible que tenga la oportunidad de quedarme aquí —le dijo a su madre.

—¿Trabajando? ¿0 sólo como visita?

—Trabajando. Tengo que pensarlo. Así que no volveré a casa

pronto.

—Max y Robert estuvieron hablando anoche durante la cena del nuevo restaurante en Qu'Arim. Vamos a ir allí para la inauguración. Me encanta la idea. ¿Crees que vas a trabajar para el restaurante?

—No lo sé. Pero pienso venir a ver el complejo turístico cuando esté terminado. El entorno es hermoso, y será un complejo de primera clase... Pero ya hemos hablado suficiente sobre el restaurante. ¿Cómo están allí las cosas?

Su madre y ella charlaron unos minutos antes de colgar.

Luego se quedó pensando. Si pudiera separar los sentimientos hacia su nuevo jefe de su trabajo con los niños, todo sería más fácil.

Durante los siguientes días no vieron a Surim.

Los niños parecían estar mejor. Hamid había dejado de tener pesadillas y Alaya ya no estaba tan triste.

Annis les estaba enseñando árabe, pero aún no podían tener una conversación en aquel idioma.

El jueves Melissa fue convocada al estudio.

—¡Qué rápido! —dijo Surim cuando la vio.

—Acabamos de desayunar. Podrías haber desayunado con nosotros.

—Lo tendré en cuenta para otra vez. Esta tarde quisiera l evar a los niños a ver a Tante Tazil, su abuela. Me gustaría que nos acompañases.

—Eso sería estupendo. Sé que les va a encantar verla.

No lo había visto desde la noche del beso, y le habría gustado preguntarle qué había estado haciendo, o por qué la había besado. Involuntariamente miró sus labios.

—Veremos. Su abuela está muy deprimida. Espero que la anime ver a los niños, que no le traiga recuerdos tristes. Oí sus risas la otra noche. Están mejor.

—Tienes que...

—Pasar más tiempo con ellos —la interrumpió él—. Lo sé. Estoy organizando mi agenda para arreglarlo. Pero algunas cosas no se pueden cambiar de un día para otro. ¿Te estás adaptando bien?

—Sí, gracias.

—He oído que tuviste una l amada telefónica...

—Sí, de mi madre.

—¿Está bien?

—Sí, claro. Esperando la inauguración de Bella Lucia aquí. Robert le ha prometido traerla para el evento.

—Estupendo, tengo ganas de conocerla. ¿Hay algo más?

—¿Como qué?

—¿Has decidido si quieres trabajar aquí?

—¿Ahora que me han cancelado mi contrato de Boston, quieres decir? —preguntó ella.

Max debía de habérselo dicho.

—He oído eso. Me sorprende que no me lo hayas dicho antes...

—Todavía me lo estoy pensando.

—Te subiré el sueldo.

—No hace falta.

—¿Quieres que hablemos de tus condiciones? —preguntó Surim.

—¿Como cuáles?

—Dímelo tú. Tú hiciste una lista cuando te pedí que te quedaras un tiempo más la otra vez.

—Y no estás cumpliendo tu parte. No pasas más tiempo con los niños. Unas horas a la semana no es suficiente.

—Hoy voy a cenar con ellos.

—¿Qué?

—Vamos a cenar todos juntos hoy. Eso sumará algún punto, ¿no?

—Esto no es un juego.

—No. Lo sé. ¿Podemos salir a eso de la una?

—Nadia suele dormir la siesta a esa hora. Si no se la respetamos, puede ponerse molesta.

—Ah. ¿Y qué hora es mejor?

—Las tres.

—Entonces te veré a las tres.

Melissa se puso de pie y fue hacia la puerta.

—Y espero tener la respuesta entonces —dijo él.

—¿Cuáles van a ser mis obligaciones, exactamente?

—¿Las que tienes ahora, por ejemplo?

—Me parece que no te merece la pena pagarme por el o — respondió ella—.

Creo que prefiero volver a casa pronto. Pero me quedaré un tiempo más.

—La oferta sigue en pie —dijo él, Agarró el papel y comenzó a

escanear el informe.

A Surim le había sorprendido que Melissa no le hubiera contado lo de la cancelación de su contrato. ¿No querría seguir con los niños? Realmente Melissa era muy importante para el os. Annis seguía haciendo parte del trabajo de niñera, pero con Melissa los niños florecían.

Recordó la lista de condiciones que le había puesto para quedarse aquellas semanas. ¡Se podía imaginar la lista que le haría para quedarse permanentemente!

Le gustaba la sinceridad de Melissa. Decía lo que pensaba. ¿Cambiaría eso si se quedaba a trabajar con él? Esperaba que no.

Recordó el beso de la otra noche. Tenía que refrenar sus impulsos. Estaría totalmente fuera de lugar en una relación de jefe y empleada.

La necesitaba. No sabía cómo relacionarse con aquellos niños. Las tres semanas anteriores a la l egada de Melissa lo habían demostrado.

Su pensamiento pasó a la necesidad de conseguir una esposa. ¿Encontraría pronto una esposa adecuada?

Si lo hacía, pronto tendría sus propios hijos. Tenía que hacerlo por su país, para darle estabilidad. Y tenía que darse prisa. Tenía casi cuarenta años. Y

querría vivir lo suficiente como para tener un hijo adulto y poder enseñarle a tomar las riendas del gobierno.

Recordó cuando había muerto su padre, lo enfadado y resentido que estaba. Aún no había acabado el colegio, y había planeado estudiar Medicina. El hermano de su padre podría haber asumido el liderazgo del país, si no lo hubieran matado en un enfrentamiento armado dos meses antes de la muerte de su padre.

Lo habían llamado para que se hiciera cargo de su país. Durante años había tenido profesores particulares para su instrucción. Pero lo que más había aprendido había sido cómo gobernar un país fraccionado. Sus ministros lo habían ayudado, hombres buenos y fuertes que había elegido su padre.

Surim miró por la ventana. Algunos días todavía deseaba haber sido médico...

No había cumplido sus deseos de juventud. Había hecho una labor por la gente, pero no con la Medicina.

Surim volvió a sus papeles y siguió trabajando. Tenía hasta las tres para terminar. Luego podría disfrutar de un tiempo con Melissa sin sentir culpa.

Melissa preparó a los niños con tiempo. Nadia se había levantado pocos minutos antes, pero estuvieron todos listos antes de la hora.

Melissa se puso uno de los trajes que había l evado para su trabajo.

Esperaba que las cajas de ropa que había enviado su madre llegasen pronto.

Los cuatro llegaron al vestíbulo cuando Surim volvía de la oficina.

Estaba muy atractivo con el traje oscuro que había elegido.

—¿De verdad que vamos a ver a la abuela? No la veíamos desde el funeral.

Estaba vestida toda de negro y lloraba. Yo también lloraba, porque quería tener a papá y a mamá. Pero ahora estamos aquí... Será divertido, ¿no? —preguntó Alaya, ansiosa.

—Tu abuela echa de menos a tu madre, como vosotros —dijo Melissa—. Se alegrará de verte. Y tendrás recuerdos más felices. Seguro que verla triste en el funeral te disgustó... Los niños necesitan que los adultos sean fuertes. Tu madre era su única hija y ella estaba muy triste. Pero hoy se pondrá más contenta al veros.

—Ella no va a morirse, ¿no? —preguntó Hamid.

Surim miró a Melissa.

—Se morirá algún día. Pero dentro de mucho tiempo. Dime, ¿qué vais a decirle a la abuela? —dijo Melissa.

Los tres dijeron en árabe:

—Hola, abuela.

—¡Muy bien! —Surim miró a Melissa y agregó—: ¿Y tú?

—Me alegro de conocerla —dijo en árabe.

—Estoy impresionado.

—Annis nos está enseñando —dijo Melissa, contenta por su cumplido.

El viaje fue corto. La casa era impresionante.

Surim había llamado y hablado con Tante Tazil aquella mañana. Su voz le había parecido débil, como si apenas pudiera hablar, pero le había dicho que le alegraba ver a los niños.

Él esperaba que la visita los ayudase a todos y que no causara ningún problema a los niños.

Melissa llevaba en brazos a Nadia. Los otros niños iban junto a ella mientras se acercaban a su abuela, que estaba sentada en una silla.

Parecía mayor de lo que ella había imaginado. Pero tal vez la muerte de la hija la hubiera envejecido.

Surim le presentó a Melissa. Ésta le dijo su frase en árabe y la mujer se sorprendió. Le contestó rápidamente y Melissa se sintió perdida.

Surim dijo algo y la mujer asintió, y empezó a hablar en francés.

—Le agradezco que cuide a mis nietos. Yo me siento incapaz de hacerlo en este momento.

—Son encantadores —Melissa los acercó un poco y les dijo algo al oído.

—¡Hola, abuela! —dijeron a coro.

La mujer extendió los brazos y los niños corrieron a abrazarla. Unas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Mis queridos —susurró en inglés—. Me alegro de veros. Enseguida os traerán galletas y pasteles —la mujer miró a Melissa —: Si le apetece, pediré que nos traigan un té. Sé que a los ingleses les gusta el té.

—En realidad, Tante, he pensado enseñarle a Melissa tu jardín. A el a le gustan mucho las flores... —dijo Surim.

—Últimamente está un poco descuidado... Pero es buena idea. Así luego me dices lo que le hace falta...

Melissa y Surim se marcharon al jardín.

—Tante Tazil cuida de su jardín personalmente —dijo Surim cuando estaban fuera—. ¿Reconoces las flores?

—Sí, creo que veo algunas de mis favoritas.

—¿Te ocupas tú del jardín?

—No, a mi madre le gusta trabajar en él. A mí no. Pero me encantan las flores. Este jardín es muy bonito. Pero me gusta más el tuyo.

—¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre? —preguntó Surim.

Ella lo miró, preguntándose si él tendría tiempo libre alguna vez.

—Me gustaba mucho esquiar en Suiza en invierno. Me gusta leer y viajar.

La ventaja de vivir en Suiza es que está en el centro de Europa. Yo había pensado hacer lo mismo desde Boston.

—¿Y te gusta esto?

—Sí, por supuesto. Pero eso no quiere decir que me guste la idea de trabajar para ti —respondió ella sin pensarlo.

—¿No?

Ella lo miró, incómoda.

—Me gusta ser tu invitada —dijo.

Un rato más tarde volvieron al salón para reunirse con los niños y su abuela. A Melissa le pareció que la mujer parecía más contenta que antes.

—¿Os tenéis que ir tan pronto? —preguntó la abuela.

—Ya hemos estado mucho tiempo, pero volveremos la semana que viene, si te apetece. Y tú eres bienvenida en mi casa, si quieres visitar a los niños, ya lo sabes —dijo Surim.

—Tal vez lo haga —respondió Tante Tazil. Luego dirigió su atención a Melissa—. ¿Le importaría llevar a los niños al jardín un momento? Quisiera hablar a solas con su excelencia.

Surim observó a Melissa llevarse a los niños fuera. Él imaginó de qué quería hablarle su tía.

—Sé que estás buscando una esposa, Surim —dijo Tante Tazil, confirmando las sospechas de Surim.

Él asintió.

—Estás al tanto de todo, a pesar de tu estado...

—No puedes mantenerlo en secreto. Está en la mente de todo el mundo.

¿A quién vas a elegir? Conozco a una joven que puede ser adecuada. Era amiga de Mara cuando era pequeña.

Surim involuntariamente miró a Melissa por la ventana. Estaba hablando con Alaya y tenía a Nadia en sus brazos. Por un momento se la imaginó con un hijo de él en sus brazos. ¿Cómo vería su país una unión semejante?

—¿Surim? —Tante Tazil siguió su mirada y frunció el ceño—. Espero que los niños no se encariñen demasiado con esa mujer. La joven de la que te he hablado ha estudiado en París, así que tiene un aspecto y una actitud mundana y cosmopolita que pueden atraerte. Se llama Yasine bint Shora. Os invitaré a cenar a ambos esta semana.

—Será un placer conocerla —dijo Surim.

Por un momento pensó decirle a su tía que tenía otras prioridades para la hora de la cena, como comer con los niños, pero pensó que Tante no lo aprobaría.

Surim l amó a Melissa y a los niños para que se despidieran de la abuela.

Tante los abrazó y los invitó a que volvieran la semana siguiente.

—Ven cuando quieras a visitar a los niños —le repitió Surim—. No tienes más que avisar a Melissa para asegurarte de que los niños están en casa.

—Cuanto antes encuentres una esposa, mejor —insistió su tía.

Surim sintió el peso de su posición sobre él. Generalmente no le importaba tener la responsabilidad de ser el dirigente de su país. Pero la presión de sus ministros, y ahora de la familia, era insoportable a veces. Él comprendía que debía tener un heredero, pero le molestaba que lo presionaran constantemente para que consiguiera una esposa.

En la limusina, Surim observó a Melissa. Era una mujer hermosa. «Lo bueno viene en frasco pequeño», decían. Sus ojos brillaban oyendo hablar a Hamid. Nadia estaba acurrucada contra ella. Alaya estaba sentada al lado de él.

—¿Lo habéis pasado bien? —preguntó Surim.

—Es muy vieja nuestra abuela, ¿no?

—No. Pero está muy triste por la muerte de tu madre. Veros a menudo va a devolverle la energía, y entonces ya no la veréis tan vieja —respondió Melissa.

—Me gustaría que Melissa se quedara para siempre con nosotros. ¿No puedes hacer nada para que se quede?

Surim agitó la cabeza.

—No puedo obligarla a quedarse. Pero haré todo lo que pueda para ver si se queda hasta que hayáis crecido.

—¡Eso me gustaría mucho!

A él también, pensó Surim, y se sorprendió a sí mismo.

Miró a Melissa, y deseó que le sonriese a él del mismo modo que le estaba sonriendo a Hamid.

Cuando llegaron a la casa Surim quiso que Melissa se quedara con él mientras los niños corrían a su habitación.

—No tendremos intimidad durante la cena y quería hablar contigo sobre tu permanencia con nosotros. Siéntate, por favor… —Surim sintió la fragancia de su perfume, suave y dulce, no como el denso de Del eah.

—No puedo quedarme más de unas semanas —dijo ella.

—Dime cuál es el problema y haré lo que pueda para arreglarlo.

Ella se quedó callada.

—Los niños te gustan… —dijo él.

—Sí —respondió ella.

—¿Es conmigo con quien tienes un problema?

Ella agitó la cabeza. Luego dudó y dijo:

—No, ningún problema que no pueda solucionar.

—¿Y de qué problema se trata?

—Supongo que necesito tiempo para pensar si quiero quedarme. Tú vas a casarte. ¿No crees que tu futura esposa tendrá algo que opinar sobre quién cuida a los niños? Sobre todo cuando tengas tus propios hijos. Es posible que no quiera que yo sea parte del personal doméstico.

—Para eso falta mucho tiempo. Si quieres, podemos arreglar un contrato de seis meses.

—¿Y si no encajo bien en el puesto?

—Eso me parece imposible. Pero cualquiera de las partes puede terminar el contrato antes de los seis meses. Y, sea como sea, te daré un finiquito equivalente a seis meses, para darte suficiente tiempo para que encuentres otro puesto que te venga bien.

—Eso es muy generoso. No pido tanto…

—Es lo que te ofrezco.

—Déjame pensarlo —ella se puso de pie y fue hacia las escaleras. Se detuvo al lado de la puerta y lo miró—: Te agradezco la oferta, pero no sé si puedo hacerlo.

Y no podía decirle la razón.

Mientras subía, Melissa reconoció que cada día se sentía más atraída por Surim.

Sería mejor no permanecer mucho tiempo allí. ¡Si hubiera sido capaz de no prestar tanta atención a Surim y concentrarse simplemente en los niños, podría quedarse!

Pero la verdad era que su corazón daba un vuelco cada vez que lo veía.

Esperaba que consiguiera una esposa que supiera acompañarlo y hacerle la vida más fácil. ¡Cuánto deseaba ser ella misma quien ocupase ese lugar! Pero no tenía la más mínima posibilidad. Ni siquiera era de Qu'Arim, y la gente de su pueblo no querría que su jeque se casara con una extranjera.

Por un momento, pensó en un rey que había entregado su trono por el amor de una mujer.

Aquella noche los niños iban a cenar con Surim. Ella los acompañaría. Pero Nadia era demasiado pequeña, y cenaría a la hora y en el sitio de todos los días.

Annis se ocuparía de el a.

Alaya y Hamid estaban un poco nerviosos. Pensaban que su tío iba a querer que fueran perfectos. Y ellos preferían comer y salir a jugar.

La enorme mesa estaba puesta. Melissa se alegró de que los lugares estuvieran próximos, y que no estuvieran distribuidos por el gran espacio que ocupaba su superficie.

—Recordad lo que os he dicho —dijo Melissa cuando iban a sentarse.

—Sí, sentaos tranquilamente. Hablad cuando se os hable… —dijo Alaya.

—¡Usad las servilletas! —gritó Hamid, y luego se rió.

Melissa se relajó. Esperaba que la cena saliera bien y que no hubiera motivo de estrés. Ella haría todo lo posible para que así fuera.

La conversación comenzó con la visita a su abuela. Melissa estaba orgullosa del modo en que Alaya y Hamid se estaban comportando.

La cena fue un éxito. Cuando terminaron, Melissa quiso acompañarlos arriba. Ella también estaba cansada por el estrés de los preparativos. Pero Surim le hizo un gesto para que se quedase.

—Annis los acostará —le dijo.

Alaya le dio un abrazo a Melissa y Hamid hizo lo mismo.

—¿Vas a leerme un cuento antes de irme a dormir? —preguntó el pequeño.

—Subiré en un momento. Si te duermes antes de que suba, mañana te leeré dos cuentos, ¿qué te parece? —preguntó Melissa, revolviendo el pelo del niño.

Empezaba a amar a aquellos pequeños.

—Yo también quiero un cuento —dijo Alaya.

—Te propongo el mismo trato. Y ahora dad las buenas noches a vuestro tío y subid.

Hamid y Alaya se acercaron lentamente a Surim y le dieron un abrazo.

—Buenas noches —dijeron y salieron de la habitación.

Surim miró a Melissa.

—¿He aprobado o he suspendido? Ella se rió.

—No ha sido un examen, ha sido una cena familiar. Y creo que ha ido bien, pero lo que yo crea no importa tanto como lo que tú pienses.

—Sorprendentemente, lo he pasado bien.

—¿Por qué te sorprende? Son niños estupendos.

—En mi familia no hay costumbre de que los niños participen de las cenas con los adultos hasta que lo sean prácticamente.

—¿Quién puso esa regla? —preguntó Melissa sin pensar—. Oh, por supuesto que tus costumbres son importantes, pero es agradable que los niños compartan actividades con la familia. ¿Cómo van a tener lazos afectivos, si no es así?

—¿Tomamos café en el salón? —Surim se levantó y acompañó a Melissa al salón informal.

El ventanal estaba abierto al jardín. La luz de fuera lo iluminaba débilmente. Y además habían encendido algunas lámparas.

Ella se sentó en el sofá y lo observó ir hacia la puerta y detenerse.

—Un motivo por el que mi padre me envió a Inglaterra fue para que conociera otras sociedades. El había ido al colegio en Francia. Su hermano a Italia. Así que le tocaba el turno a Inglaterra.

Melissa lo miraba sin saber adónde quería l egar.

—Pero la vida en un colegio interno es muy distinta de la vida de familia.

Varias veces fui a casa de Max, que tenía una vida familiar muy diferente de la mía...

Ella lo miró.

—Lo que quiero decir es que no estoy acostumbrado al modo inglés de hacer las cosas.

—¿Y no estás seguro de querer eso para los niños?

—En realidad, creo que puede ser bueno para que se sientan seguros inicialmente. Sé que Mara y Anwar, su marido, pasaban mucho tiempo con los niños. Les encantaba vivir en Inglaterra.

—Entonces, haz lo que hacen las familias inglesas: comer juntos, compartir cosas... Incluso con Nadia. No los relegues exclusivamente a la habitación de los niños.

Surim miró la habitación.

—Acondicionaré la habitación para que esté a prueba de niños.

—O al menos, pon las cosas de más valor aparte. Los niños tienen que aprender los límites.

—Quiero que se sientan libres para andar por todas partes. Yo no tenía esa libertad cuando era pequeño. Me acuerdo de que volví a casa a los diecisiete años y me encontré de pronto a cargo de la casa... ¡Y había habitaciones en las que nunca había estado!

Melissa se sorprendió de que le contase aquellos detalles íntimos.

—Excelencia, hay una l amada telefónica —dijo uno de los criados desde la puerta, con un teléfono inalámbrico en la mano.

—Estoy ocupado —dijo Surim.

—No lo molestaría, pero es Madame ibn Horock y usted generalmente está disponible para ella.

—Tante Tazil —le aclaró Surim y atravesó la habitación—. Perdona un momento, Melissa. Siempre atiendo sus llamadas.

Surim salió al pasillo.

Un hombre entró con una bandeja con café y pasteles y le dijo algo en árabe.

—¿Habla francés? —preguntó ella.

El hombre contestó en francés y le dijo que si le hacía falta algo, que se lo pidiera.

—Esto es perfecto, gracias.

Cuando Surim volvió a entrar, Melissa le dio una taza de café.

—Lo tomas solo, ¿no? —preguntó ella.

—¿Te has dado cuenta?

—En casa de tu tía. ¿Se encuentra bien? Ver a los niños no le ha hecho mal, ¿no? —preguntó Melissa.

—Está bien. De hecho, le parece que está volviendo a la normalidad. Me ha llamado para invitarme a cenar con una amiga suya que le parece que sería la esposa perfecta para mí.

—¡Qué bien! —dijo Melissa y sorbió café.

Habría deseado que no atendiera aquella llamada, o por lo menos que no le hablase de ella.

¿Cómo sería estar casada con Surim? ¿Vivir en el Golfo Pérsico para siempre?

Pero no había posibilidad de que él pensara en ella para ese puesto.

De todos modos, si el matrimonio para él no era un lazo de amor, a el a no le interesaba.

—Estás muy callada.

Melissa levantó la mirada.

—Estaba pensando en el matrimonio y en la idea tan diferente que tú y yo tenemos de él.

—El matrimonio en el mundo occidental está basado en el amor —dijo él—.

Sin embargo, la tasa de divorcios es alta, y por lo que vi cuando viví allí, no hay muchas relaciones que tengan mucho amor.

—Tienes razón. Pero los que lo tienen, gozan de un lazo muy especial. Mis padres se amaban. Mi madre permaneció viuda veinte años antes de casarse con el padre de Max la pasada primavera. Ella lo adora y él a ella. Me alegro de que no se haya conformado con un relación cualquiera.

—¿Te parece que un matrimonio arreglado— es una relación sin valor?

—No, creo que es peor. ¿Qué me dices si los contrayentes no son compatibles? No les quedará más remedio que aguantarse toda la vida —Melissa se dio cuenta de lo que acababa de decir—. Ya sé que no es asunto mío...

Él le sonrió.

—Lo curioso de ti, Melissa, es que no me tratas de forma diferente que a tus amigos en tu país.

—No somos amigos... —dijo ella, incómoda.

—Tal vez pudiéramos serlo —sugirió él.

—Estoy aquí por los niños.

Tenía que tener cuidado con la atracción que sentía por él. Y recordar la diferencia enorme entre la posición de Surim y la suya. Ella tenía menos cosas en común con él que con Paul.

Pero sus sentimientos por Surim eran más fuertes de lo que

había sentido por cualquier otro hombre.

Capítulo 7

DURANTE la siguiente semana los niños y Melissa tuvieron una rutina agradable. Tenían clases de árabe por la mañana con Annis, y algunas clases en inglés. Jugaban al aire libre por las tardes. Y habían pasado los dos días que había llovido explorando la inmensa casa que ahora era su hogar.

Todas las noches, si Surim estaba en casa, cenaba con los niños, incluso con la pequeña Nadia.

Melissa estaba contenta con el modo en que estaban saliendo las cosas.

Surim no estaba siempre en casa, pero cuando lo hacía, quería que ella lo acompañase un rato en el salón después de que los niños se fueran a la cama, supuestamente para que le contase lo que habían hecho los pequeños durante el día. Pero aunque la conversación empezaba con los niños, luego seguía con otros temas, libros que ambos habían leído, o sobre el complejo turístico.

Melissa le daba su opinión cuando hablaba, porque él parecía querer que lo hiciera, aunque luego no estuviera de acuerdo. Algunas noches discutían acaloradamente, pero ella siempre se sentía renovada después de pasar un rato con Surim.

Se preguntaba cómo irían sus planes de encontrar esposa. Ella odiaba las noches que Surim no estaba en casa, y siempre temía que una mañana sorprendiera a todos anunciando su compromiso.

No había vuelto a besarla. Sabía que debía estar agradecida de que no se mezclase su atracción por él en su relación, pero deseaba que Surim la tocase, que la besara, que la abrazara otra vez.

Nunca se había sentido así antes, y tenía miedo de que ningún otro hombre la hiciera sentir de aquel modo.

No obstante, era egoísta. Los niños se beneficiarían de una nueva madre.

Haría que los lazos familiares fueran más fuertes, como había dicho Surim.

Pero hasta que anunciara su compromiso, no haría daño— a nadie que él le robara un beso o dos.

Aquella noche Surim había cenado con los niños y, antes de marcharse al salón, le dijo:

—He pensado que mañana podríamos ir de compras.

—¿De compras? —Melissa estaba sentada frente a él, con la pequeña Nadia en su regazo. La niña estaba mirando los dibujos de un cuento.

—Hamid, por ejemplo, necesita ropa nueva. Y no le vendría mal un corte de pelo —dijo Surim—. He arreglado mi agenda para tener unas horas libres al final de la mañana. Así Nadia estará de vuelta en casa para su siesta.

No se olvidaba de nada, pensó ella. Y estaba tratando de mejorar su relación con los niños. Éstos se sentían más relajados en su presencia, pero Surim tenía que soltarse más, en opinión de ella.

—Eso sería estupendo. Será una buena oportunidad de practicar árabe —dijo Melissa.

—Sí. ¿Qué tal va tu árabe?

—Lento. No sé los tiempos de los verbos... Sólo digo cosas sencillas —dijo en árabe Melissa—. Puedo pedir comida, pedir direcciones para llegar a la comisaría o preguntar por el cuarto de baño —se rió y siguió en inglés—. ¡Falta mucho para que tenga fluidez!

—¿Y los niños?

—Hamid va más rápido. Annis y él pueden conversar durante algunos minutos. A Alaya le cuesta más. Nadia hace oraciones sencillas, pero pierde interés rápidamente. Cuando sepamos más, podremos hablar más tiempo en árabe, lo que los ayudará a adaptarse. Es más fácil aprender de pequeño.

—Mañana puedes practicar en las tiendas.

—Se darán cuenta de que soy una turista y me subirán los precios.

A Surim le sorprendía y le resultaba gracioso lo económica que era Melissa. ¿No sabía cuánto dinero podía gastar él? Los niños podían vivir sin trabajar toda su vida, si quisieran. Pero ella siempre buscaba las oportunidades y cuidaba más el dinero que él.

Melissa quería ir al zoco, pero tenía miedo de que fuera peligroso para él.

—No creo que me reconozcan. Nadie se imaginará que voy a comprar en sitios como ésos.

Ella sonrió, y él volvió a sentir aquella fascinación por su sonrisa. Sus ojos verdes le encantaban. Algunas veces eran claros

como el cristal, otras, le recordaban al musgo, profundos y misteriosos.

Alaya trepó al regazo de Surim y se acurrucó contra él. Por un momento Surim disfrutó de la sensación de confianza que pareció mostrar. Le gustaban las historias que Surim le contaba sobre su madre.

—Cuéntame otra historia de mamá —dijo ella.

—Una vez, cuando tenía ocho años, se cayó por la escalera... —empezó a decir.

Su prima y él habían tenido una relación estrecha cuando eran pequeños, al menos los veranos, cuando él volvía a casa en vacaciones. Surim le había transmitido su amor por Inglaterra y, cuando Mara había podido, se había ido a vivir allí. A Mara le había encantado la libertad y excitación de Londres y le había contado sus experiencias en los últimos años. Había criado a sus hijos más como ingleses que como habitantes de Qu'Arim.

Miró a Melissa mientras hablaba de su prima. ¿Qué clase de madre sería ella? Por lo que veía, se involucraría mucho en la relación con sus hijos, pensó Surim.

A1 menos no sería una mujer complaciente como el último par de mujeres que había conocido.

Yasine, la mujer que le había presentado su tía, le había parecido perfecta al principio. Era guapa, educada y capaz de hablar de muchos temas de conversación, lo que habría sido estupendo para las reuniones sociales.

Pero parecía no tener un solo pensamiento propio. Y él había sentido que prefería un discurso más estimulante. Y hablar con Melissa le garantizaba eso.

De hecho, su idea de buscar esposa estaba a punto de fracasar, porque él tenía más ganas de pasar las noches con Melissa y los niños que de buscar una mujer para casarse.

No buscaba amor en una relación. Pero sí quería compartir algunas cosas con su compañera, ser compatible con ella. Tal vez hubiera absorbido más de la filosofía occidental de lo que pensaba, y creía que su esposa tendría que ser alguien con quien pudiera pasar cincuenta años.

Melissa le había metido esa idea en la cabeza, y ahora no se la podía quitar.

Melissa lo miró en aquel momento y sonrió al ver a Alaya sentada en su regazo. La pequeña estaba encantada de saber más cosas sobre su madre.

Hasta Hamid había dejado el tren que estaba montando para sentarse cerca de Surim, fascinado por la historia.

¿Quién hubiera pensado que veinte años después de que Mara se hubiera roto el tobillo su historia se habría convertido en un relato tan apasionante?

—Lo haces muy bien —le dijo Melissa.

—¿Hablarles del pasado?

—Sí, y hacerlo fascinante. ¿Realmente Mara hacía todas esas cosas?

—Era increíble... Bueno, ahora, a la cama. Annis os está esperando en la puerta para acompañaros —dijo Surim, levantándose. Abrazó a los niños y deseó una vez más que su prima estuviera viva.

—Si tienes tiempo, tal vez podrías venir a mi estudio —le dijo a Melissa.

Tenían que hablar de los planes para el día siguiente. Y además él tenía que hacerle una pregunta que le sorprendería a ella.

—Mañana tengo que marcharme temprano. La limusina vendrá a buscarte a las diez. Luego pasará a recogerme a mí e iremos de compras. ¡A practicar árabe!

—Estupendo. Pero no me eches a los lobos. Se darán cuenta de que soy inglesa a un kilómetro de distancia, así que serás tú quien haga el regateo. Creo que a los niños les encantará.

—¿A los niños o a ti?

Ella se rió.

—De acuerdo. Lo confieso. Me muero por ir a los zocos desde que he llegado. ¡Y es estupendo tener un traductor conmigo!

—Mis servicios no son baratos —dijo él, encontrando el modo perfecto de introducir la pregunta que quería hacerle—. Tendrás que darme algo a cambio.

—¿Qué? —sonrió Melissa.

—Tengo una invitación para asistir a una recepción en el Consulado Británico el sábado. Y he pensado que tal vez te apetezca acompañarme.

Melissa abrió los ojos, sorprendida.

—Bueno, si crees que no hay problema... Me encantaría asistir. ¿A qué hora?

—Empieza a las ocho. Al parecer, el cónsul general es reemplazado y presentarán a su sucesor. Ha llamado a mi oficina y me parece que es más listo que el anterior. Te gustará conocerlo.

—Espera... ¿No deberías l evar a una de tus pretendientes?

—¿Pretendientes?

—Pretendientes a esposa. Tal vez debieras pedírselo a otra persona.

—Se lo pido a quien quiero que venga conmigo, y para este evento eres tú esa persona.

—Sí, su excelencia —bromeó ella, haciendo una reverencia que hizo reír a Surim—. Pero, ¿qué voy a decirle al nuevo cónsul?

—Tranquila... Puedes decirle cuánto te gusta vivir aquí y que te gustaría quedarte...

Por un momento, ella se quedó inmóvil. Surim se preguntó qué habría dicho para que ella tuviera aquel gesto. Luego Melissa sonrió.

—Veo que aprovechas cualquier oportunidad para decir eso... Bueno, supongo que tendré que ignorarlo... Sobre todo después de haberme ofrecido la oportunidad de ir de compras y recorrer un poco más Qu'Arim. ¿Te das cuenta de que l evo aquí varias semanas y sólo he ido a la ciudad unas pocas veces a ver la obra?

—¡Qué mal! Me tomaré uno o dos días y te llevaré al desierto, ¿qué te parece?

—Me encantaría.

Surim no sabía si estaría haciendo algo sensato. Una vez que Melissa estuviera en el desierto, él la imaginaría siempre en aquel lugar cuando lo visitase. Pero aun así quería compartir aquello con ella. Tenía el presentimiento de que a el a le iba a encantar, como había dicho.

El quería que a Melissa le gustase Qu'Arim. Que se quedara para que los niños fueran felices.

—El sábado iremos a ver los cultivos de perlas durante el día, y por la noche a la recepción. Los niños pasarán el día con Annis.

—Oh, pero... —Está decidido.

Surim tenía que cambiar su forma autoritaria de hacer las cosas. Estaba muy dentro de él. Había tenido que asumirlo cuando todavía

era un adolescente y tendría que haber estado divirtiéndose. Pero si el a se quedaba más tiempo iba a chocar más de una vez con él.

—Mañana la limusina llegará a las diez —repitió él.

—Gracias. Te veré entonces —dijo ella yendo hacia la puerta.

Surim la miró a los ojos y ella se derritió.

El sábado él quería pasar el día y la noche con ella. No veía la hora de que llegase ese día, pensó Melissa.

¿La besaría?

Cuando llegó a su habitación Melissa agitó la cabeza. Surim sólo la invitaba por una cuestión de cortesía.

Un jeque no invitaba a una niñera a salir. A no ser que... estuviera mostrándole todas las ventajas de vivir en Qu'Arim para que se quedase.

¿Sería un soborno para lograr lo que quería?

Surim estaba trabajando en su estudio cuando entró uno de sus ayudantes. Le l evaba un informe sobre Yasine bint Shora y su familia. El ministro insistía en hacer una investigación completa sobre cada mujer en la que se interesaba el jeque. Él sabía que era por el futuro de su país, pero le parecía de mal gusto, y sentía un poco invadida su intimidad.

No había leído el de Delleah; y no leería aquél.

De hecho, aunque comprendía la importancia de casarse, estaba perdiendo interés en ello.

Le apetecía más pasar tiempo con Melissa. ¿Le interesaría eso a los ministros?

—Gracias, Salid —le dijo Surim a su ayudante—. Mañana no voy a trabajar.

Puedes tomarte el día libre tú también, y disfrutarlo con tu familia.

El hombre pareció sorprendido.

—Gracias, señor, lo haré.

Surim pensó en el día siguiente. Hacía mucho tiempo que no pasaba un día de placer. Tal vez estuviera trabajando mucho, como había sugerido Max.

Su proyecto estrella ahora era el complejo turístico. El sábado hablaría con el dueño de los cultivos de perlas sobre la posibilidad de que los turistas los visitaran. Así combinaría el placer con los negocios. Melissa le serviría para saber qué cosas podían atraer a

los visitantes.

Melissa se despertó emocionada. Había querido visitar los zocos desde que había l egado a Qu'Arim. Los exóticos mercados al aire libre siempre le habían fascinado.

Todavía estaba esperando que l egase la ropa que le había enviado su madre. Si seguía tardando, l egaría allí cuando el a ya se hubiera marchado.

Decidió ponerse un vestido de tirantes sin la chaqueta a juego, para darle un toque menos formal. Tal vez pudiera comprarse algo de ropa ella también. Le apetecía ponerse un vestido nuevo en la recepción del cónsul, así no tendría que usar el azul que había llevado en la recepción que había dado Surim. Le encantaría ponerse algo especial.

Pero no tenía que hacerse ilusiones soñando despierta.

Cuando subió a la habitación de los niños, éstos estaban desayunando.

Surim no estaba. Annis la saludó y ella aprovechó para practicar árabe.

Annis le recordó que la limusina pasaría a recogerlos a las diez para ir a los zocos.

—Está lleno de gente desagradable... ¿Cómo es que la lleva allí? —preguntó Annis.

—Yo se lo he pedido. Me parece divertido.

—Es más fácil comprar en las boutiques —dijo la mujer.

Melissa agitó la cabeza.

—No. Esto será una aventura para los niños y para mí.

Cuando se sentaron en la limusina, los niños se entusiasmaron.

—¡Tiene hasta televisión! —exclamó Alaya.

—¡Oh! ¿Con todas las cosas de las que podéis disfrutar, vais a mirar la televisión? —sonrió Melissa—. ¿Recuerdas la lección de árabe sobre el zoco?

—Sí. No toques, di siempre gracias cuando compres algo... Es lo que nos decía mamá...

—Pues haz lo que decía tu madre.

De pronto Alaya sacó una foto de sus padres de su pequeño bolso y se la mostró a Melissa. Parecían una pareja feliz.

Melissa se preguntó si tendría alguna vez una familia, hijos...

La limusina paró. El chófer salió del vehículo para abrir la

puerta y Surim entró.

Melissa sintió de repente que le faltaba el aire. Su corazón dio un vuelco al verlo. Lo miró conversar con Alaya y Nadia. Era un hombre muy atractivo con cualquier ropa que se pusiera. Ella lo había visto en bañador, con esmoquin, con traje, y siempre le había resultado fascinante. Surim la miró.

—¿Te apetece ir de compras?

—No veo la hora.

Cuando llegaron al zoco, ella vio un coche negro que iba detrás de ellos.

Evidentemente eran los guardaespaldas.

—Parece que nos acompañan tus amigos... —dijo el a.

—Están aquí para que no haya ningún incidente.

—¿Hay algún peligro?

—Sólo el peligro de que ellos se pierdan. Nos enorgullecemos de tener el más bajo índice delictivo del mundo... Ven, estás a salvo aquí —dijo Surim.

Capítulo 8

EL ZOCO era tan fascinante como había imaginado Melissa. Había interminables puestos al aire libre con carteles escritos en árabe.

Caminó entre las filas de puestos y vio que algunos ponían que se hablaba francés, italiano, alemán o inglés. Se oían diferentes idiomas como rumor de fondo. La ropa eran túnicas árabes, indumentaria para turistas y hasta trajes de negocios.

Se oía un murmullo de excitación en el aire y todos parecían estar disfrutando del día de mercado. La gente regateaba los precios, unos muy efusivamente, otros en voz más baja. Los comerciantes parecían disfrutar de la compra—venta tanto como los clientes.

Había puestos de aromáticas especias en primer lugar, luego fruta fresca y, algo más allá, pescado fresco de aquella mañana.

—¿Es un mercado de comida? —preguntó ella—. Pensé que habría ropa y otras cosas…

—Hay de todo. Ven por aquí —dijo Surim, l evándola por entre los puestos, donde la gente examinaba su mercancía.

En un momento estuvieron en una zona completamente diferente, con lujosas alfombras y esculturas de madera tallada. Ella vio rollos de tela en un puesto.

—Con esto puedes hacerte la ropa que quieras. Elige la tela y deja que te tomen las medidas —dijo Surim, deteniéndose para hablar con un comerciante.

Melissa agarró fuertemente a Nadia de la mano y echó un ojo a Hamid y a Alaya. No quería estropear el entusiasmo de los niños con muchas restricciones, pero tenía que tener cuidado de que no se perdieran, porque era una forma de hacer compras totalmente nueva para ellos.

La variedad de mercadería era impresionante. Desde lujoso mobiliario a cadenas de oro, perlas de todos los tamaños y hasta un puesto de juguetes con rompecabezas y coches de madera.

Fue el favorito de Nadia y Hamid. Se pasaron allí un rato largo.

—¿Les compro un juguete a cada uno? —preguntó Surim al oído a Melissa.

Ella se dio la vuelta y casi se chocó con su cara. Se sobresaltó y le pareció sentir un revoloteo de mariposas en su estómago.

—Es una idea maravillosa —respondió ella—. A Nadia le gusta ese rompecabezas. Creo que es perfecto para su edad. Y a Hamid le encantan esos camiones de madera. Además, puede jugar con ellos en la playa también —casi no sabía lo que estaba diciendo. Todas sus células estaban atentas a él.

—¿Y Alaya? ¿Es demasiado mayor para juguetes?

—No. Pero me parece que le ha gustado una de las telas que hemos visto.

Tal vez podríamos hacerle un vestido fresco para el verano, ¿qué te parece?

—¿Y tú?

—Yo me estoy divirtiendo mucho. No he visto nada que me haga falta.

Pero uno o dos vestidos podrían venirme bien hasta que me llegue la caja de ropa que me ha enviado mi madre. Y el sábado veremos las perlas...

—¿Prefieres un bonito collar para ponerte en la recepción del cónsul, quizás?

—Dudo que pueda comprarme algo así. Pero tal vez tenga dinero para un par de pendientes.

Surim no dijo nada, pero achicó los ojos levemente. Se inclinó y agarró su brazo para apartarla suavemente del paso de algunos descuidados turistas.

—Compraremos los juguetes. Uno de los guardias ha localizado un puesto con ropa informal para niños. Les han tomado medidas y han sacado varios atuendos para que elijan.

Melissa ayudó a Alaya con la ropa. Surim estaba ayudando a Hamid.

Cuando estaban a punto de marcharse, Melissa vio una seda verde con la que podría hacerse un hermoso vestido para la recepción.

—Espera un momento, ¿vale? —Melissa no esperó a que Surim le contestase y se acercó al puesto.

Negoció el precio, le tomaron las medidas y extendieron la tela para que la viese a la luz.

—Te quedará precioso —dijo Surim, acercándose a el a.

—Eso espero. Han dicho que me lo harían para el sábado. Me lo llevarán a tu casa el sábado por la mañana. ¡Es increíble!

El tiempo se había pasado volando haciendo compras. Ella miró su reloj, sorprendida.

—¿Es hora de comer? —preguntó Surim.

—Algo ligero estaría bien. Luego tengo que l evarlos a casa.

—Para que Nadia haga su siesta —dijo él, inclinándose hacia ella para que lo oyera mejor.

Cada vez que lo hacía Melissa sentía un estremecimiento. Estaba tan cerca que, si se giraba levemente, podría tocar su boca.

—¿Estás bien? —preguntó Surim.

—Sí —Melissa sonrió después de localizar a Alaya con la vista.

Por un momento la niña había desaparecido de su vista, y ella había sentido pánico. Pero antes de que Surim hubiera podido notarlo, la niña había reaparecido.

—Se está llenando de gente. Será mejor que nos marchemos — dijo Surim, mirando alrededor.

—Creo que tenemos suficiente ropa —dijo Melissa—. ¿Dónde se cortará el pelo Hamid?

—Conozco un sitio. Si estás lista, podemos marcharnos.

Surim le tomó la mano, seguramente para que fueran todos juntos, pero ella no pudo evitar sentir aquella energía eléctrica entre ellos. Intentó concentrarse en los niños, pero era difícil en aquel momento.

Notó que el mercado tenía mucha más gente que cuando habían l egado, pidió a los niños que se mantuvieran cerca de ellos y agarró fuertemente a Nadia de la mano.

En un momento dado Surim soltó a Melissa y le dijo:

—Yo llevo a Nadia, si quieres. Tú dales la mano a Hamid y a Alaya.

Nadia sonrió y miró alrededor cuando Nadia estuvo en brazos de Surim.

—Así podrá ver mejor las cosas —dijo Melissa—. Es tan pequeña que sólo ve rodillas.

En la peluquería Hamid se puso rebelde.

—No quiero cortarme el pelo —anunció.

—Tienes que cortártelo. Todos los hombres lo hacen. Si no, parecerás una ovejita. Y no querrás parecer una ovejita, ¿no? —dijo

Melissa Surim no esperó que contestase, alzó al niño y lo miró a los ojos.

—No está bien que hagas una escena en público. ¿Comprendes? —dijo firmemente, pero sin brusquedad.

Hamid lo miró y finalmente asintió.

Melissa se alegró de que Surim se hubiera controlado y no se lo hubiera ordenado directamente. Surim bajó al niño y fue en dirección a la peluquería.

Las niñas se habían quedado en la limusina. Melissa volvió con ellas al ver que ya no hacía falta su presencia con Hamid y Surim.

—¿Van a tardar mucho? —preguntó Alaya.

—No. Luego iremos a comer juntos y volveremos a casa para que Nadia duerma la siesta.

—Me alegro de que haya venido tío Surim —dijo Alaya.

—Yo también —respondió Melissa.

Habían pasado un día muy agradable.

Pero al día siguiente Surim pasaría todo el día con ella. Y no veía la hora de que l egase ese momento.

Surim había encontrado un restaurante apropiado para los niños, así que habían comido sin incidentes. Pero a la vuelta Nadia se había empezado a poner caprichosa. Era evidente que necesitaba dormir.

Cuando l egaron a la casa, Melissa acostó a Nadia y los niños mayores se pusieron a jugar hasta que Alaya quiso leer un rato.

Después de charlar un rato con Annis sobre la visita al zoco Melissa salió un rato al jardín a sentarse en su banco favorito.

Era increíble. Ya estaban en febrero y todavía hacía calor.

Le encantaba aquel lugar, y había tomado mucho cariño a aquellos niños.

Sería muy duro separarse de ellos.

¿Debería quedarse?

Eso sería todavía peor. Porque se estaba enamorando de Surim.

El sábado por la mañana Melissa se vistió para la ocasión. Tal vez fuera el único día que tuviera con Surim, así que disfrutaría de él.

Surim la había tratado como a una invitada desde que había l egado. Y

seguía haciéndolo, probablemente por su relación con Max. Y

ella iba conociendo un poco más a aquel hombre poderoso. Había tenido una infancia muy diferente a la de ella. Y eso le daba pena. No había tenido una familia unida, ni recuerdos felices de sus padres. Sus recuerdos más entrañables eran de Eton. Y por lo que veía, había tenido una relación más cercana con algunos de sus compañeros que con gente de Qu'Arim. Además, recibía muchas presiones para casarse, aunque ella notaba que era reacio a ello. Era evidente, porque no hacía nada para conseguirlo.

Salieron de casa a las nueve y media de la mañana en el coche de Surim, conducido por él. Durante el viaje conversaron amenamente sobre el complejo turístico.

—Esperamos abrirlo en otoño.

—Max está muy entusiasmado con la idea de abrir un restaurante fuera de Reino Unido. ¿Volverá a Qu'Arim antes de la inauguración? Hace tiempo que no hablo con él. Desde que hice las traducciones.

—Vendrá una vez más. Yo me ocuparé de casi todo desde aquí. Los empleados del restaurante vendrán posiblemente un mes antes para entrenar a los empleados de aquí en los trabajos diarios...

Poco después Surim tomó la autopista que iba paralela al mar.

El Golfo se extendía delante de el os, azul y sereno. La brisa refrescaba el aire.

—¡Qué hermoso! —exclamó Melissa al ver el agua—. ¡No puedo creer que sea febrero! Mi madre dice que hace mucho frío en Londres.

—Tal vez tengamos tiempo de darnos un baño cuando volvamos a casa.

—Me encantaría...

Surim se preguntó si él le gustaría a Melissa o sólo le gustaría el lugar.

Ella jamás coqueteaba con él. ¿Se daría cuenta de lo atractiva que estaba cuando lo desafiaba? Sus ojos brillaban y su risa era contagiosa. Y cuando la besaba se quedaba con ganas de más. Pero ella jamás pasaba de los límite.

¿Era tan presumido que se creía que todas las mujeres tenían que sentirse atraídas por él?

Surim casi se rió.

Las mujeres que lo perseguían lo buscaban no sólo por él sino

por su riqueza. Y él no quería pensar eso de Melissa.

La primera empresa de perlas que visitaron era de la familia Loache, una antigua familia francesa que había vivido en Qu'Arim más de cien años. Uno de sus ancestros había descubierto un banco de ostras que producían perlas, había adquirido la tierra y había puesto un negocio conocido en el mundo entero.

Surim conocía al dueño y había quedado con él en que los acompañaría personalmente en la visita. No sólo por Melissa sino porque él quería hablar sobre la posibilidad de incluir a la empresa en las visitas turísticas.

Claude Loache los recibió y les explicó algunos detalles del negocio.

Cuando Claude los invitó a subir a un barco para ir a ver algunas de las ostras, el a se entusiasmó.

Claude les explicó cómo conservaban las ostras y cómo las subían en enormes planchas con grúas. Las supervisaban periódicamente para estar seguros de que todo estaba bien. Las tormentas podían estropearlas, por lo que estaban especialmente preocupados por una muy grande que había habido.

Llegaron a un lugar donde había docenas de ostras encima de una enorme bandeja. Brillaban con las gotas de agua. Claude agarró una. La pequeña perla bril ó con el sol.

—Es demasiado pequeña para recogerla, pero se está desarrollando bien

—se la mostró a Surim y a Melissa.

—¿Cuánto tardan en llegar al tamaño ideal para recogerlas? —preguntó Melissa.

—Dos años, más o menos.

Surim le habló a Claude de los tours a las zonas de cultivo y éste se mostró interesado. Surim sospechaba que podía haber muchos visitantes tan interesados como Melissa por aquel proceso.

Una vez que terminaron la visita, se dirigieron al local donde se exhibían y se vendían las perlas. Tenían una gran selección.

—Algunas ya están transformadas en joyas, otras se venden al natural para que los compradores hagan sus diseños particulares.

El local donde se exhibían era elegante, lleno de vitrinas.

—Esto es impresionante... —dijo Melissa, fascinada por los escaparates llenos de distintos tamaños y colores de perlas.

—Da una vuelta y elige algo que te guste —le dijo Surim—. Yo hablaré con Claude mientras. Tómate tu tiempo.

Había una mujer atendiendo en un mostrador.

—No hablo árabe. ¿Usted habla francés? —preguntó Melissa en ese idioma, sonriendo.

La mujer le contestó en francés. Melissa habló un rato con la mujer y aprendió cómo se trataban las perlas y cómo se distinguían sus calidades.

En un momento dado, Melissa vio a Surim apoyado en una pared, observándola.

—¿Estoy tardando mucho? —preguntó ella, al darse cuenta de cuánto tiempo había hablado con la mujer.

—¿Has visto alguna que te guste?

—Son todas preciosas —Melissa caminó por allí, mirando las vitrinas.

Surim la observó, alerta a cualquier señal de avaricia de Melissa, pero no hubo ninguna. Melissa parecía disfrutar simplemente de la bel eza de las perlas.

—Estoy lista para irnos, si tú quieres —le dijo el a acercándose a él.

—Pensé que te comprarías algo.

—Hoy, no.

—Tal vez debería comprarte algo yo —sugirió él.

Las perlas en su piel le quedarían perfectas.

—No, gracias —dijo ella.

—Un recuerdo del día de hoy, nada más —insistió Surim.

—No, es mejor que no...

Surim le agarró el brazo y la detuvo.

—Puedo permitírmelo, Melissa. Acéptalo como un regalo.

—No quiero que me compres perlas, Surim, y no estoy segura de que quiera comprármelas yo. Sinceramente, ¿dónde usaría yo las perlas?

—¿En la recepción de esta noche? Vas a ir a un evento formal.

—Me arreglaré con el collar que tengo. Va muy bien con el nuevo vestido.

Surim asintió.

—Es hora de volver, me parece —dijo.

Surim conversó con la mujer del mostrador, que miró a Melissa.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Melissa cuando él volvió.

—Le agradecí su atención y que nos dejara ver las perlas.

Surim le preguntó si quería ir a otra fábrica de perlas, pero Melissa prefirió no hacerlo aquel día.

—¿Hace mucho que conoces al señor Loache?

—Hace muchos años, desde que tomé el mando de mi país. Fue uno de los primeros en ofrecerme su ayuda. Y ahora quiero devolverle el favor, incrementando su negocio con el turismo.

—Cuéntame cómo fueron los primeros tiempos cuando asumiste el poder.

Seguro que no fue fácil tener que asumir esa responsabilidad siendo un adolescente.

Surim se quedó callado un momento. Luego dijo:

—Fue difícil.

—¿Terminaste los estudios?

—Sí. Y tenía profesores particulares en casa. Además, al principio mucho del trabajo lo hacían los ministros. Mi padre los había elegido muy bien.

Algunos siguen en sus puestos aún hoy. Yo era más una figura simbólica que una autoridad. Estudié hasta graduarme en la universidad.

—¿Con profesores particulares?

—Tuve el privilegio de tener algunos profesores particulares que trabajaban en la universidad, así podía seguir los programas desde casa sin problema.

—¿No tuviste relación con otros estudiantes?

—Muy limitada.

—Debiste de haber estado muy solo.

—Así tenía que ser —él se encogió de hombros.

Surim no solía recordar esos tiempos. No había tenido elección. Pero Melissa lo veía de muy distinta manera. Estaba segura de que ella le habría buscado un hogar, y habría insistido en que creciera a ritmo normal y que tuviera al menos en parte una vida como los demás jóvenes de su edad.

Él en cambio se alegraba de que los hombres de su padre hubieran sido leales. Su país habría sido una anarquía de no ser así, y eso habría sido un desastre para Qu'Arim.

Capítulo 9

SURIM condujo el coche a un restaurante que estaba literalmente en el agua. El marisco era excelente y el ambiente sabía que le gustaría a Melissa.

Ella era una persona que tenía un sentimiento sensual por la vida. Él sabía que le gustaban las flores en la mesa, no sólo su aroma y aspecto, sino también su tacto. La había visto más de una vez arrancando una flor y rozando sus mejillas con ella. El modo en que señalaba las cosas a los niños en el jardín o en la orilla del mar, o incluso el día anterior en el zoco, demostraba su amor por el mundo natural y su fascinación por la vida en general.

Cuando él llegó al aparcamiento, ella miró con interés y preguntó:

—¿Vamos a hacer otro paseo en barco?

—Hasta el restaurante que hay allí —señaló una estructura flotante a varios metros de la orilla.

Por la sonrisa que apareció instantáneamente en su rostro, él sabía que le agradaba la idea.

—Esto es fantástico —dijo Melissa luego, cuando estaban sentados a una mesa del restaurante junto a la ventana.

—Pensé que te gustaría.

Ella le sonrió.

—Surim, tengo que admitir que hoy me lo estoy pasando como nunca.

Gracias por mostrarme parte de tu país. Es increíble.

—Estoy contento de poder hacerlo.

—Me siento un poco culpable por quitarte tiempo para cortejar chicas —puso cara seria.

El se sobresaltó.

—Te aseguro que está todo controlado.

Había visto a Yasine varias veces y, aunque a veces se aburría, sería una buena esposa. En su momento le presentaría a los niños y, si reaccionaban bien ambas partes, pronto le propondría matrimonio. Pero no había prisa.

Aquel día era para Melissa. Hacía mucho tiempo que no veía Qu'Arim con ojos nuevos, y lo estaba pasando muy bien.

—Háblame de Eton. ¿Encontraste cosas que te gustasen en Inglaterra?

—Al principio, no. Pero después llegué a disfrutar mucho de mi vida allí.

—Supongo que por Max y otros amigos, ¿no? ¿No echabas de menos tu hogar?

Surim asintió. Había echado de menos Qu'Arim. No le había gustado el clima frío y húmedo de Inglaterra. Había echado de menos las palmeras y las flores del país. Y nadar en el Golfo. Le habían encantado los veranos en casa.

Pero había comprendido desde siempre las obligaciones que tenía hacia su familia.

El camarero l evó la comida. Melissa probó el pescado con salsa y le pareció exquisito.

—Se deshace en la boca. Es tan delicado...

—Me alegro de que te guste —dijo él.

Ella se rió.

—¿Siempre eres tan formal? Ni siquiera con los niños te relajas... No juegas con ellos. Suéltate un poco. Recuerda cuando eras un niño. Apuesto a que eras travieso. He oído algunas historias de Max en Eton. No creo que tú fueses muy diferente.

Surim comió el pescado. No quería recordar los días salvajes de su juventud. Se habían desvanecido cuando habían muerto sus padres en un accidente de avión. Jamás volvería a recuperarlos.

—Este no es el lugar apropiado para ser frívolo —dijo él, mirando alrededor.

Melissa se puso seria y dijo:

—Por supuesto, excelencia. Debería haber sabido que sólo se olvida de su papel en privado.

Ella comió mirando el agua e ignorándolo, y Surim se sintió molesto por haber arruinado un momento de diversión.

A partir de aquel momento Melissa se mostró formal y perdió totalmente la espontaneidad.

Melissa se sintió incómoda con aquel comentario sobre la frivolidad. Pero así era ella. Le gustaba reírse y disfrutar de la vida. No ser formal y seguir el protocolo todo el tiempo. Aunque le habría gustado conseguir el amor de aquel hombre, no podría vivir así todo el tiempo. Ella disfrutaba de las experiencias nuevas y le

encantaba aprender y ver cosas nuevas constantemente.

No obstante se sentía muy feliz de haber hecho aquella excursión y haber comido en aquel restaurante, y sobre todo de que Surim hubiera tenido el detalle de llevarla a unos sitios tan maravillosos.

Él no había vuelto a decir nada sobre la posibilidad de que se dieran un baño al volver a casa... Por un momento ella se imaginó con él en las maravillosas playas. Le encantaría nadar libremente y disfrutar de aquello desenfadadamente. ¿Él seguiría considerándolo parte de sus obligaciones?

—¿En qué estás pensando? —preguntó él.

Ella se mostró incómoda.

—En realidad me estaba preguntando si iremos a la playa más tarde. No me he dado un baño como es debido desde que he l egado aquí, porque generalmente estoy vigilando a los niños.

—Vamos a pasar por el complejo y luego volveremos a casa. Si lo hacemos sigilosamente, podemos cambiarnos y salir antes de que nos vean.

—¿Y crees que podremos hacerlo?

—Conozco un camino secreto para entrar en la casa —dijo Surim con picardía.

—¡Un pasadizo secreto! ¿Dónde está?

—No puedo decírtelo. Tendrás que confiar en mí.

—De acuerdo —se rió ella. Aquello parecía divertido.

Después de comer fueron a la obra del complejo turístico.

—Me gusta pasar a verlo todos los días... —dijo él.

—Va a quedar estupendo —comentó el a cuando estaban en la obra.

—Queremos que el estilo sea armonioso con la arquitectura tradicional de la zona, que los visitantes sientan que están en un lugar distinto.

—Será fabuloso —dijo Melissa.

—Max y su familia vendrán a la inauguración. Tú tendrás que venir también.

Exploraron un rato más, incluido el lugar donde se ubicaría el restaurante.

—Si ya has visto suficiente, volveremos a casa —sugirió Surim.

Melissa sonrió. Su casa, un lugar para vivir y amar. Ella sabía

que, mientras estuviera en Qu'Arim, la casa de él era su hogar.

Surim entró con el coche por la parte trasera de la mansión y lo guardó en el garaje.

Cuando salieron del vehículo le hizo señas para que no hicieran ruido.

Ella casi se rió. Era la primera vez que le veía un aspecto juguetón a Surim, y le encantó.

Él le agarró la mano y la llevó a un lado del garaje. Miró en todas direcciones y, al ver que estaban solos, corrió con ella por el patio que había a un lado de la casa. Corrió a esconderse detrás de un arbusto y luego hacia una puerta pequeña.

—Es realmente una puerta secreta —susurró ella.

—No tan secreta. La usan los empleados.

—No me digas eso. Para mí es un camino secreto que sólo conocen unos pocos. ¿Adónde l eva?

—A un pasillo que hay entre las habitaciones del servicio y el salón de recepciones. Ven, pero trata de no hacer ruido. Espero que no nos encontremos con los niños explorando la casa.

—¿Sabes que lo hacen?

—Por supuesto —dijo Surim.

Abrió la puerta y entró tirando de ella. Había poca iluminación cuando se cerró la puerta, pero Surim sabía dónde iba. Caminó sigilosamente hacia el frente de la casa y en un momento entró en la sala de recepciones.

—Ahora viene la parte más difícil. Llegamos a nuestros dormitorios, nos cambiamos y nos volvemos a encontrar aquí en menos de diez minutos. ¿Puedes hacer eso?

Melissa contuvo la risa.

—No hay problema, a no ser que los niños anden por ahí.

—Por eso debemos darnos prisa.

Surim abrió la puerta que daba al vestíbulo principal y se asomó.

Melissa contuvo prácticamente la respiración. Finalmente Surim abrió totalmente la puerta y empezó a caminar rápidamente por la escalera. Ella casi tuvo que correr para alcanzarlo.

En su habitación soltó la risa y se dio prisa en ponerse el traje de baño y el pareo.

Hacía mucho que no se divertía tanto.

Se cambió rápido y agarró una toalla del cuarto de baño de su dormitorio.

Se puso las sandalias y caminó hacia la puerta. Entonces vio un papel de regalo vacío encima de la cama. Fue al ropero. Allí estaba colgado su nuevo vestido verde. Se alegró de que se lo hubieran entregado como habían prometido. No veía la hora de que llegara la noche.

Fue en aquel momento cuando oyó lo que parecía una manada de elefantes.

Oh, no. Eran los niños.

Melissa se acercó a la puerta. Parecían correr hacia la habitación de juegos. Tal vez Annis los hubiera l evado de paseo y ahora estaban volviendo.

Esperó un momento hasta que no oyó más ruido. Luego abrió la puerta unos centímetros, espió y vio que no había nadie.

Cerró la puerta rápidamente y bajó corriendo las escaleras sin hacer ruido. Llegó a la habitación de la recepción conteniendo la risa.

Surim apareció un momento más tarde. Sus ojos brillaban con picardía y ella lo notó relajado como nunca. ¡Se alegraba tanto de que la hubiera invitado a salir aquel día!

Llegaron a la playa en pocos minutos.

Melissa no podía esperar un minuto más para zambullirse en el agua. Se quitó el pareo y corrió al mar.

Empezó a nadar hacia la boya. Surim la siguió.

—¿Hacemos una carrera? —le preguntó él.

—No, eso os lo dejo a Alaya y a ti. Yo sólo quiero disfrutar.

Surim se zambulló varias veces y sacó una pequeña caracola.

—No es una perla, sino otro regalo del mar.

—Es hermosa —el a la aceptó, pensando que la guardaría siempre.

Jugaron y nadaron hasta que Melissa empezó a sentirse cansada y nadó hasta la oril a saboreando la sensación del agua en su piel, y del sol calentando su espalda.

Luego extendió la toalla en la arena y se echó en ella.

—Vas a quemarte si te quedas mucho tiempo al sol —le dijo Surim.

Melissa abrió los ojos. ¿En qué momento había salido del agua

Surim y había ido a su lado?

—Te estás poniendo roja.

Melissa suspiró y buscó el protector solar.

—Tu piel es hermosa. No la estropees.

Ella no pudo responder. Cerró los ojos y disfrutó del sonido de su voz, grave y profunda. Y deseó poder explorar la atracción que sentía por él.

Pero sus mundos estaban muy distantes. El iba a casarse pronto y el a volvería a Inglaterra algún día. Aquel pensamiento la deprimió.

—Quiero volver a la casa. Necesito darme un baño caliente y arreglarme con tiempo para esta noche —dijo Melissa, y empezó a recoger las cosas.

Quedaban cuatro horas. Era una excusa, pero fue la única que encontró para poner distancia con él en aquel momento.

Surim le dio la mano para ayudarla a levantarse y ella se estremeció de pies a cabeza al sentirla. Se moría por sentir nuevamente sus labios. Era mejor que se marchase antes de que hiciera alguna tontería.

—Gracias por un día maravilloso —dijo ella.

Y se marchó.

Surim la vio alejarse. Por un momento pensó ir tras ella. Pero no se movió.

Las sensaciones que sentía cuando estaba con Melissa lo turbaban. No podía ser otra cosa que atracción sexual. Melissa era muy sexy, y él se sentía muy atraído por ella. Pero era una invitada en su casa y tenía relación con un viejo amigo suyo. No podía deshonrarla ni deshonrar la relación con Max.

Había querido besarla, pero había tenido miedo de que un solo beso no fuese suficiente. Tenía que controlar sus emociones antes de que el deseo se le fuera de las manos.

Le habría encantado besarla hasta que ella gimiera de placer. Le habría gustado tocar su piel suave en todo su cuerpo… Hacerle el amor toda la noche…

Surim se dio la vuelta, juró y se volvió a zambullir en el mar. Nadar hasta la boya le enfriaría el ardor.

Por la noche se aseguraría de que ella se lo pasara bien en el Consulado Británico y, al día siguiente, tendría cuidado de poner

distancia.

Tenía que encontrar una esposa.

La idea le resultó más deprimente que de costumbre.

A la hora de marcharse aquella noche, Surim pasó por la habitación de los niños. Le resultaba extraño pasar por allí antes de salir, pero no había visto a los niños en todo el día y quería verlos antes de que éstos se fueran a la cama.

—Excelencia —dijo Annis cuando entró Surim.

Hamid y Alaya estaban jugando a un juego de mesa. Nadia estaba echada en un asiento, agarrada a su manta.

—He venido a ver a los niños. ¿Ha habido algún problema hoy?

—Han estado bien 'y ha sido fácil manejarlos, aunque han echado de menos a Melissa. Hemos pasado parte de la mañana repasando lo que han aprendido en árabe.

—Muy bien.

Se acercó a Alaya y Hamid.

—¿Cómo va el juego? —preguntó.

—Me está ganando —se quejó Hamid.

—Tú ganaste la vez pasada —comentó Alaya, sonriendo a Surim —. Pero yo soy la mejor jugadora, probablemente porque soy mayor, ¿no, tío Surim?

—Lo más probable. Pero no se trata de quién gana, ni cuántas veces, sino de pasárselo bien jugando.

—Bien dicho —dijo Melissa desde la puerta.

—¡Melissa! —los niños saltaron de alegría y corrieron hacia ella.

Surim no podía dejar de mirarla.

El vestido largo le quedaba perfecto, acentuaba sus curvas y la seda verde oscura resaltaba sus ojos verdes y su piel suavemente bronceada por el sol de aquellos días. Estaba deslumbrante.

—¡Oh! ¡Estás tan guapa! —dijo Alaya.

—¿Vas a salir esta noche? —preguntó Hamid—. Pensé que la pasarías con nosotros. Hoy te he echado mucho de menos.

—Yo también os he echado de menos. Pero mañana nos lo pasaremos muy bien. Esta noche voy a ir con el tío Surim a una recepción en el Consulado Británico.

Nadia intentó levantarse y caminó hacia Surim. Melissa la miró.

—Estoy cansada —dijo, alzando los brazos para que la levantasen.

Surim la levantó en brazos y la miró.

—¿Has dormido la siesta hoy? —le preguntó.

La niña asintió.

—¿Has jugado mucho?

Nadia volvió a asentir.

—Entonces es natural que estés cansada. Annis puede llevarte a la cama ahora si quieres —miró a Annis, que se acercó a agarrar a la niña.

—Generalmente se queda levantada hasta las siete y media, pero puedo acostarla ya, si quiere. Me parece que hoy se ha quemado con el sol jugando en el jardín —dijo Annis.

Melissa se acercó y le tocó las mejillas.

—Parece caliente. ¿Estuvieron mucho tiempo al sol? —preguntó en francés.

Annis negó con la cabeza.

—Buenas noches, bebé. Te veré por la mañana.

Nadia se acurrucó alrededor del cuello de Annis y cerró los ojos. Surim se sorprendió. Sabía que Nadia prefería a Melissa, no a Annis. Tal vez aquel día hubiera jugado demasiado tratando de seguir el ritmo de sus hermanos.

Después de dar un beso a Alaya y a Hamid, Melissa estuvo lista para salir.

Surim les dio las buenas noches y salió con ella de la habitación.

—Me ha sorprendido encontrarte allí. Pero me alegro —dijo el a bajando las escaleras con Surim.

—Como has dicho muchas veces, los niños son mi responsabilidad.

—Son más que eso. Son tu familia.

—Antes de que salgamos, tengo algo para ti.

Sacó un collar de perlas de su bolsillo y lo colgó de sus dedos.

—Oh, Surim, no... Te dije que no me comprases nada.

—Dame este gusto... Acepta .esto como regalo de los niños, un recuerdo de Qu'Arim dondequiera que vayas.

—No puedo aceptarlo.

—Sí puedes —Surim desabrochó el collar y se lo puso—. Van a juego con tu vestido. Estás muy hermosa esta noche.

—Gracias —Melissa tocó las perlas—. Están frías.

—Se calentarán con tu piel —Surim la miró con el collar de

perlas puesto.

Le quedaba perfecto sobre la piel. Brillaban con la luz.

—Quítame el otro collar. No quiero l evar los dos. Y gracias, muchas gracias.

Melissa se dio la vuelta para que él pudiera quitarle la cadena de oro.

—¿Dónde hay un espejo? —preguntó el a.

—En el salón.

Surim la observó mirarse al espejo. Se sintió satisfecho al ver su radiante sonrisa.

El Consulado Británico resplandecía con las luces y la música cuando entraron. Surim recibió un trato preferencial y Melissa también, por ser su acompañante.

No tuvieron que hacer la cola para saludar al cónsul. Este charló con ellos un momento y le pidió la opinión a Melissa sobre su país. Ella se sintió orgullosa de poder decirle algo.

Una voz femenina se oyó entre la gente, mientras Surim saludaba a conocidos e intercambiaba saludos con el os. Era una mujer pequeña algo mayor que Melissa, que sonreía a Surim.

—Excelencia...

—Yasine... No sabía que vendrías —dijo Surim.

—Invitaron a mi padre, y mi madre estaba indispuesta, así que vine yo con él —miró a Melissa—. No nos conocemos, creo.

—Yasine, ésta es mi amiga de Inglaterra, Melissa Fox. Melissa, Yasine bint Shora, amiga de Mara.

—Encantada —dijo Melissa. Su corazón se hundió en la tristeza.

Aquélla era una de las mujeres candidatas a ser su esposa. Era realmente guapa, y parecía muy

dulce, pensó ella.

—Fui a visitar a Mara varias veces a Inglaterra. La echo mucho de menos

—su sonrisa se desvaneció al hablar de su amiga.

—Melissa nos está ayudando con los niños de Mara. Tienes que venir a verlos algún día.

—Me encantaría —dijo Yasine—. No veo a Nadia desde que era un bebé.

¿Se ha puesto tan guapa como Alaya?

—Sí —dijo Surim.

—No hemos hablado de los niños, ¿cómo se te ha dado esto de ser padre de repente? —preguntó Yasine.

Melissa escuchó. Se alegraba de que Yasine hubiera decidido hablar en inglés. Podría haberle hablado en árabe a Surim. Era interesante enterarse de que no habían hablado de los niños. Yasine debía de ser el motivo de la ausencia de Surim en los últimos días.

—Con la ayuda de Melissa, estoy empezando a conocerlos mejor. Los niños son un misterio para mí.

Yasine se rió. Melissa tenía que admitir que la mujer tenía encanto y belleza. Sería una buena pareja para Surim. Y estaba sinceramente interesada en los niños.

—Sospecho que tú piensas que los niños son cosa de las mujeres de la casa. Sin embargo, mi padre se involucró mucho en la relación conmigo y con mis hermanos cuando éramos pequeños. Por eso ahora tenemos una relación estrecha.

Algo que Surim no había tenido, pensó Melissa. Era curioso el comentario de Yasine. ¿Le habría hecho Surim alguna confidencia a ella?, se preguntó Melissa.

Había camareros circulando por el salón con bandejas con copas. Melissa se sirvió una y deseó evaporarse en el aire.

Al rato apareció el cónsul. Ella se sorprendió de que el hombre recordase su nombre.

—¿Le importa que le robe un momento a la señorita Fox? —preguntó George Farmingham, cónsul británico, después de que le presentasen a Yasine.

—La he traído para que conozca a compatriotas suyos y haga amigos. Se aloja en mi casa y se quedará algún tiempo en el país... —dijo Surim.

—Excelente, venga conmigo, querida, le presentaré a algunos compatriotas.

Melissa se alejó con el hombre mayor, tratando de no pensar en el dolor por dejar a Surim con Yasine. Pero eso no sería nada comparado con lo que se avecinaría: Así que sería mejor que se acostumbrase.

El cónsul le presentó a varias personas de Reino Unido que vivían en Qu'Arim. Una pareja la invitó a visitarlos al día siguiente. Un hombre de la industria turística habló con ella sobre el complejo turístico y ella le habló del restaurante. El hombre se interesó y

quiso ir a ver la obra antes de que la inaugurasen.

Finalmente el grupo de compatriotas sugirió reunirse una vez al mes.

Melissa vio que uno de los ayudantes de Surim se acercaba a él. Surim la miró e inmediatamente fue en su dirección.

—Perdone, señor Farmingham. Necesito hablar un momento con Melissa —dijo Surim cuando se acercó.

—Por supuesto. Venga a vernos cuando le apetezca, querida —le dijo el cónsul antes de volver a la conversación con los otros.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos que marcharnos. Annis dice que Nadia está muy enferma.

Capítulo 10

QUÉ HA sucedido? —preguntó Melissa mientras caminaban hacia la entrada, donde los estaba esperando la limusina. Él no le contestó hasta que estuvieron en el coche.

—Annis dice que Nadia está vomitando y que tiene diarrea y mucha fiebre.

—¡Oh, Dios! ¡Pobrecilla! —exclamó Melissa.

Pensó en que los síntomas de Nadia podían desembocar en deshidratación.

¿Estarían enfermos también los otros dos niños? Deseaba abrazar a la niña y tranquilizarla. ¿No podía ir más deprisa el coche?

A pesar de que el tiempo parecía ir despacio, llegaron enseguida a casa de Surim. Melissa se bajó en cuanto Surim detuvo el coche.

Corrió a la habitación de los niños y encontró a Annis con Nadia en brazos, acunándola. La niña estaba roja y tenía la cabeza encima del hombro de Annis.

Se incorporó levemente cuando vio a Melissa y la llamó.

—Cariño, estoy aquí. He venido en cuanto he podido.

La agarró en sus brazos y la abrazó. Puso su mejilla contra la frente de Nadia.

—¡Oh, Surim, está ardiendo! Creo que deberíamos llevarla a un hospital para que la vea un médico.

—Yo también —dijo Annis—. Esto es más que un dolor de tripa.

—Vamos a llevarla ya mismo —dijo Surim y rodeó los hombros de Melissa como para ofrecerle apoyo.

—Espera. ¿Dónde está su manta? Querrá llevar algo familiar —dijo Melissa.

—Tome —Annis se la dio. Palmeó la espalda de la niña y le dijo algo en árabe.

—Espero que sea una bendición —dijo Melissa bajando las escaleras con dificultad, debido a su vestido largo y sus zapatos de tacón. Llevaba a la niña en brazos.

—Lo era. ¿Quieres que la l eve yo?

—Posiblemente sea más fácil.

Pero cuando fue a dársela a Surim, Nadia se aferró a ella y empezó a llorar.

—De acuerdo, bonita, tranquila... Está bien, te quedas conmigo —dijo ella abrazándola otra vez, y agitando la cabeza en dirección a Surim.

—Ten cuidado de no caerte —dijo Surim, agarrándole el codo mientras bajaban las escaleras.

En pocos minutos llegaron al mejor hospital de Qu'Arim.

Los médicos diagnosticaron rápidamente la enfermedad de Nadia.

—¿Meningitis? ¿Cómo pudo contagiarse una meningitis? —preguntó Melissa, asombrada.

—¿La has llevado a algún sitio últimamente? ¿Ha estado expuesta a multitudes?

—No, excepto el zoco y el restaurante del viernes. ¡Oh, Surim! ¡Es tan pequeña!

Surim le tomó la mano y se la apretó suavemente. Luego se acercó a hablar con el médico.

La pequeña estaba muy enferma. La tenían que llevar a cuidados intensivos.

—Quiero ir con ella —dijo Melissa, sin comprender lo que estaba diciendo el médico.

No quería dejar sola a Nadia, donde pudiera asustarse.

—Podemos quedarnos con ella. Estará en una habitación privada con una enfermera permanentemente. ¿Quieres ir primero a casa a cambiarte?

—No. Quiero estar con ella ahora. ¿Está despierta?

—El médico dice que está dormida y que estará en su habitación en unos minutos.

El médico volvió a hablar y Surim asintió. El doctor hizo una inclinación de cabeza y se marchó.

—¿Qué ha dicho ahora? ¿Más malas noticias?

—La meningitis bacteriana es muy contagiosa. Tú y yo tenemos que vacunarnos, al igual que todos los de la casa con los que ha estado Nadia. Pediré que vaya un médico a casa para que vacune a todo el mundo. Esperemos que Alaya y Hamid no se hayan contagiado. Cuando nos hayamos vacunado, nos permitirán entrar en su habitación.

En menos de veinte minutos Melissa y Surim entraron en su habitación.

Una enfermera alzó la mirada cuando llegaron y habló en árabe. Pero Melissa ni se fijó. Corrió a la cama.

¡Nadia parecía tan diminuta en la cuna de hospital! Tenía un gotero en su brazo izquierdo. Abrió los ojos cuando llegó Melissa y extendió sus bracitos.

Melissa la envolvió en la manta y la levantó de la cuna. Surim la ayudó para que no se le quitase el gotero mientras Melissa se sentaba en la silla para acunar a Nadia.

—Tranquila, cariño, estamos aquí. Te pondrás bien...

La tuvo en brazos un rato y Nadia se fue quedando dormida.

—Este sitio necesita una mecedora —dijo Melissa, acunando al bebé.

—Me encargaré de ello —dijo Surim.

—Se pondrá bien, ¿verdad? —preguntó Melissa en francés.

Ella sabía que la meningitis era muy grave en personas mayores y niños. No podía ni pensar en que Nadia no se recuperase. Pero si tenía que oír malas noticias, no quería que fuera en presencia de Nadia.

—Todavía no lo saben los médicos —dijo Surim. Acercó otra sil a, se sentó y acarició a Nadia.

—No me había dado cuenta de lo pequeña que es... Cuando anda corriendo por ahí, parece tan llena de energía... Y ahora, de pronto, esto —Surim acarició a la niña.

—Esta enfermedad aparece de repente. Debe de haber más gente con meningitis en Qu'Arim. Deberías advertir a la población. ¿Cómo están Hamid y Alaya?

—Se están ocupando de ellos. Ahora tenemos que concentrarnos

en que esta criatura se ponga bien.

Surim admiraba la compostura de Melissa.

Acarició una vez más la mejil a de la niña y

sintió su calor. Parecía más pequeña… ¡Y era tan preciada! ¿Cuándo se.

había enamorado de los niños de Mara? Sabía que no sería el mismo si le pasaba algo a Nadia.

Pero se sentía impotente para hacer algo.

—¿Cómo pueden aguantar los padres esta agonía?

—¿Cómo?

—¿Cómo hacen para soportar la enfermedad de sus hijos? Me siento tan impotente…

—Yo también. Supongo que es parte de la vida. Pero es duro, ¿no? La pobrecilla ha pasado por situaciones muy duras en sus dos años de vida. ¡Espero que sea lo suficientemente fuerte como para superar esto!

—Lo es. ¡Tiene que serlo!

Melissa lo miró y sonrió. Agarró su mano y dijo:

—¡Que Dios te oiga!

Surim pidió a la enfermera que llevasen una mecedora. También l amó a su ayudante para asegurarse de que todo estaba en orden y dio órdenes de que vacunasen a todos los habitantes de su casa. Finalmente le pidió que enviase a alguien al hospital con ropa para que pudieran cambiarse ambos.

Luego l amó a Annis, le dijo lo que tenía Nadia y le pidió que no les contase a sus hermanos de la gravedad de la enfermedad. No quería alarmarlos más de lo necesario.

Melissa tenía los ojos rojos por falta de sueño. Pero había tenido miedo de que Nadia la necesitase y estar dormida.

En aquel momento Surim entró en la habitación.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

Melissa agitó la cabeza.

—El médico ha dicho que de momento no habría novedades. Pero yo tenía esperanzas…

—Están haciendo todo lo que pueden —dijo él, mirando a la niña.

—¿Y si no mejora? ¡No podría soportarlo! —exclamó Melissa en un suspiro.

—Se pondrá bien, Melissa. No aceptaré ninguna otra cosa.

Melissa rió al oír aquella orden de Surim. Pero la risa pronto se transformó en lágrimas. ¡Tenía tanto miedo por Nadia!

Surim la abrazó.

—Se pondrá bien, ya lo verás...

Ella asintió.

Surim le enjugó una lágrima y le dio un beso. El contacto de sus labios liberaron algo en el a. Melissa le rodeó el cuello y lo besó también, dando libertad a sus sentimientos, ocultos durante tanto tiempo. Amaba a aquel hombre. Sabía que no compartirían el futuro, pero por aquella noche, en aquella habitación de hospital, compartir la vigilia de aquella noche era suficiente.

Cuando Nadia se mejorase se alejaría de él.

Surim dejó de besarla demasiado rápido para Melissa.

Un momento más tarde entró una enfermera con una mecedora. ¿Habría oído los pasos de la mujer en el pasillo?

—Me alegro de que me acompañes en esto —dijo Surim cuando se fue la enfermera.

—Yo, también —dijo el a apoyándose en él cuando Surim la rodeó con sus brazos.

Los siguientes días pasaron en el hospital. Surim estuvo casi todo el tiempo con el a y se turnaban para comer algo.

Surim no quería que Melissa se agotase e insistió en que, por lo menos, saliera a dar una vuelta.

—¿Y tú qué?

—Yo he hecho ejercicio y he ido a ver a los niños. Están preocupados por ti y por Nadia.

—¿Por mí?

—Después de la muerte de sus padres, tienen miedo de que cualquier ausencia prolongada termine del mismo modo —dijo Surim.

—Por supuesto, lo entiendo. Pero no puedo dejar a Nadia.

—Esta noche, cuando Nadia se duerma, podemos volver a casa y estar con ellos una o dos horas para que se tranquilicen. No quisiera que Hamid vuelva a tener pesadillas —dijo Surim.

—No quiero dejarla.

—No vas a servirle de nada si enfermas. Y sus hermanos quieren verte.

Melissa suspiró profundamente. Surim tenía razón.

—De acuerdo —dijo.

Hamid y Alaya corrieron a saludar a Melissa y a Surim cuando l egaron a la casa.

Los niños estaban preocupados por Nadia.

—¿Se va a morir? —preguntó Alaya.

—No, cariño.

—¿Podemos verla?

—Cuando se mejore, la traeremos a casa y estaréis todos juntos otra vez

—le prometió Melissa. Esperaba que eso ocurriese pronto.

—¿Y vosotros cómo estáis? —preguntó Surim.

—Yo estoy bien. ¡Annis dice que tengo un apetito de camello! —dijo Hamid.

Melissa se rió.

—¡Me alegro tanto de oír eso! ¿Y tú, Alaya?

—Echo de menos a Nadia. ¿Cuándo va a volver a casa?

—No lo sabemos todavía. Pero la están cuidando muy bien en el hospital.

Alaya no pareció convencida.

—Venid al salón para que os contemos lo que sabemos —dijo Surim, dándole la mano a Hamid.

Fueron al salón y se sentaron en el sofá.

—Papá y mamá estuvieron en el hospital antes de morirse.

—Sí, pero en la mayoría de los casos, la gente se pone bien en el hospital.

Nadia se pondrá bien y volverá antes de que nos demos cuenta —dijo Surim.

—No está en casa y yo sí me doy cuenta. ¿Podemos ir a verla? —dijo Alaya.

—Todavía no. Cuando esté mejor, veremos si es posible.

Después de hablar un rato con los niños para tranquilizarlos, los l evaron a la cama.

Surim llevó a Melissa nuevamente al hospital.

La actitud cariñosa de Surim era una forma de ofrecerle consuelo, pensó ella. Pero a el a la afectaba igualmente. Se había enamorado de él y aquellos gestos cariñosos habían hecho que el deseo se apoderase de el a.

Sus besos habían desatado el deseo de más. Pero no podría tener a Surim, y ella no se sentía lo suficientemente fuerte como para quedarse trabajando con él. Surim estaba buscando una esposa adecuada para él; eso era parte de su cultura. Pero ella no podría soportarlo.

El problema sería separarse de los niños... Amaba a aquellos niños, y sufriría mucho cuando se marchase.

Surim detuvo el coche en el aparcamiento del hospital.

—¿Estás segura de que quieres quedarte toda la noche? —le preguntó Surim.

—Quiero estar con ella. No quiero que se despierte y se encuentre con extraños.

—¡Pareces tan cansada! Me preocupas... —dijo Surim.

—Lo estoy. Y estoy muy preocupada. Pero no podría dormir en casa.

Necesito estar con ella —respondió Melissa.

Nadia estaba durmiendo cuando entraron en su habitación. Melissa la observó. Surim tenía una actitud muy distinta con los niños de la que había tenido al principio de su visita. Y se alegró. Pero en el fondo de su alma sentía la tristeza de saber que no podría quedarse con ellos.

A las diez y media Nadia se despertó.

Bebió un poco de zumo y la enfermera se alegró por ello. Aún tenía fiebre y la mantenían hidratada todo el tiempo.

Después de unas pruebas hechas por las enfermeras, Melissa la tomó en brazos y se sentó con ella en la mecedora.

En aquel momento alguien golpeó suavemente la puerta de la habitación.

Era Yasine.

—¡Oh, Surim! ¡Me enteré en la fiesta de lo sucedido y he venido enseguida!

¿Cómo está la niña? ¡Qué terrible!

—Sigue enferma —Surim salió con Yasine de la habitación.

Melissa no se enteró de nada más. Pero agradeció la reacción de la mujer.

Sería una buena madre para los niños.

Cuando Nadia se durmió otra vez, Melissa la llevó nuevamente a la cuna.

Se acercó a la ventana y vio sólo oscuridad.

—¿Melissa? —Surim entró. Ella se dio la vuelta.

—Tienes que descansar —comentó él.

Se acercó a ella y le hizo unos masajes en los hombros para relajar la tensión.

Cuando sus manos se deslizaron hacia su cabello ella casi gimió de placer.

Echó atrás levemente la cabeza y lo miró a los ojos.

—Quiero besarte otra vez —dijo él.

—Yo también... —respondió ella.

Sabía que se marcharía, así que, ¿qué daño le haría otro beso más?

Fue un beso glorioso. Primero la besó con suavidad, luego con más pasión.

Melissa abrió los labios, él hizo más profundo el beso y la apretó contra su cuerpo, mientras la acariciaba desde la cabeza hasta la espalda y la apretaba contra él.

Una ola de deseo se apoderó de el a. Quería más. Pero tendría que conformarse con aquello. Atesoraría aquellos recuerdos toda su vida, pero era realista y sabía cuándo parar.

Con tristeza, Melissa se apartó de él.

—No quiero parar —dijo él.

—Yo tampoco —dijo ella.

—¿Entonces?

Melissa se acercó a la cuna.

—Surim, tú estás buscando esposa. Cualquier cosa que pase entre nosotros te aleja de ese objetivo.

—Todavía no estoy casado.

—No, pero lo estarás. No puedo quedarme. Tengo que volver a Inglaterra.

—Quédate conmigo. Cría a mis niños.

¿Y verlo con Yasine y los niños?, se dijo el a. No podría soportarlo.

—¡Los niños son tan felices contigo! Hamid ya no tiene pesadillas... Han aprendido árabe, me han aceptado... No puedes marcharte —dijo Surim.

Ella se sentía dividida. Evidentemente, Surim quería sinceramente que se quedase.

Pero ella no podía hacerlo.

Surim se quedó callado un momento. Luego dijo: —Entonces, serás mi esposa, Melissa. Te elijo como esposa.

Capítulo 11

MELISSA lo miró totalmente asombrada. ¿Surim quería casarse con ella?

Por un momento su corazón dio un salto de felicidad. Luego la realidad se hizo cargo de la situación. Él no la amaba. Sólo estaba preocupado por que se marchase y tuviera que conseguir otra persona que ayudase a Annis.

Surim no creía en el amor.

—No puedo casarme contigo —dijo Melissa dando un paso atrás.

—Sería la solución perfecta —razonó él—. Los niños te quieren. Ya han tenido demasiados problemas en su vida para tener otro. A ti te gusta Qu'Arim, al menos, lo que has visto. Y nos l evamos bien.

—¡Oh, son motivos muy importantes para comprometerse con alguien para toda la vida! Lo siento, pero mi respuesta es no. Y creo que es mejor que me vaya cuando Nadia se ponga bien.

—¡No! ¡Quiero que te quedes!

—Eso lo hace más difícil —dijo ella tratando de no cambiar de decisión, pero debilitándose por momentos.

No podía casarse con un hombre que no la amaba.

—Sé que te gustan los niños. ¿Te parece tan terrible casarte conmigo? —preguntó Surim mirándola a los ojos.

—Surim, no somos compatibles. Pertenecemos a diferentes círculos sociales... Oh, es evidente...

Él le agarró los hombros.

—Yo también me crié en Inglaterra, la mayor parte de mi vida. Tengo un trabajo, lo que ocurre es que se trata de dirigir mi país. Trabajo para ganarme la vida. Sé que tengo que casarme para tener herederos. ¿No te apetece tener hijos propios? Eres tan buena con los niños que he pensado que te apetecería tener muchos...

Ella lo miró.

—Tú no crees en el amor —soltó ella.

—Eso ya lo hemos hablado. Mira cuánto duran los matrimonios en mi país...

Podemos tener una vida maravillosa juntos.

Melissa se imaginó viviendo con él, en recepciones, cuidando a los niños, tratando de pasar tiempo juntos en familia... 0

esperándolo por la noche para poder hablar con él unas palabras antes de irse a la cama.

—Quiero algo más que afecto. Quiero ser amada y mimada. Quiero ser algo más que una madre para unos niños. Quiero ser una compañera y una amante. Lo quiero todo. No quiero sólo una parte.

Tal vez debiera pensárselo nuevamente. Pero su instinto le decía que aquélla era la decisión correcta, pensó el a.

—Gracias por el honor que me ofreces. Te lo agradezco mucho.

—Pero sigues diciendo que no —dijo él.

Ella asintió.

Surim le dio un beso en la mejil a y la soltó.

—Si no te hago falta aquí, volveré a casa con los niños. Vendré temprano por la mañana —dijo él—. Si hay alguna novedad en el estado de Nadia, avísame.

—Lo haré.

¿Sería una tonta por no aceptar casarse con el hombre que amaba? ¿Por rechazar la oportunidad de quedarse con los niños que amaba? ¿De tener hijos suyos?

Surim condujo por las calles oscuras. Se sentía estúpido. Le había pedido a Melissa que se casara con él después de haber visto a Yasine aquella noche.

La joven había mostrado su preocupación por Nadia, pero ella ni conocía a la pequeña. Le estaba demostrando a él lo compasiva que podría ser si la escogía como esposa.

Sus ayudantes lo mantenían al corriente de los rumores en ciertos círculos. Él había sabido que Delleah quería casarse con él. Si Mara no hubiera muerto y lo hubiera dejado como tutor de sus hijos, tal vez él se habría casado con Delleah. Era una mujer muy hermosa.

Y Yasine también.

Como Melissa.

Se había quedado sorprendido de que lo rechazara. En algunos momentos que habían estado juntos él había pensado que sentía algo por él. A él le encantaba hablar con Melissa, y que ella lo hiciera reír. Algunas veces ella lo hacía a propósito. Pero otras él se reía simplemente por el placer de estar con ella.

Y cuando se habían besado...

Llegó a la calle de su casa, pero siguió de largo para acercarse al

mar.

A Melissa le gustaba vivir allí. Si a ella le gustaba algo, lo demostraba.

Amaba a los niños, así que su rechazo quería decir que no lo quería a él. Y eso le dolía.

Surim se sorprendió de aquella emoción. El la quería y ella no.

Se dirigió hacia el restaurante al que había ido con Melissa hacía dos días.

Detuvo el coche y apagó el motor. El silencio era absoluto, excepto por el rumor suave de las olas al romper en la orilla. La noche estaba oscura, aunque había estrellas alumbrándola. Pero él no vio nada. Tuvo la sensación de que la noche era un reflejo de su alma, vacía, oscura y silenciosa.

Era casi de madrugada cuando volvió a encender el motor.

Había estado pensando en la situación largo y tendido, pero no encontraba una solución.

A no ser que tomase medidas drásticas.

Llegó a casa en un tiempo récord. Se dio una ducha rápida, se cambió y estuvo preparado para empezar el día.

Se dirigió a su oficina y llamó a Max.

—¿Tienes idea de qué hora es? Es de madrugada aquí. ¿Qué ocurre? —preguntó Max.

—Lo siento. Me he olvidado de la diferencia horaria. Tengo que hablar contigo.

—¿Ahora? ¿Es una emergencia? ¿Ha pasado algo con el restaurante?

—No, no se trata de eso.

—¿Entonces? ¿De qué se trata?

—De Melissa.

—¿Qué? ¿Se encuentra bien?

—Sí. La verdad es que necesito un consejo.

—¿Sobre?

Surim no estaba seguro de querer confesarle aquella parte.

—Le he pedido que se case conmigo y me ha dicho que no.

Hubo un silencio.

—¿Le has pedido que se case contigo?

—Ella se ha adaptado perfectamente aquí. Es increíble con los niños.

Gracias a ella, ahora conozco a esos niños y no puedo imaginarme vivir sin ellos.

Sé que sin ella no habría sido posible.

—¿Y eso es todo?

—Ella sería perfecta.

—¿Y qué ventaja sacaría ella?

—Sería mi esposa, ¿no es suficiente?

—Sí, si eso es lo que quiere ella. Pero por lo poco que la conozco, me parece que no le interesan las cosas materiales. Ella valora las relaciones. ¿Qué opinas de eso?

—Yo quiero que se quede.

—De acuerdo. Pero, ¿y qué más?

—¿Qué más? ¿A qué te refieres?

—Sé que los hombres no somos muy expresivos en cuanto a las emociones; mis hermanas me lo dicen siempre, pero, ¿no te parece que falta algo? ¿Algo como el amor?

—Eso es un mito occidental. En Qu'Arim acordamos los matrimonios. Y

hay menos divorcios que en occidente.

—¿Por qué no se lo dices, eh?

—Se lo he dicho.

Max se rió.

—¡Dios santo, Surim! ¡Eres un caso perdido! Me hubiera gustado estar allí para oír su respuesta...

—Tengo que casarme para asegurar la sucesión. ¿Por qué no con alguien a quien quiero?

—¿Y Melissa es esa persona?

—Sí.

—Díselo.

—Lo he hecho, pero me ha rechazado. Max, tú eres inglés, sabes mejor que yo cómo puedo convencerla.

—Dime todas las razones por las que crees que funcionará bien ese matrimonio.

Surim hizo una lista de las cosas que le gustaban de Melissa y de los buenos momentos que había pasado con ella.

—Y ahora dime cómo te sentirías si se va...

Surim se quedó en silencio y luego agitó la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no puedo imaginarme mi vida sin el a.

Cuando l egó el médico, Melissa llevaba despierta toda la noche. Nadia se había despertado un poco antes y había desayunado bien. Su temperatura había recuperado la normalidad y tenía los ojos bril antes otra vez. Le sonrió a Melissa y empezó a querer moverse y levantarse.

El médico la examinó y dijo:

—Está mejor.

Melissa lo sabía también. Nadia se había despertado con sus habituales ganas de actividad, y era difícil mantenerla en la cama o sujetarla.

—¿Puede irse a casa mañana, entonces? —preguntó Melissa.

—Un día más, por si acaso. Pero estoy seguro de que está camino de la recuperación total. Los niños muy pequeños enferman de repente, pero se recuperan igualmente rápido.

Melissa estaba muy feliz de ver a la niña otra vez normal. No veía la hora de decírselo a Surim. Le pidió a la enfermera que se pusiera en contacto con él.

—Estarás bien, pequeña —dijo Melissa—. Pronto volveremos a casa.

De pronto se dio cuenta de que Surim tendría que buscar a alguien que cuidase a los niños. Habría muchos cambios pronto.

Por la tarde se dio cuenta de que Surim no iba a ir al hospital. Había hecho que la enfermera lo llamase nuevamente. Incluso había agarrado el auricular ella directamente, porque quería que llevase algunos de los libros favoritos de Nadia y algún juguete.

Pero no lo habían localizado. La persona que había atendido la llamada le había prometido decirle a Annis que preparase las cosas que le había pedido para Nadia y le dijo que alguien se las llevaría al hospital.

—¿Cómo están los niños? —preguntó Melissa.

—Salieron con Surim hoy. Están muy contentos con la buena noticia —dijo Annis—. Como lo estoy yo.

Por un momento Melissa pensó que Surim iría a ver a Nadia con sus hermanos al hospital. Pero cuando apareció un criado con los libros de Nadia y sus juguetes, sus esperanzas se desvanecieron.

¿Adónde habría llevado Surim a los niños?

Cuando Nadia se fue a dormir aquella noche, Melissa estaba lista para marcharse. La enfermera la había convencido de que tenía que descansar un poco. Le dijo que al día siguiente le darían el alta a Nadia y que el a no podría atenderla si estaba agotada.

Reacia, Melissa había aceptado. La limusina pasó a buscarla y Melissa se sentó sola en el asiento de atrás. Se durmió un rato hasta llegar a casa de Surim.

Las luces estaban encendidas cuando llegó. Subió a ver a Hamid y a Alaya.

Pero milagrosamente estaban dormidos antes de las nueve.

Melissa se duchó y se acostó.

No había visto a Surim aquel día y lo había echado de menos terriblemente. ¿Sería así como iba a pasar los siguientes meses y años sin él?

Al día siguiente Melissa se levantó y se vistió. Era un día de sol, y ella estaba ansiosa por ver a los niños y por ir a buscar a Nadia al hospital.

Subió a la habitación de los niños y se sorprendió al ver a Surim sentado a la mesa con los pequeños.

—Supongo que recibiste el mensaje sobre Nadia...

—Sí. Vamos a ir todos a buscarla a las nueve. Ya he hablado con su médico esta mañana. Pero antes de ir, quiero hablar contigo en el estudio. Después del desayuno.

—Claro...

Melissa saludó a los niños y se sentó a desayunar.

¿Le habría reservado un vuelo para que se marchase?, se preguntó.

¿0 le volvería a hablar para tratar de convencerla de que se quedase?

Cuando terminaron de desayunar, Surim la acompañó al estudio. Cerró la puerta y, sin decir una palabra la estrechó en sus brazos. Ella se abandonó en su abrazo y le devolvió cada una de sus caricias, deslizando los dedos por su pelo, aferrándose a las sensaciones...

—Estoy tan contento de que Nadia esté mejor... —dijo él, apoyando su frente contra la de Melissa—. Gracias por tu dedicación, Melissa. He contratado una enfermera para que la vigile durante unos días para que estemos seguros de que está bien.

—Podríamos habernos arreglado entre Annis y yo.

—Lo sé. Pero no hace falta. La traeremos a casa y, antes de que te marches, quiero mostrarte algo. El oasis del que te hablé.

Melissa se sintió decepcionada. ¿Era un gesto de despedida?

Ella tragó el nudo que tenía en la garganta y sonrió.

—Me encantaría ver el oasis. Pero, ¿no tendría que estar con Nadia?

—Estará con la enfermera y con Annis. Esperaremos un día y volaremos al interior. Melissa sonrió con tristeza.

El miércoles por la mañana Surim acompañó a Melissa al aeropuerto privado, cerca del enorme aeropuerto comercial.

—¿Vamos a ir en un avión privado?

—Tengo un avión. Lo guardo aquí. Nos llevará a Wadi Serene. —¿Wadi Serene?

—El nombre del oasis.

—¿Tiene aeropuerto?

—No. Aterrizaremos en un pueblo cercano y luego iremos en coche hasta el oasis.

Cuando caminaron hacia el avión Melissa se dio cuenta de que Surim era el piloto.

Ella estaba fascinada de verlo en aquella faceta.

Un rato más tarde divisaron un grupo de casas en la distancia. A medida que iban bajando se iban acercando a ellas.

—¡Ha sido fabuloso! ¡He podido ver casi todo Qu'Arim desde aquí! —ella bajó del pequeño avión.

—Ven, el jeep ése es mío. Lo han organizado todo para que tengamos provisiones y agua para esta noche y para mañana.

Llegaron al oasis casi al atardecer. Cuando se acercaron Melissa vio la tienda de campaña en medio del desierto, cerca de los árboles.

Había una brisa que refrescaba el aire.

—Es hermoso —dijo ella absorbiendo la belleza del paisaje.

—A mí me gusta —comentó Surim; paró el jeep cerca de la tienda y apagó el motor.

La tienda era distinta a cualquiera que ella hubiera visto. Era muy grande.

Melissa buscó la entrada.

El interior era inesperado. Tenía alfombras persas cubriendo la

arena, mesas y sil as a un lado. La mesa estaba puesta para que comieran. A un lado había un sofá con cojines y tapices dividiendo las distintas áreas. La iluminaban lámparas de bronce.

Ella sonrió.

—Nunca he visto algo tan fantástico —susurró ella.

Surim se detuvo a su lado y miró la tienda de campaña.

—La tienda me recuerda mis raíces.

—Gracias por traerme aquí. Jamás lo olvidaré.

—No he traído a nadie aquí, Melissa. Es un lugar especial para mí. Nunca pensé que lo compartiría. Pero quería que lo vieras y que te gustase. Este lugar es como un refugio para mí —comentó él.

Hizo un silencio y luego dijo:

—Cásate conmigo, Melissa. Pasa tus días y tus noches conmigo. Envejece conmigo.

—Surim…

¿Cómo podía seguir rechazándolo? Pero, ¿cómo podía conformarse con aquello? ¿No era un error?

—Después de pensarlo muy seriamente, creo que no te he propuesto matrimonio adecuadamente. Ahora puedo hacerlo: Te amo.

—¿Qué? ¡Imposible! —lo miró, perpleja.

—¿Por qué?

—Tú no crees en el amor.

—No creía. Pero me he dado cuenta de que la mezcla de emociones que siento por ti pueden resumirse en una palabra llamada «amor».

—¿Cómo lo has sabido?

—Max me lo ha dicho.

—¿Has hablado con Max Valentine sobre mí?

Surim la besó suavemente. Luego apasionadamente.

Cuando Melissa pudo volver a hablar dijo:

—¿Así que crees que me amas?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Creo que desde que me exigiste todas esas cosas para quedarte. Aunque me fascinaste desde el principio.

—No sé qué decir.

—Di «sí».

—¿Es por los niños?

—No, es por mí. Los niños crecerán y se irán. Quiero que estés a mi lado toda mi vida. Te amo.

—Oh, Surim, si estás seguro de que me amas, me casaré contigo. ¡Te amo tanto!

Surim la estrechó en sus brazos y la abrazó.

—El afecto crece con el matrimonio, pero nunca había sentido algo tan intenso.

—El amor es como una explosión. ¿Estás seguro de que me amas? Yo te he amado desde el principio, pero lo he ocultado porque tú ibas a casarte con una mujer adecuada, a la que aprobaran tus ministros.

—Tú estás ahora en Qu'Arim y voy a casarme contigo y con nadie más. Y

haremos que los ministros celebren nuestro matrimonio. ¿Qué más queremos?

—Pero yo no soy una mujer adecuada para esta posición.

—Si yo digo que lo eres, ¿quién va a discutirme?

Melissa se rió.

No conocía a nadie que discutiese con el jeque en Qu'Arim.

Y ella tampoco discutiría con él sobre aquel tema.

Surim respiró profundamente y la abrazó más fuertemente.

—Te deseo, Melissa. Te quiero con toda mi alma. Y quiero a los niños. Tú me has enseñado a hacerlo.

—Oh, Surim...

—Quiero tener hijos contigo, una niña con los ojos de su madre. 0 un niño que pueda aprender nuestra cultura para que pueda dirigir los destinos del país algún día. 0 que sea médico, si lo prefiere.

—¿Qué?

—Te lo explicaré otro día. Quiero tener hijos, pero sólo contigo, Melissa.

Y cuando ellos crezcan, seguiremos estando juntos, tú y yo. Te amo. ¿Cómo puedo demostrártelo?

—No hace falta que me lo demuestres. Te creo. Yo también te amo —le dijo ella con lágrimas en los ojos.

Fin.